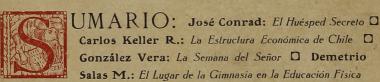
Revista Mensual de Ciencias, Letras y Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



□ A. Rojas Giménez: Dos Poemas □ Mariano Latorre: Camilo Lemonnier □ J. Torres Bodet: Playa. Arboles □ R. Brenes Mesén: Poemas de Torres Bodet □ Hombres, Icleas y Libros: Salomón Kahan: Los Nuevos Programas para las Escuelas Primarias en la Rusia Soviética □ Carlos Silva Cruz: Por los Estados Unidos □ Raúl Silva Castro: Una Novela de Mauriac □ B.: Ex-libris □ Glosario cle Revistas: A. V.: Demagogía y Finanzas, Una Carta Inédita de Anatole France, Gobiernos Fuertes y Gobiernos Inteligentes, El Problema de la Cultura en México □ S.: Significación de Juan Cocteau □ □ □ □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ Agosto 31 de 1925

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

VOLUMEN II 2.º SEMESTRE DE 1925

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario). Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II AGOSTO 31 DE 1925 NÚM. 6

José Conrad

El huésped secreto

(Traducción de M. Laforre, especial para ATENEA)

mi derecha, filas de estacas semejaban un misterioso enredo de palizadas de bambú medio sumergidas, dejando
ver prodigiosamente el dominio de los países tropicales; y su
aspecto deteriorado hacía creer en alguna tribu nómade de pescadores que los hubiese abandonado para siempre, pues hasta
perderse de vista no se veía ninguna habitación. A mi izquierda
un grupo de islotes desnudos, semejantes a murallas, a torres,
a fortines en ruinas, hundían sus cimientos en un mar azul,
que daba la impresión de ser sólido, tanta calma y estabilidad
reinaba en toda su extensión: el mismo trazo de luz que proyectaba el sol poniente brillaba, dulce, sin ese centelleo que provoca
en la superficie del agua arrugas inperceptibles. Y cuando volví

4 Afenea

la cabeza para echarle una última ojeada al remolcador que acababa de dejarnos, anclado fuera de la barra, vi la línea recta de la costa plana ajustarse al mar inmóvil de borde a borde, en una persección absoluta, como un gran parquet perfectamente unido, medio oscuro, medio azul, bajo el enorme dombo del cielo. Como un contraste, frente al insignificante puñado de islotes sobre el mar, pequeños grupos de árboles, a cada lado del único desecto de esta impecable juntura, indicaban la boca del Menam, que acabábamos de dejar, en la primera etapa de nuestro viaje de retorno; lejos, en la llanura de tierra adentro, masa más grande y más elevada, el bosque que rodea la pagoda de Paknam era el único objeto sobre el cual la mirada podía defenerse en su vana farea de explorar el horizonte. Aquí y allá, luces semejantes a trozos de plata desparramada, marcaban los contornos del gran río; y sobre la más cercana de ellas, precisamente en la misma barra, el remolcador, hundiéndose recto en el río, se perdía poco a poco, casco, chimeneas y mástiles, como si la imperceptible tierra se lo hubiese tragado sin esfuerzo alguno. Yo segui la ligera nube de su humareda por encima de la llanura, según los meandros vagabundos del río, siempre más débil y lejana, hasta que al fin se perdió tras la elevación en forma de mitra de la gran pagoda. Enfonces me quedé solo con mi navío, anclado a la entrada del golfo de Siam.

Próximo a un largo viaje, inmóvil en esta calma inmensa, la sombra de su arboladura se proyectaba en el crepúsculo del trópico. Yo estaba solo en el puente. No se oía ruido alguno; nada alentaba alrededor nuestro, nada vivía, ni una piragua sobre mar, ni un pájaro en el aire, ni una nube en el cielo. En este instante en que el mundo parecía retener su aliento, diríase que en el comienzo de un largo viaje, medíamos nuestras fuerzas para una travesía larga y penosa; debíamos cumplir ambos, el buque y yo, nuestra misión lejos de toda mirada humana, sólo el mar y el cielo como únicos expectadores y jueces.

Algún deslumbramiento en el aire debió ofuscar mis ojos, pues fué sólo en el momento de ponerse el sol cuando mi mirada errante descubrió, por encima del principal islote del pequeño archipiélago, algo que vino a destruir lo solemne de esta perfecta soledad. La ola de finieblas se deshacía rápidamente; y con esa rapidez imprevista, habitual en el trópico, un enjambre de estrellas surgió sobre la fierra sombría, mientras yo permanecía aún, la mano apoyada en el maderámen de mi buque, como sobre la espalda de un amigo ya probado; pero esta muchedumbre de estrellas que os miraban sijamente había disipado para siempre el bienestar de una apacible comunión con él. Al mismo tiempo oí ruidos molestos; voces, pasos; el steward * se apresuraba sobre el puente, espíritu organizador y atareado; una campanilla sonó impetuosamente bajo la toldilla.

Encontré a mis dos oficiales, que me esperaban cerca de la mesa servida en un camarote iluminado. Nos sentamos y sirviendo al segundo le dije:

—¿Sabe Ud. que hay un buque anclado en las islas? Yo he visto las puntas de sus mástiles por encima de la tierra, a la puesta del sol.

Levantó vivamente su cara sencillota, que ensombrecía una terrible exhuberancia de barba, y empezó a lanzar sus exclamaciones habituales:

-Dios me valga. Capitán ¿quién lo creería?

Mi otro oficial era un joven de redondas mejillas, silencioso, demasiado serio para su edad, me parecía; pero como nuestras miradas se cruzaron, sorprendí en sus labios un ligero temblor irónico. Bajé los ojos, sobre la marcha. No estaba en mi temperamento fomentar la burla a bordo. Es necesario confesar, por lo demás, que yo conocía muy poco a mis oficiales. A raíz de ciertos acontecimientos que sólo para mí tiene interés, fuí nombrado capitán; hacía de esto sólo quince días. No conocía mejor a la tripulación. Todos estos hombres habían servido juntos desde hacía diez y ocho meses; era, pues, el único extraño a bordo. Menciono este hecho, porque tiene alguna importancia en lo que va a seguir. Sentíame extranjero en el buque; y para

[·] El steward es el mayordomo de a bordo.

decirlo todo, algo extranjero para mí mismo. Siendo el más joven de a bordo (a excepción del teniente) y no habiendo sido puesto aún a la prueba de una situación que denotase responsabilidad, no ponía en tela de juicio la capacidad de los demás. Bastaba con que estuviesen a la altura de su misión, pero yo me preguntaba hasta qué punto me mostraría fiel a esta idea de la propia personalidad que cada uno construye por su parte y para su propio uso.

Entre fanto, el segundo, con sus ojos redondos y sus espantables barbas que parecían colaborar en todo lo que decía, se puso a desarrollar una hipótesis sobre la presencia de este navio anclado. El rasgo dominante de su carácter era tomarlo todo a lo serio. Su lógica era meticulosa y documentada. Como él decía, le gustaba darse cuenta de las cosas que se le presentaban, hasta de un desgraciado escorpión que encontró en su cabina hacía una semana. El cómo y el por qué de este escorpión, cómo había llegado a bordo y por qué había escogido su cámara y no la despensa (lugar oscuro que le habría convenido más al escorpión) y cómo había procedido para ahogarse en el fintero de su escritorio, lo había preocupado infinitamente. La presencia del navío en las islas era mucho más explicable; y al levantarnos de la mesa, observó: «Era, indudablemente, un navío recién llegado. Había, probablemente, mucha corriente para afravesar la barra en la baja marea; y esperaría las pleamares, sondeado en este puerto natural, mejor que en una bahía abierta».

—Justo, confirmó de improviso el teniente, con su voz ligeramente ronca; la corriente es muy fuerte. El buque viene de Liverpool, la *Séphora*, con un cargamento de carbón. Ciento veinte días desde Cardiff.

Lo miramos con asombro.

—El patrón del remolcador me lo ha dicho, cuando vino a bordo a buscar vuestra correspondencia, Capitán, explicó el joven. Espera hacerlo remontar la corriente pasado mañana.

Después de habernos aplastado con sus conocimientos, salió del camarote. El segundo observó con pena que no podía darse

cuenta del modo de ser de este muchacho. Preguntábase lo que le había impedido comunicarnos todo sobre la marcha.

Como estaba a punto de salir, lo retuve. Los dos últimos días, la tripulación había tenido mucho trabajo; y casi no había dormido la noche anterior. Pensé con fastidio que yo, un extraño, hacía algo insólito cuando le dí la orden de hacer entrar la tripulación sin haber establecido el turno. Me proponía estar yo mismo de guardia hasta la una de la mañana. Entonces iría a buscar al teniente para que me relevase a esa hora.

—Llamará Ud. al cocinero y al steward a las cuatro, terminé: más tarde se golpeará en vuestro camarote. Por supuesto, a la menor señal de viento se hará subir la tripulación sobre cubierta para aparejar inmediatamente.

Disimuló su admiración.

-Muy bien, Capitán.

Apenas salió le oí golpear la puerta del teniente para comunicarle la increible fantasía que había tenido de hacer yo mismo cinco horas de guardia. Oí elevar la voz al otro con tono de incredulidad:— «Cómo ¿el mismo Capitán?» Después algunos murmullos: golpeteó una puerta, luego otra. Poco después, subí al puente.

Esta impresión de novedad que me había quitado el sueño, me inspiró la orden anormal que sorprendió la oficialidad, como si de esas horas solitarias de la noche yo hubiese esperado el conocimiento de un navío del cual nada sabía y de una tripulación de la cual tampoco sabía gran cosa. Amarrado al malecón, repleto, como todo barco en el puerto, de un amontonamiento de cosas extrañas, invadido por una muchedumbre de individuos que no eran de su dotación, apenas si lo había visto realmente hasta aquí. Ahora, próximo a hacerse a la mar, toda la extensión de su cubierta me parecía bella bajo la noche estrellada. Gallardo el porte, firme el casco y elegante la arboladura. Descendí la escalera de la toldilla y empecé a pasearme en la pasarela del puente, mientras en mi espíritu se representaba la futura travesía por el Archipiélago Malayo, la bajada al Océano Indico y luego el ascenso al Atlántico. Todas estas fases de

la navegación me eran familiares, todas las características, las alternativas que debían presentarse a mi mente en alta mar, todo, salvo la nueva responsabilidad del comando. Pero me reconfortaba la idea razonable de que este navío era como los otros navíos, los hombres como los otros hombres y de que el mar no me reservaba probablemente sorpresas especiales expresamente creadas para hacerme fracasar.

Llegado a esta tranquilizadora conclusión, me vino el deseo de fumar un cigarro y bajé en su busca. Todo el mundo, en la popa del buque, estaba profundamente dormido. Salí por el alcázar, holgadamente cómodo en mi pijama, durante esta tibia noche sin aire, a pie desnudo, un cigarro en los labios; y avanzando, me encontré frente a frente con el profundo silencio que se extendía por delante del velero. Al pasar por la cabina de la tripulación, no advertí sino el respirar profundo, confiado, de un marinero dormido. Y de pronto me alegré inmensamente de la vida segura del mar, comparada a las inquietudes de la tierra; me felicité por la elección que había hecho de esta existencia desnuda de tentaciones, deprovista de perturbadores problemas, revestida de una belleza moral muy simple por la absoluta franqueza de sus exigencias y la sencillez de sus fines. El fanal, colgado en los obenques de mesana, brillaba con un fuego neto. apacible, especie de símbolo, confiado y claro en la sombra misteriosa de la noche. Siguiendo mi camino hacia la otra parte del navío, me sijé que la escala de cuerda, bajada sin duda para el patrón del remolcador cuando vino a buscar mi correspondencia, no había sido recogida aún. Esto me contrarió, pues la puntualidad en las pequeñas cosas es el alma misma de la disciplina. Pensé entonces que yo mismo había dispensado a mis oficiales del cumplimiento de su deber y, por mi propia iniciativa, había impedido que el turno reglamentario fuera establecido convenientemente. Me pregunté si era más prudente no intervenir otra vez en la rutina del servicio, aunque suese con la mejor intención. Mi actitud debió hacerme aparecer como un individuo raro. Dios sabe de qué manera este segundo de barbas absurdas se daría cuenta de mi conducta, y lo que el buque

entero pensaría de esta irregularidad de parte de su nuevo Capitán. Me sentí durante algunos minutos verdaderamente molesto.

No seguramente por remordimiento, pero de modo mecánico, por decirlo así, me puse a recoger la escala. Una escala de velero es liviana, pero el esfuerzo vigoroso que yo hice y que habría debido levantarla por encima de la borda, produjo un choque enteramente inesperado. ¿Qué diablos sucedía? Estaba tan perplejo por la pesadez de la escala, que me quedé inmóvil, tratando de darme cuenta, como si hubiese sido ese idiota del segundo. Por último, miré por la borda.

El flanco del buque era una banda de sombra opaca en la débil luminosidad del vidrioso océano. Pero vo advertí algo alargado y de color pálido que flotaba cerca de la escala. Antes que yo tuviese tiempo de explicármelo, un rápido sulgor sosforecente que parecía brotar de un cuerpo desnudo pasó sobre el agua dormida, como inunda, sugitivo y silencioso, un relámpago de estío la amplitud de un cielo nocturno. La revelación de dos pies, de dos largas piernas, de unas anchas espaldas lívidas, sumergidas hasta el cuello en una luz verdosa, cadavérica, me cortó la respiración. Una mano, a flor de agua, permanecía agarrada al último tramo de la escala. Yo lo veía completo, menos la cabeza. ¡Un cadáver decapitado! El cigarro se desprendió de la boca abierta, con un ligero flock y un corto crepitar perfectamente perceptible en el absoluto silencio de todas las cosas bajo el cielo. Esto sué, supongo, lo que le hizo levantar la cabeza, óvalo de opaca palidez en el negro costado del buque. Pero aun entonces, apenas si pude distinguir la forma negra de la cabeza. Fué bastante, por lo demás, para disipar la sensación horrible, angustiante, que me oprimía. El momento de las vanas exclamaciones también había pasado. Trepé por el mástil de repuesto y me incliné por encima de la borda, todo lo que pude, para aproximar mis ojos a este misterio flotante.

Como él estaba en la escala, en la actitud de un nadador en reposo, los fulgores del mar jugaban alrededor de sus miembros a cada movimiento y aparecía liso, argentado, semejante a un

pez. Permanecía igualmente mudo como un pez. Ni siquiera trataba de salir del agua. Era inconcebible que no intentase subir a bordo; y extrañamente turbadora la idea de que quizá no tenía tampoco la intención. Mis primeras palabras obedecieron a esta incertidumbre.

-¿Qué hay? pregunté, con mi tono habitual, inclinado hacia ese rostro que me observaba.

-Un calambre, respondió en el mismo tono.

Luego, con ligera ansiedad:

-No hay para qué llamar a nadie, por supuesto.

-No tenía la intención, dije.

-¿Está Ud. solo en el puente?

-Sí.

No se por qué, tuve la idea de que estaba a punto de dejar la escala para ponerse a nadar de nuevo misteriosamente, como había llegado. Pero, por el momento, este hombre, repentinamente surgido como si brotase del fondo del mar, no se inquietó sino por la hora. Yo se la dije. Y él, entonces, arriesgó:

-Supongo que vuestro capitán está abajo, ¿no?

-Estoy seguro que no, respondí.

Pareció que hacía un essuerzo por dominarse, pues yo advertí algo así como el sordo, amargo murmullo de la duda: ¿Para qué? Las palabras siguientes fueron pronunciadas con penoso titubeo:

-Y dígame, ¿podría hacerlo venir sin ruido?

Pensé que era tiempo de darme a conocer:

-Yo soy el capitán.

Yo oí un icaramba! murmurado al ras del agua. La fosfores cencia brilló en remolinos alrededor de sus miembros, con la otra mano se apoderó de la escala.

-Me llamo' Legatt.

La voz era tranquila, resuelta. Una voz varonil. La sangre fría de este hombre había producido en mí un estado de espíritu análogo; y tranquilamente le observé:

- -Debéis ser buen nadador.
- -Sí, estoy en el agua desde las nueve. La cuestión para mí

ahora es saber si debo dejar esta escala y continuar nadando hasta que me hunda de cansancio o bien... si voy a subir.

Comprendí que no decía eso por fórmula, sino que era el dilema ante el cual se encontraba un alma fuerte. Yo hubiera podido deducir que era joven; pues, en realidad, sólo los jóvenes son capaces de afrontar problemas tan decididos. Pero en este momento fué una pura intuición. Una corriente misteriosa se había establecido entre nosotros, frente a este mar tropical, silencioso y sombrío. Yo también era joven, bastante joven para no perderme en comentarios. El hombre se puso súbitamente a trepar la escala y yo me alejé rápidamente para buscarle algún vestido.

Antes de entrar en mi cámara me detuve en el pasillo, al pie de la escalera, para escuchar. Un débil ronquido atravesaba la puerta cerrada de mi segundo. La puerta del teniente estaba sólo enganchada, pero la oscuridad, adentro, era absolutamente muda. Era también joven, y podía dormir como un leño. Quedaba el steward, pero no era de esperar que se despertase sin que lo llamaran. Tomé un pijama en mi cabina y volviendo al puente, vi al hombre desnudo del mar sentado al borde de la escotilla, débil luz blanquecina en la oscuridad, los codos en las rodillas y la cabeza en las manos. Se cubrió rápidamente con el pijama, del mismo modelo a rayas grises que yo llevaba; y me siguió como mi doble por la toldilla. Juntos llegamos a la popa, silenciosos, los pies desnudos.

—¿Qué os ha pasado? pregunté con voz velada, tomando una de las lámparas encendidas de la bitácora y levantándola a la altura de su rostro.

-Un mal negocio.

Sus facciones eran regulares, una boca bien dibujada; ojos claros bajo, cejas espesas y negras: frontal cuadrado y recto, mejillas lisas, un bigotillo oscuro y barbilla redonda y voluntariosa. Su expresión concentrada, meditativa, bajo el brillo excrutador de la lámpara que yo le proyectaba en la cara, era la de un hombre que reflexiona profundamente, en una completa soledad. Mi pijama le venía perfectamente. Un muchacho bien

constituído, 25 años a lo sumo. Mordióse el labio inferior con el extremo de sus dientes blancos y regulares.

—Y bien, dije, colocando otra vez la lámpara en la bitácora. Sobre su cabeza se cerró de nuevo la pesada noche tropical.

-Allí abajo hay un navío, murmuró.

-Ya lo sé. La Shépora. ¿Sabían Uds. que estábamos aquí?

—No teníamos la menor idea. Yo soy el segundo. Se corrigió y dijo: Yo debiera decir: Era.

-¿Algún incidente?

-Sí. ¿Un incidente, dice Ud? He matado a un hombre.

-¿Cómo? ¿Ahora mismo?

—No, durante la travesía. Hace algunas semanas, a 39º Sur. Cuando digo un hombre...

-¿Un arrebato quizá? insinué yo confidencialmente.

La cabeza sombría, negra como la mía, pareció sacudirse imperceptiblemente sobre el gris fantástico de mi pijama. Era, en la noche, como si me encontrase frente a frente de mi propia imagen reflejada en la profundidad de un sombrío e inmenso espejo.

—Bonito lance para un alumno de Conway, murmuró mi doble, distintamente.

-¿Habéis estudiado en Conway?

—Sí, dijo él como ausente. Luego, lentamente: ¿Ud. también quizá?

En efecto, pero dos años mayor que él, había abandonado el colegio antes de su llegada. Después de un rato de intercambio de datos, se hizo el silencio, y yo pensé de pronto en mi absurdo segundo, el de terrorificas patillas, y en la manera de demostrar su asombro «¡Dios me valga! ¿Quién lo hubiera pensado?» Mi otro yo me reveló un retazo de su pensamiento al decir:

—Mi padre es pastor en el Norsolk. ¿No me ve Ud. delante de un juez y los jurados bajo esta acusación? Por mi parte no veo la necesidad. Hay personas que un angel bajado del cielo... Y yo no soy un angel. Era uno de esos hombres que no hacen sino hundirse cada vez más en una especie de maldad inconsciente y tonta. Pobres diablos que no merecen vivir. No quería cumplir con su deber e impedía cumplirlo a los otros. Pero ¿a qué hablar de eso? Conoceis posiblemente bastante bien esta clase nociva de individuos.

Se refería a mí como si nuestra experiencia de la vida hubiera sido idéntica como lo eran nuestros vestidos. Y yo conocía muy bien, en efecto, el peligro de esas naturalezas contra las cuales no hay ningún medio de represión legal. Yo sabía también perfectamente que mi doble, frente a mí, no era un asesino. Yo ni siquiera pensaba preguntarle detalles, pero él me refirió la historia en frases bruscas, incoherentes. No me era necesario más. Yo lo ví como si estuviera metido dentro del otro pijama.

-Sucedió mientras colocábamos la vela de mesana, al caer la noche. Con un rizo. Podeis calcular por esto el tiempo que hacía. La única vela que nos quedaba para capear el temporal. Podeis imaginaros lo que había sido nuestra navegación durante muchos días. Maniobra difícil. En la escota empezó su cháchara. Yo estaba terriblemente exitado por este tiempo terrible que parecía no terminar nunca. Terrible, os lo aseguro, y un buque pesadamente cargado. Yo creo que el tipo mismo estaba medio loco de miedo. No era el momento para reproches corteses, por eso me volví y lo boté de una bosetada. Se levanta y me ataca violentamente. Nos apretábamos rabiosos en el instante en que una enorme ola caía sobre el buque. Los marineros la vieron venir y se refugiaron en los obenques, pero yo lo tenía por la garganta y lo sacudía como un ratón: los demás, encima, gritaban: ¡Atención, atención! Y luego un ruido espantable, como si el cielo se hubiese desplomado sobra la cabeza. Parece que, durante más de diez minutos, fué casi imposible distinguir otra cosa que los tres mástiles, algo del castillo de proa y de la toldilla, a flor de agua, corriendo desesperadamente en una sábana de espuma. Milagrosamente nos encontramos, abrazados, en la cercanía del cabrestante. Parece que yo no estaba de broma, pues aun lo tenía sujeto del cuello cuando nos recogieron. Tenía el rostro ennegrecido. Eso les hizo perder la cabeza por completo. Nos arrastraron a popa, agarrados como estábamos, gritando: ¡Asesinato!, como locos; y se precipitaron en la cámara. Y el navío volaba sobre las olas: cada minuto, quizá el último de su vida, en un mar para enloquecer al que lo mirase. Parece también que el capitán se puso a delirar como los marineros. Este hombre no había pegado los ojos durante ocho días: y el ver que se le venía encima este incidente en lo más recio de un temporal de viento, lo puso suera de sí. Yo me admiro de que no me haya arrojado al mar después de haberme arrancado de los brazos los restos de su precioso marinero. Parece que les costó bastante separarnos, se me dijo después. Historia suficientemente salvaje para hacer levantar los brazos al cielo a un viejo juez y a un respetable jurado. Lo primero que oí cuando me di cuenta de mi vida, fué el ulular enloquecedor del huracán y por sobre el huracán, la voz del jese que, aserrado al borde de mi litera, enarcando las ceias severamente, me decía:

—¡Mister Legatt, habéis muerto un hombre! No podeis ejercer de segundo a bordo de este buque.

El cuidado que ponía en dominar su voz le daba una resonancia monótona. Puso su mano en el borde de la claraboya para sostenerse, y durante todo este tiempo permaneció extrañamente inmóvil.

—Linda historia para un five o'clock, terminó, con el mismo tono.

Una de mis manos se apoyaba también en la claraboya y también yo permanecía inmóvil. Estábamos muy cerca el uno del otro. Se me ocurrió la idea de que, si por azar el viejo ¡Dios me valga! ¿Quién lo hubiera creído?, pasase la cabeza por la ventanilla de su cámara y nos viese, pensaría que veía doble o se imaginaría haber caído en una escena de brujería; el extraño capitán en discreto conciliábulo, cerca de la rueda del timón, con su propio fantasma. Me vino la preocupación de impedir que nada de esto ocurriese. Oí al otro repitiendo a media voz:

-Mi padre es párroco de la pequeña Iglesia en Norfolk.

Evidentemente había olvidado que me había informado ya de este hecho importante. ¡Linda historieta, en realidad!

—Sería mucho mejor que bajásemos a mi cámara, le dije. Avancé con precaución. Mi doble seguía mis movimientos; nuestros pies desnudos no hacían ruido alguno; lo introduje, cerré la puerta con cuidado y, después de haber llamado al Teniente, volví al puente para esperar mi relevo.

—Aun no hay señales de viento, le observé cuando estuvo cerca.

—No, capitán, no mucho, aceptó con voz ronca, con aire adormilado, con la necesaria deferencia, no más, y reprimiendo apenas un bostezo.

—Bueno. Es todo vuestro cometido. Ya sabeis lo que hay que hacer.

—Sí, capitán.

Di unas o dos vuelta por la toldilla y antes de decender lo ví colocarse a popa, el codo entre los obenques de mesana. Seguía el ronquido apacible del segundo oficial. La lámpara de toldilla brillaba sobre la mesa en la cual había un vaso con flores, atención amable del proveedor, las últimas flores que veríamos durante los tres meses, si no más, que iban a seguir. Dos racimos de bananas, colgadas del techo, balanceándose a ambos lados de la rueda del timón. Nada parecía haber cambiado a bordo, salvo que dos pijamas de capitán eran usados simultáneamente, el uno inmóvil en el puente, el otro muy tranquilo en la cabina del capitán.

Es necesario explicar aquí que mi cabina tenía la forma de una L mayúscula; la puerta estaba en el ángulo y se abría la parte corta de la letra. A la izquierda había un canapé, el lecho a la derecha; y el escritorio y la mesa de los cronómetros enfrentaban la puerta. Si alguien la abría, salvo que avanzase rectamente al entrar, no podía ver lo que llamo la parte larga de la letra. El muro contenía algunos armarios; y alguna ropa de vestir, uno o dos trajes, gorras, una chaqueta embreada y otros objetos por el estilo, estaban colgados en perchas. Al extremo de esta parte de la cámara había una puerta que se abría a una sala de baños, a la

cual se llegaba también por el puente; pero esta entrada no se utilizaba nunca.

El misterioso huésped había descubierto las ventajas de esta particularísima disposición. Al entrar en mi cámara, vivamente iluminada por una lámpara ventruda que se balanceaba encima del escritorio, no lo divisé por ninguna parte hasta que él mismo salió tranquilamente de detrás de los trajes colgados en el rincón.

—He oído pasar a alguien y me he metido allí detrás, sobre la marcha, murmuró.

Yo hablaba, igualmente, en voz baja:

-Nadie puede entrar aquí sin llamar y pedir permiso.

Levantó la cabeza. Su cara estaba enflaquecida y la piel se desprendía en escamas blanquecinas. No era extraño. Había estado, iba a saberlo, en arresto durante siete semanas. Pero nada de enfermizo había en sus ojos ni en sus rasgos. En realidad no se me parecía; sin embargo, como estábamos muy cerca, casi juntos, nuestras cabezas morenas, volviendo la espalda a la puerta, cualquiera que hubiese abierto por sorpresa habría tenido la doble visión de un capitán muy ocupado en charlar con su otro yo.

—Pero todo eso no me explica cómo habéis llegado a nuestra escala, pregunté, con uno de esos murmullos apenas perceptibles de que nos servíamos, después que me suministró algunos detalles de lo que había pasado a bordo de la Shépora, luego que pasó el mal tiempo.

—Cuando avistamos la punta de Java, yo había reflexionado mucho sobre mi situación. Seis semanas no había hecho otra cosa, salvo una hora del día que yo me paseaba en el puente.

Hablaba suavemente, cruzados los brazos en el borde de mi litera, los ojos en la claraboya abierta. Y podía imaginar perfectamente esta manera de reflexionar, una operación obstinada, si no constante: algo de lo que yo sería perfectamente incapaz.

—Pensé que al aproximarnos a tierra sería de noche, continuó, tan bajo, que yo tenía que hacer un essuerzo para oirlo,

aunque estuviésemos tan cerca el uno del otro. Pregunté por el capitán. Tenía aún cierta mueca de asco pegada en los labios, como siempre que me veía, como si no pudiese mirarme de frente. Y sin embargo, esa vela había salvado al buque. No podía correr el temporal a palo seco. Y yo lo hice por él. Sea como sea, acudió a mi llamado. Cuando lo tuve en mi cabina, permanecía cerca de la puerta, mirándome ya como un condenado a muerte; y le pedí inmediatamente que no corriese el cerrojo de mi camarote en la noche, cuando el navío pasase el estrecho de la Sonda. La costa de Java estaba más o menos a dos millas. Y no pedí más. Yo obtuve un premio de natación, el segundo año de mi estadía en Conway.

-Lo creo, observé.

-¡Qué se yo por qué me encerraban con llave todas las noches! Al ver la expresión de sus caras, se habría dicho que yo era capaz de ir a extrangular las gentes en la noche. ¿Soy acaso un asesino sin Dios ni ley? ¿Tengo el aspecto de tal? A le mía, que si hubiera sido uno de esos no se habrían arriesgado a penetrar en mi cámara todos los días. Le diré que pude echarlo a un lado y escapar: era de noche. Y bien; ino Y por lo mismo no se me había ocurrido derribar la puerta. El ruido los habría hecho precipitarse sobre mí y no tenía deseos de arrojarme en una pelea. Alguno habría caído y Ud. puede imaginarse lo que me sucedería. No quería más asuntos de este género. Rehusó, cada vez más obstinado. Le tenía miedo a la tripulación y a su viejo teniente que navegaba con él hacía muchos años, un farsante de cabellera gris; ya su steward, que también lo había acompañado una porción de años, especie de vagabundo dogmático que me odiaba como a la peste, precisamente porque yo era el segundo oficial. Jamás se ha visto a un segundo hacer más de un viaje en el Séphora. Este par de viejos canallas gobernaban el barco. Sólo el diablo puede enterarse de qué cosa no tenía miedo el capitán (sus nervios deshechos por esa infernal tempestad) de los peligros, de la lev. de su mujer quizá. ¡Ah! ¡Si! También ella va a bordo. Aunque pienso que nada tiene que decir de mí. Sería feliz si me viese

dejar el buque por cualquier motivo. Un asunto del género de la marca de Caín. Estaba resuelto a vagar por la tierra; y esto le habría costado caro a un Abel de su especie. En resumen, no quería saber nada:

- La cosa debe seguir su curso. Yo represento aquí la ley».
- ·Temblaba como una hoja al decir esto».
- ¿Entonces no acepta Ud?.
- No.
- Bien. Podéis iros a dormir entonces; y le volví la espalda.
- «Yo me admiro que vos podáis dormir, exclamó, cerrando la puerta con llave».

Y después de esta escena, no pude dormir; por lo menos bien. Hace va tres semanas. Nuestro viaje, a través del mar de Java, se había alargado considerablemente: diez días a la deriva en Carimata. Cuando anclamos aquí, pensaron, supongo, que todo iba bien. La tierra más próxima (a cinco millas) era el punto de destino; el Cónsul enviaría por mí muy pronto; y no había ninguna razón para escapar a los islotes de la costa. Creo que no hay ahí una gota de agua. No sé, en realidad. cómo sucedió; pero esa tarde, el sleward, después de haberme llevado la comida, salió para dejarme comer y no cerró la puerta. Y comi aún con apetito. Después subí al puente. No me llevaba intención alguna. Tomar un poco de aire, tal vez. Que me era necesario indudablemente. Pero de pronto me tomó la tentación. Me descalcé y estuve en el agua antes de haberme decidido por completo. Alguien oyó el chapuzón. Se produjo un terrible bullicio a bordo. ¡Se ha escapado!» ¡Bajar los botes!» ¡Quiere suicidarsel» (¡No, está nadando!» En efecto, nadaba. No es tan fácil para un nadador como yo ahogarse voluntariamente. Llegué al islote más próximo antes que el bote hubiese dejado el buque. Oi los remos en la oscuridad, las voces con que se llamaban en la noche. Pero renunciaron a la persecución poco después. Todo se apaciguó y el lugar se llenó de un silencio de muerte. Me senté en una piedra y me puse a pensar. Yo estaba seguro de que me buscarían al amanecer. No había donde esconderse en esas rocas, y si hubiera habido, ¿qué objeto

tenía el quedarse? Pero me había librado de este buque y no pensaba volver a él. Poco después me desvestí, hice un paquete con mis vestidos, puse una piedra en el medio y lo arrojé al agua profunda, al otro lado del islote. Me bastaba ese suicidio. Pensasen lo que pensasen, no tenía la intención de suicidarme. Mi intención era nadar hasta el agotamiento, lo que no es lo mismo. Nadé hasta otro de los islotes y allí descubrí el farol de vuestro buque. Era un punto de referencia para mí. Avancé fácilmente y en el camino llegué hasta una roca plana que sobresalía un poco del agua. En pleno día alcanzaría a verse desde aquí con los gemelos. Subí y descansé un instante. Luego, reanudé la natación. Este último trayecto ha sido por lo menos de una milla o algo más.

Su murmullo se debilitaba más y más y durante todo este tiempo miraba la claraboya por la que no se podía ver ni una estrella. Yo no lo había interrumpido. Había en su relato o quizá en él mismo, algo que hacía imposible todo comentario; una manera de sentir, una cualidad a la cual no podía yo encontrar palabra para designarla. Y cuando terminó, lo único que pude decir fué:

—¿De modo que habéis nadado en dirección a nuestro farol? —Sí, directamente. Era mi punto de mira. No podía ver estrellas bajas, las escondía el perfil de la costa y tampoco podía ver la fierra. El agua estaba lisa como un cristal. Me imaginaba nadar en una cisterna de mil pies, sin parte alguna donde reposar; pero lo que no me gustaba, era la idea de virar en redondo como un buey asustado, antes de dejarlo todo; y como no quería volverme... ¡No! ¿No me ve Ud. completamente desnudo, cogido por el cuello y forcejeando como un animal feroz? Alguno habría caído sin duda; y yo tenía bastante con el otro.

—¿Y por qué no subió Ud. a bordo? pregunté, levantando un poco la voz.

Me tocó ligeramente el hombro. Pasos tranquilos acababan de detenerse precisamente encima de nuestras cabezas. El teniente que venía del otro lado de la toldilla, debió inclinarse por el tragaluz.

-¿Podría oirnos tal vez? me dijo mi huésped al oído, como un sopio, ansiosamente.

Su ansiedad sué una respuesta, y suficiente, a la pregunta que acababa de dirigirme. Respuesta que contenía todas las dificultades de la situación. Cerré tranquilamente el tragaluz, por precaución. Podía haberse oído una palabra un poco más alta.

-¿Quién es? murmuró.

-Mi teniente. Pero me es tan desconocido como a vos.

Entonces le hablé un poco de mí mismo. Había sido nombrado capitán sólo hacía quince días, cuando nada esperaba de la suerte. No conocía ni el buque ni la tripulación. No tuve tiempo en el puerto de conocer las cosas y los hombres. En cuanto a éstos, lo único que sabían era que debía conducir el buque al punto de partida. Para el resto, era tan extraño a bordo como él mismo. Y en este momento tenía plena conciencia de ello. Comprendía que muy poca cosa bastaría para hacerme sospechoso a la tripulación.

Mientras decía esto se había vuelto y ambos, los dos extraños del buque, nos mirábamos en idéntica actitud.

-¡Vuestra escala! murmuró después de una pausa. ¿Quién hubiera pensado enconfrarse una escala en la noche y en un navío anclado ahí mismo? En ese preciso instante empezaba ya a desfallecer. Ud. comprende que no estaba entrenado con la vida que llevaba hacía nueve semanas. Me sentia incapaz de nadar ni siquiera hasta la cadena del timón. Y he aqui que tenía una escala en la cual agarrarme. Después de haberla tomado le dije: ¿Y para qué? Cuando ví una cabeza humana que me observaba por la borda, pensé alejarme a nado inmediatamente y dejarlo gritar, en el idioma que suese. No tenía inconveniente en que me viesen. Eso no me disgustó. Y lucgo. me habéis hablado con tal tranquilidad, como si me hubiéseis comprendido, lo que me hizo quedarme un poco más. Había tenido un período de extrema soledad; yo no quiero decir durante la natación. Estaba contento, porque podía hablar con alguien que no era del Séphora. En cuanto a la pregunta sobre el capitán fue puro impulso. Casi no tenía objeto, porque

todos me habrían visto y los otros llegarían en la mañana en mi busca. No sé, pero tenía la necesidad imperiosa de ser visto, de hablarle a alguien antes de seguir. «Linda noche, ¿nó?» o algo por el estilo.

-¿Piensa Ud. que ellos estarán aquí pronto? pregunté in-

crédulamente.

-Es muy probable, dijo débilmente.

Me pareció, de improviso, un hombre extremadamente huraño. Su cabeza se movía sobre los hombros de un modo raro.

-¡Hum! vamos a ver. Mientras fanto acostáos en mi litera,

dije. ¿Queréis que os ayude? [Mirad!

Era una litera bastante alta, con cajones debajo. A este maravilloso nadador tuve que ayudarle a subir tomándolo de la pierna. Cayó sobre la litera, se dió vuelta y se cubrió los ojos con el antebrazo. Y así, la cara medio escondida, debía presentar, en esta posición, exactamente la misma apariencia que vo. Contemplé un instante este otro yo, antes de cerrar cuidadosamente las dos cortinas de sarga verde que resbalaban sobre una varilla de cobre. Pensé un segundo en prenderlas con un alfiler para mayor seguridad; me senté en el canapé; y una vez alli, no tuve valor para levantarme y buscar un alfiler. Lo haría más tarde. Estaba muy satigado, con ese cansancio nervioso que produce la disimulación, el esfuerzo por hablar en voz baja y la secreta calidad de esta agitación interior. Eran las tres de la mañana y estaba en pie desde las nueve del día anterior; pero no tenía sueño; no habría podido dormirme. Permanecí en el canapé, agotado, la vista sija en las cortinas, tratando de escapar a la sensación confusa de estar a la vez en dos lugares y atormentado por desesperantes golpes secos que parecían resonar en mi cabeza. Fué un alivio el descubrir súbitamente que no era en mi cabeza sino en la puerta. Antes de recobrar plena conciencia, la palabra «entrad» había salido de mi boca y el steward penetraba con una bandeja, en la que venía mi desayuno. A pesar de todo, debí dormir y tuve tanto miedo que grité: Por aqui, estoy aqui, steward. como si hubiese estado a muchas leguas. Colocó la bandeja sobre la mesa, cerca del canapé, y sólo entonces dijo tranquilamente:

-Ya veo que estáis aquí, capitán.

Comprendí que me dirigia una mirada penetrante, pero no me atreví a mirarlo de frente. Debió preguntarse por qué había corrido las cortinas de mi cama antes de ir a acostarme al canapé. Salió, dejando la puerta entreabierta, como de costumbre.

Oí que la tripulación lavaba el puente sobre mi cabeza. Sabía que si hubiese existido la menor muestra de viento se me habría avisado inmediatamente. Calma chicha, pensé; y mi contrariedad se duplicó. Verdaderamente más que nunca me sentía doble. El steward reapareció de improviso en la puerta.

Salté tan rápidamente del canapé que él no pudo disimular un movimiento de retroceso.

- -¿Qué quiere Ud. aquí?
- -Cerrar vuestra claraboya, capitán. Están lavando el puente.
- -Está cerrada, dije enrojeciendo.
- —Bien, capitán. Pero no se movia de la puerta y respondió a mi mirada de una manera extraordinaria, equívoca, durante un instante. Luego, sus ojos vacilaron: toda su expresión cambió, y con una voz dulce, inacostumbrada, casi acariciadora:
 - -¿Puedo entrar para llevarme la taza vacía, capitán?
 - -iPor supuesto!

Le volví la espalda hasta que se fué. Entonces quité el gancho de la puerta y la cerré, corriendo el cerrojo. La cosa no podía durar mucho tiempo en esta forma. Además, la cámara estaba caliente como un horno. Miré a mi doble y advertí que no se había movido; su brazo permanecía aún sobre los ojos; pero su pecho se levantaba acompasadamente, sus cabellos estaban húmedos, su mentón mojado de sudor. Me subí por encima de él y abrí la claraboya.

-Es necesario que me vean en el puente, le dije.

Por supuesto, yo podía hacer lo que me conviniera, sin que nadie me contradijese en todo el círculo del horizonte; pero a

cerrar con llave la puerta de mi cabina y llevármela, no me atrevía. Apenas subí la escala, ví a mis dos oficiales, al teniente con los pies desnudos, al segundo con largas botas de caucho, cerca de la borda, y al steward a medio camino de la toldilla, hablándoles animadamente. Apenas me vió, siguió su camino; el teniente resbaló sobre el puente, ordenando cualquier cosa; el segundo vino a mi encuentro, la mano en su casco.

Había en sus ojos una especie de curiosidad que me disgustó. Yo no sé si el steward les había dicho solamente que yo era un «tipo divertido» o un ebrio, pero de lo que me convencí realmente era de que el hombre quería examinarme de cerca. Yo lo dejé venir risueño; al acercarse mi sonrisa hizo su esecto y pareció helar hasta sus barbas. No le dejé tiempo ni de abrir la boca.

-Bracear las vergas, antes que los hombres vayan a comer. Era la primera orden particular que yo daba a bordo de este barco y lo que es más, permanecí sobre el puente para verla ejecutar. Había experimentado la necesidad de imponerme sobre la marcha. Este mozalbete irónico del teniente, bajó de un golpe dos o tres puntos en su orgullo sarcástico y yo aproveché la ocasión para mirar bien la cara de cada hombre de la tripulación, cuando desfilaron delante de mí para ir a las vergas. A la hora de almuerzo, sin poder probar bocado, presidí la mesa con una dignidad tan glacial que los dos oficiales se sintieron muy selices con salir de la cámara apenas la decencia se lo permitió; y sin cesar, este doble trabajo de mi espíritu me atormentaba hasta la locura. Vigilaba constantemente mi yo, mi yo secreto que dependía de mis acciones como mi propia persona, dormitando en esa litera, detrás de esa puerta que parecía mirarme, cuando estaba sentado en la mesa. Era tanto como estar loco y peor aún, porque yo tenía plena conciencia de ello

Tuve que sacudirlo unos minutos; pero, cuando al fin abrió los ojos, fué en plena posesión de sí mismo, una mirada interrogativa clavada en el rostro.

24 Alenea

-Todo va bien hasta el momento. Por ahora, es necesario desaparecer en la sala de baño.

Fué lo que hizo, silencioso como un fantasma. Llamé al steward y encarándome con él audazmente, le ordené ordenar mi cámara mientras yo me bañaba, y rápido. Mi tono no admitia réplica; dijo: ¡Sí, capitán! y corrió a buscar su cubo y sus escobas. Yo tomé un baño e hice casi toda mi toilette agitando el agua y silboteando para que el steward me tuviese presente, mientras el que participaba secretamente mi vida se mantenía tieso como un palo en este pequeño especio; sus mejillas parecían más hundidas a pleno día; y los párpados permanecían caídos, bajo la precisa y negra línea de las cejas que un ligero fruncimiento aproximaba.

Al dejarlo ahí para volver a mi cámara, el steward terminó su limpieza. Hice llamar al segundo y lo entretuve en una conversación insignificante, como para divertirme con el carácter terrible de sus barbas, pero, en realidad, para darle ocasión de observar mi cabina. Entonces, completamente tranquilizado, cerré la puerta de mi cámara e hice entrar a mi doble. No había más que hacer. Bastaba con permanecer en una silleta de tijera medio escondido tras los gruesos trajes colgados alli. Oimos al steward entrar a la sala de baño por el salón y llenar los recipientes, frotar la bañera, colocar las cosas en orden. quitar el polvo, salir de nuevo, poner la llave y correr el pestillo. Esta era mi táctica para mantener invisible a mi segundo yo. No se podía idear nada mejor en estas circunstancias. Y. permanecimos ahí, yo en mi escritorio, listo para aparecer ocupado en remover papeles al menor peligro; él, detrás de mí, vuelto a la puerta; no era prudente hablar durante el día: vo no podría soportar el enervamiento de esta extraña sensación de cuchichearme a mí mismo. De tiempo en tiempo, mirando por encima de mi hombro, vo lo veía en el fondo, sentado tiesamente en la silleta, los pies juntos, los brazos cruzados, el mentón sobre el pecho y perfectamente inmóvil. Cualquiera lo habria tomado por mi.

Yo mismo estaba fascinado. A cada instante me era preciso

echar una ojeada por el hombro. Estaba a punto de mirarlo, cuando una voz llamó desde la puerta:

-iPerdón, capitán!

—¿Qué hay? Mis ojos permanecieron sijos sobre él y cuando la voz de afuera anunció: ¿Un bole que viene hacia el buque, capitán, lo ví estremecerse, primer movimiento que hacía desde muchas horas; pero no levantó la cabeza.

—¡Bueno! Bajar la escala.

Dudé en un principio. ¿Era preciso decirle algo? ¿Pero qué? Su inmovilidad pareció no haber sido turbada por la noticia. ¿Qué le habría dicho que él no supiese ya? Por último, subí al puente.

(Concluirá).

La Estructura Económica de Chile

(CONTRIBUCIÓN AL PROBLEMA MONETARIO)

ARA darse cuenta de la estructura económica de un país, es sumamente importante hacer comparaciones con otros estados. Cierto es que esas comparaciones sólo son de valor cuando se refieren a sistemas económicos que ofrecen iguales condiciores, no precisamente en cuanto a su respectiva estructura económica, pero sí en lo que se refiere a los hechos etnológicos, políticos, administrativos, estado de la cultura etc. Pues si comparamos nuestra estructura económica con la de los estados europeos, se nos podría objetar que las condiciones básicas de aquellos estados son diferentes de las del nuestro. Por eso es más útil que nos limitemos a nuestros vecinos.

Bolivia y Argentina disfrutan desde hace años de un cambio internacional excelente. No se puede alegar que la administración pública sea mejor que la de Chile, ni tampoco que las finanzas de aquellos países se encuentren en mejor estado que las nuestras. Tampoco se puede alegar que en aquellos países exista el sistema metálico de moneda, mientras que en Chile hay papel moneda. Reducido a nuestra moneda, en Argentina hay más o menos 200 pesos de circulante por habitante; en Chile solamente 70 pesos. Y a pesar de esa enorme cantidad de papel moneda en circulación, a pesar de no ser mejor la administración pública en Argentina que en Chile, aquel país se ha visto en la

necesidad de adoptar medidas especiales para impedir que el cambio subiera a las nubes. Esto nos indica que no es siempre al papel moneda al que debe atribuirse la causa de la mala moneda.

Para muchas personas el problema de la moneda se resuelve en un problema de mera legislación. Cree, efectivamente, la mavoría de nuestros hombres públicos, que con un poco de buena voluntad, el estado nos puede dar el mejor sistema monetario del mundo. Sin duda, cuando hay inflación, es decir, exceso de medios de pago, basta muchas veces la buena voluntad del legislador para reformar el sistema monetario. Buena voluntad era necesaria en Colombia, donde había una verdadera inflación. Pero me parece que nuestra situación es incomparablemente peor. En Chile la moneda no es la causa del malestar económico, sino bien al contrario, el malestar económico es la causa de la mala moneda. Posiblemente haya en nuestro país una pequeña inflación, pero sus efectos, no existiendo otras causas simultáneamente, no se harían sentir. Había dicho va que Argentina tiene más o menos tres veces más papel moneda por habitante que Chile, y allá nadie habla de inflación. No es mi intención estudiar aquí detalladamente las razones que me inducen a alirmar que en nuestro país no existe inflación considerable. Baste la afirmación, que está basada en estudios serios.

Siempre supuesto que no exista inflación, decir que la mala moneda es la causa del malestar económico, es afirmar que el termómetro que marca fiebre es la causa de la enfermedad del enfermo. A ningún médico se le va a ocurrir buscar la causa de la enfermedad en el termómetro: pero la gran mayoría de nuestros hombres públicos, periodistas, etc., procede de esta manera, cuando atribuye la causa del malestar económico del país al cambio internacional de nuestra moneda. Cierto es que, si hay inflación, el cambio es un mal termómetro de la situación de un país, de la misma manera como puede haber también malos termómetros para medir la fiebre.

El cambio de la moneda nos indica simplemente la situación

que le corresponde a una nación en sus relaciones con las otras que mantienen intercambio comercial con ella.

Se importan, se exportan productos, salen y entran mercaderías, salen y entran pagos en dinero. La mayor parte de este intercambio de bienes se manifiesta en números, en cantidades de dinero que se reciben del extranjero o que se le pagan a él. La estadística comercial que publican las oficinas de estadística o las aduanas de los diferentes países, no nos indican por supuesto el monto total de esos pagos recíprocos, porque se refieren exclusivamente al valor de las mercaderías que entran y que salen del país.

En los períodos antiguos de nuestra economía, bastaba esa estadística comercial para formarse una idea del valor de las transacciones entre las diferentes naciones. Y con mucha razón, el mercantilismo basaba toda su política económica en la balanza comercial.

Pero nosotros no vivimos en el período mercantilista, sino en el capitalista, y en él el intercambio económico entre las naciones no se limita a bienes económicos. El sistema moderno de créditos posibilita con una facilidad desconocida a cualquier otro período económico, la inversión de capitales en otros países, la que no se conocía en el mercantilismo. El estado, los particulares, los municipios, etc., emplean capitales extranjeros; hay además numerosas empresas extranjeras que trabajan en nuestro país y todos ellos pagan diariamente intereses, amortizaciones, ganancias al extranjero. De otra parte, hay capital nacional invertido en el extranjero que igualmente influye en el desarrollo del cambio.

A la primera vista parece sumamente difícil llegar a conocer exactamente el monto de todos esos pagos, si no del todo imposible. Pero en la realidad, es sumamente fácil estudiar el monto de esas transacciones. Esta circunstancia se debe al hecho de que todos los pagos que se efectúan por un país y que se le hacen por todos los demás, están centralizados en un solo lugar: en las grandes bolsas centrales. Efectivamente, la totalidad de las transacciones entre un país y todos los demás, se

reduce a cantidades de dinero, a meros números (de igual manera como también todas las transacciones de una empresa económica figuran en la forma de números en su contabilidad), y esos números forman lo que se ha llegado a llamar la balanza de pagos.

Es verdad que esa balanza de pagos no incluye a todas las transacciones en su integridad. Si una empresa salitrera exporta salitre y lo vende por ejemplo en Londres y adquiere petróleo en México, pagándolo desde Londres y en moneda inglesa, en nuestra balanza de pagos no figura ni la exportación del salitre ni la importación de petróleo, porque los respectivos pagos no se efectúan en Chile. Pero esa exportación de salitre y esa importación de petróleo no influyen tampoco en la formación de nuestro cambio internacional,

El cambio nos indica la relación que se forma en las bolsas de Santiago y Valparaíso entre la oferta y demanda de medios de pago extranjeros. Ahí, en esas bolsas, se venden y se compran letras sobre el extranjero. Las letras obtienen un precio como cualquiera otra mercadería. Si hay muchos compradores y pocos vendedores, tiene que subir el precio de la mercadería eletras; si hay muchos vendedores y pocos compradores tiene que bajar; si existe igual número de compradores y vendedores se mantendrá estable el cambio. Todo eso, por supuesto, si el valor de la moneda no está fijado de antemano por el estado, es decir, si no hay patrón de oro. A ese caso especial me voy a referir más adelante.

Esas cantidades de dinero que se transan en la bolsa están determinadas por la estructura económica de un país, con relación a las demás naciones que mantienen intercambio comercial con él.

Veamos ahora en qué situación se encuentran a este respecto los tres países sudamericanos a que me había referido más arriba.

Argentina es un país eminentemente agrícola. En 1919, el 98.2°/, de sus exportaciones provenía de la agricultura y ganaderia. Gran parte de los agricultores argentinos no son na-

30 Alenea

cionales, sino extranjeros, pero esos extranjeros están domiciliados en Argentina, reciben el pago de sus exportaciones en Argentina y consumen en Argentina el producto de su trabajo. Desde el punto de vista económico, son nacionales. Y agregaré aquí que, para el economista, existe un concepto diferente de la nacionalidad que para el jurisconsulto o para el sociólogo. Un empresario italiano, que a los treinta años emigra de su país, se domicilia en Chile, obteniendo aquí carta de ciudadanía y se dirige de aquí a Argentina, para dedicarse en Patagonia a la ganadería, es para el abogado, chileno, para el sociólogo, italiano, y para el economista, argentino. La ciudadanía de un individuo, en el sentido económico de la palabra. está determinada, pues, por el sistema nacional económico de que forma parle. Y en esa siluación se encuentra la gran mayoría de los extranjeros domiciliados en Argentina: forman parte integrante del sistema económico argentino. El producto casi integro de las exportaciones argentinas entra al país, y se presenta ahí en la Bolsa de Buenos Aires, en la forma de letras sobre el extranjero, disponibles para la venta. Existe, en Argentina, exceso de tales letras, en comparación con los pagos. que Argentina le tiene que hacer al extranjero. Y en consecuencia, el peso argentino tiene la continua tendencia a subir. El gobierno se vió obligado, hace algunos años, a adoptar medidas especiales para impedir ese auge. Cierto es que en Argentina se consumen muchas mercaderias extranjeras, que hay muchas empresas extranjeras que le entregan sus ganancias a sus accionistas ingleses, estadounidenses, etc., y que tanto los parficulares, como el estado y los municipios, emplean créditos extranjeros: la enorme exportación de productos por «argentinos» basta para efectuar los pagos correspondientes, y sólo en años en que la economía mundial se encuentra en un estado de crisis extraordinario, la balanza de pagos se torna desfavorable.

Bien diferente es la situación de Bolivia. De los 100 millones de bolivianos a que alcanzaron las exportaciones en 1924, le corresponde más o menos el 75% al estaño, y el resto en su mayor parte a otros minerales. La industria minera es en

gran parte nacional. Pero hay otro sactor que nos explica mejor aún la situación de aquel país: Bolivia es un país que todavía no está incluído en la economía mundial. La economía se encuentra en su mayor parte en el estado del capitalismo primitivo: no se emplean grandes capitales en ella; cada hogar produce lo necesario para su propia subsistencia; no existen en grado comparable a Chile, empresas modernas; no se consumen grandes cantidades de mercaderías extranjeras. En 1920, sobre 156 millones de bolivianos a que alcanzaban las exportaciones, hubo solamente 67 millones de importaciones, o sea el 42.9% de las exportaciones.

Bolivia se asemeja, en su estructura económica, al Chile de antes de la guerra del Pacífico, con la sola excepción de que gran parte de nuestras exportaciones de aquel tiempo provenían de la agricultura. Así, la estadística de 1874 nos ofrece por ejemplo las siguientes cifras:

Exportación de plata y cobre....... 55 millones de pesos oro (18d)

productos agrícolas 23.5

, , , ,

Esa producción se encontraba en manos chilenas. La minería estaba organizada aún en la forma de pequeñas empresas que trabajaban sin el empleo de grandes capitales y que producían en una forma rudimentaria. El valor íntegro de esas exportaciones entraba al país. Había, en consecuencia, una balanza de pagos favorable para el país, y había un cambio relativamente alto.

Sobrevino la guerra del Pacífico. Ella nos trajo el salitre. Y desde ese momento, la estructura económica de Chile experimentó profundas modificaciones. Empleando los términos económicos, podemos decir que el país entró en el período económico que llamamos capitalismo moderno. Hasta entonces bastaba el trabajo humano y el empleo de unas pocas herramientas para producir. Pero las minas de alta ley se estaban agotando rápidamente. Para poder mantener la producción a la misma altura que hasta entonces, era necesario emplear medios de

producción. es decir, había que hacer costosas instalaciones, adquirir máquinas, disponer de conocimientos técnicos perfectos. En la agricultura se produjo el mismo fenómeno. Crecia la población, era necesario intensificar la producción, emplear máquinas, hacer mejoras, etc. Todo eso demandaba capitales. En Chile no había ni el capital necesario, ni los ingenieros y geólogos que demandaba el capitalismo moderno.

En el mercado mundial se habían producido, de otra parte, fenómenos igualmente trascendentales. Las naciones europeas habían desarrollado plenamente el capitalismo moderno. Disponían de grandes cantidades de mercaderías que no sabían donde colocar, y poseían también capitales que ya no encontraban interesados en el limitado mercado europeo. En consecuencia, se desarrolló la expansión capitalista: se adquieren colonias, se trata de obtener mercados donde colocar los capitales y donde vender las mercaderías.

Así, el capital extranjero vino a Chile. El extranjero nos dió lo que nos faltaba: capitales, técnicos e ingenieros. Fué especialmente el mundo anglo-sajón el que se extendió hasta nuestras playas. No se trata de una evolución orgánica de la economía nacional: la evolución de Chile desde la guerra del Pacifico es algo profundamente artificial.

Se apoderó el capital extranjero en primer lugar de las pertenencias salitreras. Simultáneamente se construyeron ferrocarriles extranjeros y se invirtió capital extranjero en numerosas otras
empresas. Algunas ramas de la economía, en que no se efectuó la inversión del capital extranjero, experimentaron una decadencia, como por ejemplo las industrias de cobre y plata. La
razón hay que buscarla en el fracaso del capitalismo primitivo:
las minas sólo permitían una explotación sobre la base del capitalismo moderno. Y como el capital extranjero—debido a la
baja de los precios o al descubrimiento de grandes minas de
alta ley en otros países—no se interesaba en adquirirlas y explotarlas, y el capital chileno no era capaz de hacerlo, emigró éste
a Bolivia, donde existían minas de alta ley, cuya explotación
era posible con los medios rudimentarios de que disponía.

En segundo lugar, el extranjero vino al país a crear nuevas necesidades en la población, con el fin de poder colocar sus mercaderías en el mercado chileno. El chileno-especialmente las clases superior y media de la población-había conservado ciertos hábitos de «grand seigneur» del «ancien régime», es decir. de los tiempos de la colonia, hábitos que se encontraban y que se encuentran aun en manifiesta contradicción con la situación económica del país. Nada más lisonjero para él que poder imitar a la nobleza y a los multimillonarios europeos. El importador europeo domiciliado en nuestro país supo explotar hábilmente esta tendencia de la población. Mediante el empleo de una réclame desconocida en su propia patria-comparése en cuanto a avisos a nuestro «Mercurio» con cualquiera de los grandes diarios alemanes o franceses-se crearon nuevas necesidades de lujo y de vida alegre y desconsiada en nuestra población. La importación creció en una forma jamás conocida. El «último rincón del mundo», «la más pobre de todas las colonias españolas» comenzó a rivalizar con las grandes urbes europeas en cuanto al derroche de lujo y de voluptuosidad. Y cada peso gastado en esa vida fastuosa llegaba a parar a manos extranjeras. Lo que ganaba el hacendado del valle central, la renta del minero, en sin, gran parte de toda la renta nacional, salía del país.

No es mi intención acusar aquí a las clases dirigentes de nuestro país: no soy ni moralista ni sacerdote, sino un simple economista. Pero esa vida de lujo tiene sus aspectos económicos, y no hay para qué pasarlos en silencio.

Debido a esa doble actuación del capital extranjero en Chile (inversión de capitales que pagan intereses y ganancias al extranjero e importación de grandes masas de mercaderías europeas y estadounidenses), se produjo el desequilibrio de nuestra balanza de pagos, y a él debemos la situación en que nos encontramos.

Habíamos visto que el cambio no es sino la resultante de la relación que existe entre la oferta y la demanda de medios de pago extranjeros en las bolsas de Santiago y Valparaíso. Veamos ahora, después de haber estudiado algunos problemas relacionados con nuestra estructura económica, de qué partes se compone esa oferta y demanda. Podemos dividir la oferta de medios de pago extranjeros en los siguientes grupos más importantes:

- 1. Letras de la industria salitrera, vendidas con el fin de poder efectuar los pagos de jornales, etc., en Chile.
- 2. Letras de la industria del cobre, presentadas a la venta en la bolsa con el mismo objeto.
- 3. Venta de empréstitos extranjeros.
- 4. Créditos particulares obtenidos en el extranjero.
- 5. Letras financieras de los bancos.
- Capitales extranjeros que vienen a ser invertidos en el país.
- Ganancias de los capitales chilenos invertidos en el extranjero y que reciben los accionistas chilenos.
- 8. Letras que provienen de la exportación de productos agrícolas, etc.
- 9. Otros pagos al país, de menor importancia.

La demanda se compone de los siguientes grupos más importantes:

- 1. Pago de la mayor parte de las importaciones del país.
- 2. Fletes que hay que pagar al extranjero (según Martner, su valor se elevó, en 1919, a 135 millones de pesos m/c).
- 3. Amortizaciones e intereses correspondientes a los empréstitos extranjeros.
- 4. Ganancias e intereses que pagan los capitales extranjeros empleados en Chile.
- 5. Salida de capitales particulares.
- 6. Inversiones de fondos chilenos en moneda extranjera.
- 7. Viajes y gastos de vida de chilenos en el extranjero.
- 8. Otros pagos al extranjero, de menor importancia.

Si tomamos en consideración la composición de nuestras exportaciones, veremos que de los 779 millones de pesos oro que figuran en la estadística comercial de 1920, le corresponden 656 millones a la minería, o sea el 84.2º/o. La minería se encuentra, como es sabido, en su mayor parte en manos extranjeras. El domicilio de las sociedades no se encuentra en Chile. Del valor total de exportaciones pasan por nuestra balanza de pagos, en consecuencia, sólo aquellas partes que se refieren a gastos en Chile. La ganancia integra permanece en el extranjero, y también la adquisición de casi todo el material necesario para la producción se efectúa fuera de Chile.

En el mismo año de 1920, el valor de la exportación de productos agrícolas fué de 109.5 millones, o sea el 14% de las exportaciones totales. Esta exportación es en gran parte nacional (aunque no del todo, pues un subido porcentaje de ella corresponde a lanas y cueros producidos por empresas extranjeras). Pero frente a ella se encuentra una importación de productos agrícolas de más o menos 100 millones, de manera que ambas sumas se compensan, existiendo en algunos años un pequeño saldo a favor del país, y en otros, en contra.

El resultado a que llegamos es, pues, que una gran parte del valor de nuestras exportaciones no entra al país, de manera que si la balanza comercial nos indica un fuerte saldo a favor del país, hay que descontar de las cifras correspondientes a las exportaciones aquellas que permanecen desde luego en el extranjero.

Fuera de estos pagos que nos hace el extranjero por nuestras exportaciones de bienes económicos, hay muy pocos otros de alguna consideración. De ninguna manera las inversiones chilenas en Bolivia y Argentina pueden compensar los grandes pagos que le tenemos que hacer al extranjero por sus capitales invertidos en nuestro país.

Basta recordar a este respecto los siguientes hechos: el fisco emplea anualmente cerca de 50 millones oro para el servicio de empréstitos extranjeros. En las industrias manufactureras del país están invertidos cerca de 200 millones de capitales chile-

nos y 215 millones de capitales extranjeros. El capital extranjero aumentó en estas industrias, desde 1917 hasta 1922, en la proporción de dos a uno, comparado con el chileno. El comercio de importación y de exportación se encuentra casi exclusivamente en manos extranjeras. Los ferrocarriles del Norte se encuentran en manos de empresas extranjeras. etc.

No poseemos una estadística que nos indique con toda claridad y exactilud a qué cifras se elevan estos pagos al extranjero. Pero si tomamos por base la estadística comercial y consideramos los hechos a que me acabo de referir, se podrá llegar a formar una idea sobre las causas de la baja de nuestro cambio.

La estadística comercial del quinquenio de 1914 a 1918. es decir, de los cinco años que duró la guerra mundial, nos presenta las siguientes cifras:

AÑO (Exportación de pesos oro)	Saldo	Cambio (promedio)
1914	269.8	299.7	29.8	9 d
1915	153.2	327.5	174.3	8.2d
1916	222.5	513.6	291.1	9.5d
1917	355.0	712.3	357.3	12.7d
1918	436.1	763.6	327.5	14.6d
TOTALES	1436.6	2616.7	1180.1	

En los años de 1917 y 1918 se obtuvo un saldo sumamente favorable para el país; en consecuencia, el cambio subió hasta más de 17d durante algún tiempo. Ese saldo de más de 300 millones es, en consecuencia, necesario para poder efectuar todos los pagos al extranjero y para obtener además un exceso para el país. Así lo indica la estadística presente.

Veamos ahora cual sué el desarrollo desde 1918 en adelante:

AÑO	Importación (en millones de		Saldo	Cambio (promedio)
1919	. 401.3	301.5	99.8	10.6d
1920	. 455.1	778.9	323.8	12.0d
1921	. 381.3	433.8	52.5	7.3d
1922	. 237.2	331.6	94.4	6.6d
1923	. 329.3	537.2	207.9	6.5d
TOTALES .	. 1804.2	2383.0	578.8	

El año de 1919 fué de crisis: las importaciones fueron mayores que las exportaciones. Pero como el año anterior y el posterior habían sido de gran prosperidad económica, no se hizo sentir la crisis en el cambio internacional. Esto nos demuestra que el desarrollo del cambio no se altera cuando hay en el país bastantes medios de pago extranjeros acumulados con anterioridad, o cuando una subsiguiente inmigración de tales medios de pago hace posible cumplir las obligaciones contraídas. Posiblemente, el exceso de 1918 y de 1920 fué empleado para pagar el saldo en contra de 1919. En 1921 no existían sumas en el país para poder efectuar los pagos que provenían del saldo en contra de aquel año: el cambio bajó, y continuó bajando en el próximo año. Esto nos indica que un saldo a favor del país, de menos de 100 millones no basta de ninguna manera para poder cumplir las obligaciones contraídas en el extranjero.

En el quinquenio de 1914 hasta 1918 hubo un saldo favorable para el país de 236 millones, en término medio. El promedio del saldo en el quinquenio de 1919 hasta 1923 fué de sólo 115.8 millones. De estas cifras se desprende que para que el país pueda mantener intacta su moneda se requiere un saldo a favor de a lo menos 150 millones, suma a que deben alcanzar los pagos que el país le tiene que hacer anualmente al extranjero y que no están contenidas en la balanza comercial.

El desarrollo de nuestro cambio no ha experimentado, empero, la evolución desfavorable a que me estoy refiriendo, desde 1914,

sino desde la guerra del Pacífico. Debemos suponer, en consecuencia, que la situación de 1921 se ha producido con cierta regularidad desde aquella fecha. Debida a la circunstancia de que la producción de mercaderías de exportación se encuentra en manos extranjeras y de que la posibilidad de exportar depende de la situación del mercado mundial, cualquiera crisis de éste tiene forzosamente que repercutir desastrosamente en nuestro país. Y como en Chile no se ha formado un fondo de reserva de dinero extranjero o de oro, y como el capital nacional no ha llegado a substituir al extranjero, esas crisis se hacen sentir en nuestro país en una forma mucho más funesta que en cualquier otro.

Hemos llegado, pues, a la conclusión de que el desarrollo económico de Chile como país exportador se debe en primer lugar al capital extranjero invertido en el país y que la mala situación de nuestra balanza de pagos se debe en primer lugar a las grandes importaciones del país y a los fuertes pagos que le tenemos que hacer al extranjero por el capital empleado en nuestro país.

Sé que la gran mayoría de nuestros hombres públicos piensa de una manera diferente sobre estos problemas. No me permite el espacio entrar a ocuparme aquí detalladamente de esta controversia. Basten algunos puntos de vista. En general se le suele atribuir la causa de la destrucción de nuestro antiguo sistema monetario, en el año de 1898, a los agricultores, y se dice también que ellos presentan una desesperada resistencia a todas las tentativas que se han hecho para restablecer el patrón de oro. Yo no creo que los hechos económicos dependan en un grado tan eminente de la voluntad de los hombres. Bien al contrario, soy de opinión de que nuestro sistema capitalista moderno está regido por una lógica económica independiente de los hombres. Hay, dentro de nuestra economía, un caudal de fuerzas objetivas que les imponen su voluntad a los hombres. Podría citar numerosisimos ejemplos al respecto. Así, por ejemplo, es un hecho innegable que todo nuestro desarrollo económico está acompañado de profundas crisis que se repiten

con cierta regularidad y que causan enormes estragos en la vida de los pueblos. ¿Hay alguien que pretende atribuirle la causa de esas crisis a los capitalistas? ¿No son ellos, los que, más que cualquier otro individuo, están interesados en impedirlas? Es que las fuerzas objetivas que dominan en nuestro sistema económico les imponen su voluntad a los hombres. O para reserirme a otro ejemplo: el tratado de Versalles, cuyas disposiciones son en su gran mayoría netamente económicas, tiene por objeto principal esclavizar completamente a las naciones vencidas. Trata de lograr este fin con un refinamiento diabólico jamás ideado hasta entonces. Y a pesar de todo, las naciones vencidas han resucitado rápidamente y disfrutan de un cambio mejor que las vencedoras. ¿Proviene ese hecho de la voluntad de los estadistas aliados? Por supuesto que no. Es la lógica económica la que borra la diferencia de vencedores y vencidos y la que trata de restablecer las condiciones económicas de la preguerra. Pero para referirme a nuestro caso especial: si los agricultores están esectivamente en la situación de impedir el restablecimiento monetario, ¿por qué no lo han impedido en Argentina? Allá todo el mundo es agricultor, el poder de esta clase es, en consecuencia, mucho mayor que en nuestro país, en que predominan los mineros.

Y si de una parte la destrucción de nuestro sistema monetario no puede atribuirse a una de las clases sociales del país, tampoco su restablecimiento puede efectuarse si no lo permite la estructura económica del país.

Se ha escrito mucho con el fin de comprobar los males de un cambio inestable y expuesto a continuas fluctuaciones. Seré el último en negar las grandes ventajas de un cambio estable. Pero conviene meditar también alguna vez sobre las ventajas de las fluctuaciones del cambio, dada nuestra estructura económica.

Pongamos el caso de que de un día a otro se efectúe la conversión y de que desaparezca el papel moneda, y en consecuencia, las fluctuaciones del cambio. Si se repite durante algún tiempo la situación de 1921, es decir, si hay un constante exceso de demanda de medios de pago extranjeros, tendrá

forzosamente que subir el valor de éstos. Pongamos el caso de que la libra valga, al tiempo de efectuarse la conversión, cuarenta pesos. Si el precio de ella sube ahora a cuarenta y cinco pesos, a nadie se le va a ocurrir comprar letras, ya que por la moneda de oro de cuarenta pesos puede adquirir, en el extranjero, una libra esterlina. Exportará, pues, el oro. Con cada cuarenta pesos de oro exportados, gana cinco pesos. Dentro de muy poco tiempo no habrá circulante en el país. Pronto se agolará el oro del fisco. Y no se crea que la prohibición de exportar pueda producir algún resultado: esas prohibiciones no han impedido jamás la exportación del oro. El Estado perderá, pues, sus reservas de oro, y se verá obligado a efectuar nuevas emisiones de papel moneda, no garantizadas por ninguna reserva de oro. Pero se puede producir también la siguiente situación. con el sin de impedir la baja del cambio: el Banco Central obtiene créditos en el extranjero y vende a su cuenta letras sobre el extranjero a cuarenta pesos. En este caso, el sistema monetario se mantiene intacto, no hay falta de circulante, no hay exportación de oro, pero... Chile llega a parar en manos extranjeras. Pues, si esta situación se prolonga durante mucho tiempo, los créditos que requiere la venta de letras por el Banco Central aumentan constantemente, y dentro de algunos años se efectuará un embargo general de la nación chilena, y ella desaparecerá de la lista de las naciones soberanas. Me parece que estamos en rápida evolución hacia esa situación.

Veamos ahora qué efectos tendrán las mismas circunstancias no existiendo el oro. El exceso de demanda de medios de pago extranjeros aumenta el valor de éstos y deprecia el valor de nuestro peso. Una consecuencia de la baja del cambio es la restricción de las importaciones, porque nadie posee bastantes medios para adquirir los bienes extranjeros, y un aumento de la exportación, porque los precios no suben en el interior en la misma medida en que baja el cambio. Pero eso significa que se llega a restablecer la balanza de pagos y que se impide una mayor baja del cambio y la entrega del país al extranjero.

Sin duda el ideal nacional consiste en obtener un cambio

estable. Pero para obtener éxito con las medidas que se adopten con este fin, es necesario que mejoremos nuestra estructura económica, que obtengamos un saldo savorable en nuestra balanza de pagos. O dicho en otras palabras: la realización del ideal monetario no es un simple problema legal, sino un problema de política económica.

La mayoría de nuestros estadistas es de opinión de que el capital extranjero nos puede ayudar a mejorar nuestra situación económica. Pero los hechos históricos a que ya me referí más atrás nos demuestran todo lo contrario. Sin duda, Chile ha experimentado un gigantesco desarrollo económico desde la guerra del Pacífico, pero la estructura económica del país se ha tornado sumamente dessavorable. Los errores de la gran mayoría de los economistas provienen de conceptos que tienen sobre la realidad actual, y que pertenecen al siglo XVIII. Así por ejemplo, en todas nuestras escuelas se enseña que las naciones coinciden con los territorios que ocupan. Chile, se dice, es una nación que ocupa el ferritorio desde Tacna hasta Magallanes. Pero aquí hay un profundo error. Las naciones modernas no deben ser concebidas en forma especial, sino en forma dinámica. Las naciones son, para emplear un concepto lísico, campos de gravitación, y sus límites se extienden hasta donde alcanza su influencia y su poder. Los Estados Unidos se extienden hasta Chuquicamata y El Teniente. Forma parte de Inglaterra la industria salitrera «chilena». Y el surgimiento de la empresa Guggenheim en la industria salitrera no es sino una etapa en la lucha económica entre la nación inglesa v la estadounidense.

Precisamente el problema del capital—que es a la vez el más importante en el capitalismo moderno—impone a los gobiernos la obligación de proceder con suma cautela. Sin duda todos los países poco evolucionados necesitan grandes capitales extranjeros para desarrollar su economía. Alemania formó sus industrias con ayuda del capital inglés, y los Estados Unidos eran, antes de la guerra mundial, los mayores deudores de Europa. Pero en ambos países el capital extranjero fué substituído por el nacional. En Chile, en cambio, el capital extranjero no es

absorbido por el nacional, y la formación del capital nacional progresa en forma muy lenta, porque la población no ahorra bastante.

Me parece, en consecuencia, que es más útil atraer capitales extranjeros controlados por el gobierno, que empresas extranjeras que produzcan libremente.

Pero lo que nos falta antes que todo es el trabajo extranjero. Los escasos cuatro millones de habitantes que vivimos en Chile no vamos a poder dominar la situación. Argentina, en pocos decenios más, tendrá unos 15 a 20 millones de habitantes; nosotros, si continuamos como hasta ahora, no llegaremos a tener más que 6 u 8 millones. Y entonces no sólo dependeremos económicamente del extranjero, sino que habremos perdido también nuestra situación de potencia sudamericana. Así me parece que ha de culminar el problema del mejoramiento de nuestra estructura económica, en el de la inmigración.

Basta citar unas pocas cifras para darse la debida cuenta de este problema. Chile tiene, según los datos oficiales, una superficie de 75 millones de hectáreas. De ellas son cultivables 38. En manos de particulares se encuentran 22, y de éstas se explotan en forma más o menos intensiva... 2 millones de hectáreas. Importamos en años normales unos veinte y tantos millones de pesos oro de azúcar, igual cantidad de ganados y unos diez millones de aceites y conservas, productos que se pueden obtener del país. Las importaciones de productos agrícolas alcanzan a la misma suma que las exportaciones. Pero Chile podría ser un país productor y exportador eminentemente agrícola.

La agricultura podría colocar al país en una situación de emanciparse hasta cierto grado de las crisis internacionales, las cuales son de tan funestas consecuencias para la moneda chilena. Chile podría abastecerse a sí mismo de los productos que necesita.

Pero para lograr este fin es necesario dividir la grande propiedad. Más de las tres cuartas partes de nuestro país está en manos de latifundistas que poseen más de 1.000 hectáreas de terreno. En Alemania y en Francia, el mismo porcentaje les corresponde a los pequeños predios de menos de 20 hectáreas.

Simultáneamente debería conducirse al país una corriente inmigratoria de pequeños artesanos y de pequeños industriales. Ellos son los únicos que merecen la protección del Estado. Pero nuestros sabios políticos han tratado de crear artificialmente la grande industria, con despojo de toda la nación. Se han adoptado las doctrinas de List, y se ha olvidado que el mismo List dice que el objeto de la protección aduanera consiste en... desaparecer tan pronto existan las industrias que se trata de crear. Una protección aduanera superflua trae consigo un aumento del costo de vida de las grandes masas y es, en consecuencia, un verdadero mal para un país. Además me parece un poco quijotesco querer crear grandes industrias para cuatro millones de habitantes, de los cuales la mayoría vive en míseros ranchos y se alimenta de porotos...

No, el ideal consiste en crear una base que se pueda desarrollar orgánicamente con sus propias fuerzas. Tenemos en Chile un ejemplo que nos indica los rumbos de nuestra futura política: me refiero a Valdivia. Valdivia es la creación de unos pocos centenares de inmigrantes alemanes que llegaron a Chile hace ahora 75 años (el 17 de Noviembre de este año se cumplen las bodas de diamante de la colectividad alemana de aquella ciudad). Se desarrolló la ciudad sin la ayuda de ningún gobierno ni de capitales extranjeros. Todo lo que es se lo debe al esfuerzo de sus hijos. Y hoy Valdivia forma la ciudad más laboriosa del país. Es la única ciudad chilena que forma en su totalidad parte integrante del sistema económico chileno, porque en Valdivia no hay capital extranjero, y no hay empresa alguna que le pague tributos al extranjero.

Pero en Chile existe xenosobia: se odia al inmigrante extranjero, porque se ve en él un competidor que le viene a quitar el trabajo a los hijos de la tierra. En Argentina, en cambio, se trata de atraer el mayor número posible de inmigrantes europeos. A ellos se les están entregando las inmensas riquezas de las Pampas, del Chaco y del territorio de Misiones. Muy al con44 Alenea

trario de lo que pasa en Chile, se trata, empero, de impedir que el capital extranjero se apodere de las riquezas del país: y así se le han reservado las existencias de petróleo, por ejemplo, a la nación. En Argentina se odia, pues, al capital extranjero, y se trata de atraer inmigrantes extranjeros. En Chile se odia al inmigrante extranjero y se trata de atraer capitales extranjeros. ¿Quién de los dos tiene razón? Me parece que la lógica económica nos da una respuesta de asombrosa claridad.

Es que en Chile se olvida que no son el pasado, la sangre, la tradición, los que forman las naciones, sino exclusivamente el futuro y los intereses comunes de todos los habitantes de un país. Todas las grandes potencias de la historia forman un conjunto de las más diferentes razas, de las más diferentes tradiciones. La tarea común, que siempre señala hacia el futuro, las refunde muy pronto en una sola totalidad y les da el vigor indomable que las faculta para imponerse en la lucha por la vida.

En Chile nos faltan tales ideas que nos indiquen la marcha hacia un futuro más grande y sublime. ¿Por qué no le inculcamos como Argentina a cada niño chileno la idea de llegar a pertenecerle a una nación de treinta millones de habitantes, independiente, vigorosa y respetada por todos los pueblos? Sólo entonces la estructura económica del país igualará a la de las grandes potencias occidentales.

La Semana del Señor

URANTE el año la gentes vivían sólo con algunos de sus sentidos. No se conmovían, no se entusiasmaban y tampoco consagraban un minuto al espíritu; pero, apenas llegaba

la semana santa, las fisonomías brutales y despreocupadas se metamorfoseaban.

El gran recuerdo, que en el resto del tiempo no generaba ninguna nueva acción, bajo el sol de esos seis días encendía todas las almas.

Las mujeres locuaces apretaban los labios, se contenían los golosos, los avaros se apiadaban un poco, retornaban a la amistad los enemigos, los ebrios consuetudinarios rompían los vasos y todos enderezaban su conducta.

El sacrificio de Jesús se rejuvenecía. Todos aludían a la tragedia como si se tratara de un hecho ocurrido en el mismo pueblo unos pocos años antes. Y los personajes vinculados al Señor eran citados como se hubiera podido hacer con vecinos ya muertos. Jesús era para ellos una especie de patrón excepcionalmente bon-

dadoso y respetable. En cambio, los que le entregaron y los que le dieron muerte, eran odiados personalmente.

También era de rigor en esa semana, decir las mayores atrocidades contra los judíos. Una anciana que vivía cerca de nuestra casa contaba las historias más espantosas. Sus palabras contenían tal ardor, que yo no podía concebir, aunque forzara mi imaginación, la figura de un hijo de Israel.

Esos individuos que vivían anónimamente en todos los pueblos, se burlaban y mofaban de las cosas divinas con una saña incomprensible. Si alguno tenía negocio, se esforzaba en crearse una clientela de monjas y curas para eliminarlos mediante el suministro de productos envenenados... Otros, haciéndose pasar por cristianos, tenían la desfachatez de comulgar conservando la hostia en la boca... Esos herejes se iban a sus casas al menor descuido y allí arrojaban la hostia al suelo y la pisoteaban e injuriaban... Existía el recuerdo de uno que la puso a hervir. La hostia, que contiene el cuerpo de Cristo, comenzó a sangrar. El judío al principio sué presa de un gran regocijo; pero luego la sangre colmó la olla v se derramó por toda la pieza. Quiso huir el desalmado entonces, mas, comprendiendo que la sangre lo perseguiría por donde fuera, no se movió y la sangre vengadora anegó su boca, puso finiebla en sus ojos y disolvió su alma... Y aun había otras historias más espeluznantes.

La onda de misticismo que cubría a hombres y mujeres permitía disfrutar a los niños de cuanta libertad querían. Dentro de la semana nadie los tocaba aunque lo trastornaran todo. Sin embargo, cuando causaban a sus madres demasiada irritación, éstas les advertían en tono piadoso:

—¡Hagan lo que quieran; pero no vayan a creer que esta semana es eferna!...

Las mujeres sabían cumplir sus promesas. Apenas llegaban los días ordinarios, al primer desliz, los chicos eran azotados con pulso firme y buena voluntad.

. . .

Desde la mañana del lunes la iglesia permanecía abierta. Las gentes del pueblo, y los núcleos de campesinos que llegaban de los fundos inmediatos, pasaban las horas de rodillas, rezando incesantemente para lavarse de sus insignificantes pecados.

El cura era la víctima de la semana, porque tenía que dedicar todas sus horas a decir. misas, pronunciar graves sermones y recibir la confesión de cuanto majadero había en la aldea.

Durante las noches, se entornaban las puertas, y la iluminación quedaba reducida a dos lamparillas verdes que se ahogaban en la gran sombra de la nave.

Los penitentes, después de recitar innumerables y antiguas oraciones, se desabrochaban los vestidos e iban azotándose con cierto grave ritmo. El ruido monótono y áspero de los cilicios se alternaba con explosiones de gemidos y lamentos que iban a estrellarse en el cielo del templo.

Ese concierto místico y espontáneo que surgía de las tinieblas nos causaba, a los que nos quedábamos en los contornos de la iglesia, una impresión de pesadilla. 48

Yo después tardaba en conciliar el sueño y cuando ya estaba durmiendo tenía visiones horrendas y oía voces extrañas.

. . .

Apenas las campanas eran echadas a vuelo, anunciando la resurrección del Señor, las caretas místicas se esfumaban, y los rostros volvían a sonreir con la pesada alegría habitual.

El Domingo era el día de la venganza... Un día azul, fresco y sedante que invitaba a irse por el camino del bosque, seguir el sendero ondulante de la montaña o fundirse en el silencio puro de los campos; pero, como era la hora tradicional de la venganza, el pueblo se apiñaba desde temprano frente al Municipio.

Nunca se congregaba mayor número de personas. Los chiquillos corrían de una a otra punta de la calle, los huasos alineaban sus caballos hasta la plaza, y las mujeres, todas las mujeres del pueblo, enmantadas e inmóviles, repasaban las cuentas de sus rosarios...

A una hora dada se alzaba un grito unánime:—¡Ya viene el carro!

Entonces se producía el gran silencio anual.

Lejos, por el camino diagonal, aparecía un pequeño carro sin toldo tirado por el asno del Municipio.

El tal asno era el personaje más desocupado del pueblo. Iba por todas las calles comiéndose las yerbas. No ocasionaba gastos ni prestaba ningún servicio regular.

Para que el sacrificio se verificara protocolarmente, había que uncirlo al carro desde el alba. Al principio se entregaba a una pateadura delirante; pero como romper las varas no era empresa fácil, optaba por echarse al suelo y quedar ahí como una piedra.

El gañán encargado de conducirlo, comenzaba en ese instante a garrotearlo con la mayor constancia, gritándole al mismo tiempo las injurias más candentes.

Ambos medios eran inútiles. El asno ponía verdadera perfinacia en permanecer sordo e insensible.

Al cabo de una hora el peón llegaba al más absoluto agotamiento físico y espiritual; no podía agregar un garrotazo más ni proferir una nueva injuria... El asno triunfaba.

Y como no carecía de cierta generosidad, apenas su enemigo yacía con una mano sobre la otra, se enderezaba y filosóficamente avanzaba contra la muchedumbre.

Su sometimiento era condicional. El conductor no podía privarlo del placer de ir devorando las yerbas que encontrara a lo largo del callejón.

La marcha era de una inevitable lentitud. Además, cuando el carro estaba a corta distancia, la multitud debía callarse, porque el asno era contrario a todo bullicio. Una vez que se detenía en el Municipio, le ponían un saco con pasto y le entrapaban las orejas para que no estropeara la segunda jornada.

. . .

Las ancianas no creían que el asno fuera un animal de carne y hueso, sino una forma transitoria usada por Satanás para sustraer a Judas del castigo.

En otra época, cuando no abundaban tanto los incrédulos, Satanás disfrazábase de asno, y con el pre-

texto de buscar yerbas, se acercaba a los sitios donde los niños jugaban. Naturalmente, éstos lo usaban como corcel. Y ocurría que Satanás, aprovechando un descuido cualquiera, empezaba a crecer y de súbito desaparecía con su preciosa carga.

Nada era más útil en esas circunstancias que hacer la señal de la cruz. El Diablo huía fulminantemente dejando en la atmósfera un intolerable olor a azufre .. Y la víctima se salvaba.

Estas hipótesis, a pesar de su atractivo, no cundían demasiado porque el asno había observado siempre la misma conducta; pero no era estimado. Si una mujer anciana pasaba a su lado, disimuladamente le daba un puntapié, un varazo o le vaciaba un recipiente, eso sí que con la mayor discreción...

Debido a las prevenciones, el asno se aislaba y podía ir juntando un año con otro sobre su invulnerable esqueleto.

. . .

El Judas era confeccionado con trapos y paja de arroz, y vestido con prendas que ya nadie usaba. En la parte donde es natural tener la cara, le ponían una máscara, o le indicaban el rostro con hilo rojo. Así conseguían darle una expresión de ebrio consumado y de pícaro auténtico.

Ese año, cerca de las nueve de la mañana, el Judas fué subido al carro. Y para que el pueblo pudiera verlo en el trayecto, se le pasó un cordel por la cintura y cada punta fué atada a las barandas.

Iba vestido como un burgués de grabado: levitón, sombrero de copa y cuello de forma severísima. Su fisonomía, sin embargo, era jovial. De su mano derecha pendía un saquito de tela transparente. Cuando saltaba el carro las monedas del saquito sonaban...

El vecindario avanzaba cercando el carro. Las mujeres eran las primeras en llegar a la violencia.

Las más pacíficas mostraban el monigote a sus chicos y les decían:

—Ese sinvergüenza vendió al Señor... Lo entregó a los judíos para que lo mataran. Es un perverso... pero todo lo pagará por junto .. La plata que lleva en el saquito es la que le dieron por el Señor...

Otros, más vehementes, se tomaban del carro y dirigían a Judas discursos injuriosísimos. Los mozalbetes le daban bastonazos, los chiquillos lo apedreaban.

Las espaldas del Iscariote se hundían, sus piernas vacilaban; pero su rostro, acaso cínico, manteníase quieto. Sus ojos miraban, con mirada absoluta, la horca que se alzaba en la plaza. Dentro de un instante no tendría ni la satisfacción de ver. Antes de terminar, antes de hundirse en la oscuridad absoluta, era un placer abarcar espacio aunque sólo fuera visualmente.

Se oían juramentos y risotadas bestiales. Los hombres de la multitud estaban teñidos de algo cruel y cobarde. Sentíanse poseídos por la voluptuosidad del suplicio ajeno, y hubieran pagado por estrujar con sus manos el corazón de Judas, aunque el Judas presente era sólo una representación de aquel que se ahorcó en Galilea.

Por más que yo comprendía lo horrible que fué la

acción de Judas, y aunque había en mí una ligera inclinación religiosa, no estaba asimilado a la turba. Su disposición de espíritu contra el simbólico monigote, antes que serme grata, causábame repulsión y pena.

Cuando el carro se detuvo en la plaza, la gente se acomodó en torno de la horca con jubiloso apresuramiento. Nadie quería perder un detalle: unos se frotaban las manos, otros absorbían con sus miradas los cambiantes aspectos de la escena, éstos se saboreaban como si tuvieran los labios impregnados de sangre tibia, aquéllos sentían, tal vez, que el suplicio por iniciarse los vengaría de humillaciones recibidas en carne propia; pero nadie pensaba en que el hecho de Judas pudiera ser un fracaso humano, un motivo de pesadumbre común

Judas Iscariote, ya completamente maltrecho, fué bajado por dos peones y puesto en la horca. Mientras se le anudaba la cuerda a su cuello de trapo, el sacristán lo rociaba con parafina desde la cabeza hasta los pies. Apenas las extremidades de Judas quedaron oscilando en el vacío, el mismo servidor del Señor les acercó un fósforo...

El tranquilo viento de esa mañana admirable se asoció a la conmemoración de la venganza; con sus invisibles manos iba imprimiendo un ridículo vaivén al ajusticiado. Más que un suplicio parecía una prueba de acrobacia. Se oían algunas risas.

Primero desaparecieron las piernas. Después la llama se hincó en el vientre y fué calcinándolo trozo a trozo.

Judas Iscariote daba la sensación de estar atacado por una risa muda, apretada, invencible... Seguía la broma. Parecía no sospechar lo que verdaderamente estaba ocurriendo. Con su medio cuerpo se balanceaba como cualquier equilibrista. Cada vez hacía menos bulto. De pronto no se vió más que su cabeza. Era la última oscilación; la cuerda quedó a plomo.

Entonces los aldeanos con suma presteza, cayeron sobre las monedas que ennegrecidas yacían en el suelo.

El lugar de la Gimnasia en la Educación Física

IN duda alguna que los profesores de Educación Fisica se extrañarán del título con que encabezo este artículo. Es tal la costumbre que tenemos de encuadrar la Educación Física dentro de la Gimnasia, que al profesor de este ramo se le denomina «profesor de Educación Física», título que es al mismo tiempo el que adjudica el Estado a los jóvenes que no tienen otra preparación que para la enseñanza de la Gimnasia.

Creemos que éste es un error grave, que nos desorienta enteramente en cuanto se refiere a buscar los medios de eficiencia vital que pone en nuestras manos la verdadera Educación Física.

Este error es el que deseamos evidenciar en estas línecs, para proponer en seguida los medios que nos conduzcan a la conquista del bienestar y de la salud, primera base en que se funda la grandeza de los pueblos.

. . .

Para orientarnos en este importantísimo problema, hagamos resaltar el fin que se propone la Educación Física. Sintetizando las definiciones que se han dado sobre ella, diríamos que es el conjunto de los medios tendientes a preparar la vida del hombre para su máximo de actividad y duración.

¿Podemos alcanzar este fin sólo con la Gimnasia? Contestar afirmativamente, sería manifestar ignorancia sobre las diversas fuentes que nos proporcionan la vida, fuentes de las cuales una sola considera la Gimnasia.

* * *

Hemos hablado de la vida. Pero ¿qué es la vida? Todos los biólogos modernos están de acuerdo en afirmar que la vida es el resultado del conflicto del organismo con el medio.

Luego la Educación Física, que tiene por objeto producir la vida en las mejores condiciones, debe preocuparse de todos los conflictos que la generan y la mantienen.

De modo, pues, que la Educación Física no viene a ser otra cosa que el estudio y la práctica de los conflictos que generan y mantienen la vida.

Entonces, concretando nuestra tesis para hacerla más clara, volvamos a enunciarla nuevamente, pero colocando en lugar de Educación Física» el equivalente que la Ciencia le ha asignado. Así, ya no diremos «el lugar de la Gimnasia en la Educación Física», sino «el lugar de la Gimnasia en los conflictos que generan la vida».

* * *

Si la Gimnasia, tal como se practica hoy día, encierra en sí todos los conflictos vitales, el título de «Profesor de Educación Física» que se otorga a los que enseñan Gimnasia sería perfectamente justificado, y estas disquisiciones no tendrían razón de ser. Pero creemos que la verdad está muy distante de este postulado.

. . .

En efecto, los conflictos por medio de los cuales la Naturaleza cede sus energías a los seres vivos, podemos reducirlos a dos, a saber:

Conflicto físico, que es el procurado por las energías almósféricas, la lierra y el agua, y

Conflicto químico, que es el que proporciona el líquido que baña el sistema celular.

El primero de estos conflictos, a su vez, podemos subdividirlo en tres conflictos diferentes, a saber:

I. Conflicto dinámico, proporcionado por la luz, la radioactividad, el magnetismo, la electricidad, etc.; es el que da al cuerpo el dinamismo vital.

II. Conflicto térmico, debido a los cambios de temperatura; es el liberador de la enegía nerviosa acumulada en los receptáculos misteriosos de la célula, como consecuencia del conflicto dinámico; y

III. Conflicto mecánico, que no es otra cosa que la lucha contra la gravedad o pesantez manifestada en las diversas actividades y movimientos; tiene por objeto proporcionarnos el oxígeno necesario a las diversas funciones fisiológicas.

Volviendo al conflicto químico, debemos hacer presente que es la principal causa de la presión osmótica que preside a la asimilación y desasimilación, que constituyen las dos funciones fundamentales de la vida.

. . .

Ahora bien, de estos cuatro conflictos que abarca la Educación Física, uno solo de ellos corresponde a la Gimnasia, el conflicto mecánico. ¿Cómo sería entonces posible dar a ésta el alcance que sólo a aquélla corresponde? El error no puede ser más manifiesto.

. . .

Sin embargo, algunas explicaciones debe tener esa tendencia de dar a la Gimnasia ese carácter general que distingue a la Educación Física. Yo la he buscado, analizándola desde el punto de vista biológico y creo haber encontrado la explicación en el concepto erróneo sobre los fines que se persiguen con la Gimnasia.

En electo, abramos un texto cualquiera de los que se han adoptado para este ramo, y no tardaremos en encontrar ejercicios especiales para cada una de las funciones fisiológicas. Y no es raro ver autores caer en la contradicción de señalar *ejercicios higiénicos*, pero DEFORMANTES, así como ejercicios *estéticos*, pero ANTIHIGIÉNICOS.

Todo esto descansa, en mi concepto, sobre el error que existe sobre la finalidad biológica del ejercicio y el absoluto desconocimiento de la unidad que preside todas las funciones orgánicas.

. . .

Ante este error, que ha sido tan funesto para la Gimnasia, puesto que la ha complicado hasta el punto de hacerla inaccesible a las personas desheredadas, y por tanto fuera del alcance del público en general; ante este error, decimos, pidamos su auxilio a la Biología, a este faro luminoso que, en los últimos años, ha aparecido para guiar a los humanos por el sendero de la luz y de la verdad.

Para esto, analicemos el aforismo que sintetiza la ciencia de la Vida, sustentado por sus cultores más prominentes, tales como Le Dantec y Letamendi, quienes dicen: «El hombre es un solo órgano, y la vida una sola función». Concepto profundo que en sus cuatro palabras encierra la solución del problema que tratamos.

«El hombre es un solo órgano». esto nos demuestra que hay en él un principio que constituye su génesis y que lo sintetiza. ¿Cuál es este principio? Ya el gran Cuvier nos lo ha dicho: «El sistema nervioso es, en el fondo, todo el hombre.»

Pues bien, si, como dice Cuvier, el sistema nervioso representa a todo el hombre, es lógico deducir que la vida, como función, no es otra cosa que una función nerviosa.

Y bien, sabemos que todos los biólogos contemporáneos co-

rroboran la deducción que acabamos de hacer, pues ellos, sin excepción, están de acuerdo en considerar las distintas funciones orgánicas-respiración, digestión, funciones glandulares, circulación, etc.—como aspectos diversos de una misma y sola función: la FUNCIÓN NERVIOSA.

Ahora bien, si la función nerviosa es la que preside todos los procesos orgánicos, inclusas nuestras formas y proporciones, lógico es que la Educación Física, en su legítimo afán de crear vidas plenas y vigorosas, se ocupe ante todo y sobre todo de colocar al sistema nervioso en las mejores condiciones para desempeñar su importantísimo papel.

Mas ¿en qué forma puede contribuir a ello la Gimnasia como parte de la Educación Física? La respuesta la da cualquier texto de fisiología: «Todo proceso fisiológico, dice, parte de una oxidación.» De donde deducimos que el oxígeno, al alimentar las oxidaciones, abre la llave al sistema nervioso para la integra realización de los procesos vitales-proceso que ya presupone la captación de las energías universales y el aprovisionamiento de los materiales de construcción, ese oxígeno, como ya lo hemos dejado establecido, lo da el conflicto mecánico, o sean los ejercicios lísicos.

Luego el rol de la Gimnasia no es otro que proporcionar al sistema nervioso el oxígeno necesario a las actividades nerviosas. No corresponde a ella, como se cree, dar formas, proporciones, presidir el desarrollo, etc. No; todo esto es función nerviosa. Y de aquí que los ejercicios que más influencia tienen en la salud y desarrollo de los niños, es decir, en todas sus funciones vitales, sean los ejercicios de ligereza y los que ponen en acción simultánea el mayor número de músculos-como el juego y la lucha—que son los que dan más sed de aire y, por consiguiente, atraen más oxígeno.

. . .

Con lo expuesto creemos haber dejado establecido que la Gimnasia sola no constituye la Educación Física. Si bien es cierto que su contingente es muy valioso para la eficiencia nerviosa, sin embargo, su uso exclusivo traería como consecuencia el rompimiento del equilibrio vital.

Expliquémonos.

La célula nerviosa adquiere su dinamismo del conflicto con las energías atmosféricas—electricidad, luz, radio-actividad—. De aquí que la Educación Física deba ocuparse, en primer lugar, de los medios de acaparar esas energías.

Plena de energías cósmicas, la célula nerviosa no las libera sino al choque de las temperaturas ambientes. De aquí que la Educación Física deba tomar muy en cuenta los conflictos térmicos y modos de producirlos: baños de agua, de aire, etc.

Liberada la energía, la célula nerviosa no puede invertirla sino en presencia del oxígeno que le viene, en primer lugar, del conflicto mecánico que le proporcionan los ejercicios físicos. De aquí que la Educación Física deba interesarse principalmente por los ejercicios que dan sed de aire—como las carreras, los juegos, las luchas—que son los preferidos de los niños y de los animales selváticos.

Pero de nada serviría a la célula nerviosa tener las energías que le proporcionan los agentes físicos, poder liberarlas por los choques térmicos, tener el oxígeno necesario a las actividades nerviosas, si aun no dispone de la materia prima para la elaboración de una materia viva, materia prima que es constituída por los alimentos, que constituyen el conflicto químico. De aquí que la Educación Física no pueda, sin anularse, desentenderse del problema alimenticio. Esto es tan evidente que basta la ausencia de ciertas sales o de las sustancias llamadas vitaminas para producir el raquitismo con sus deformaciones, en los niños tratados con tal régimen de «carencia».

60

. . .

Se ve claramente que la Educación Física no sería completa ni eficiente, sino por la cultura armónica de todos estos conflictos o agentes que contribuyen a mantener la vida; y que la práctica exclusiva de cualquiera de ellos nos llevaría necesariamente al fracaso. Y este es el error en que incurren nuestros actuales profesores de Educación Física.

. . .

Es así como los profesores de Gimnasia, ignorantes del rol que corresponde a su ramo en la Educación Física, han querido darle la importancia que sólo a ésta corresponde; y de aquí que, para llenar los vacíos que cualquier espíritu cultivado puede notar en la práctica exclusiva de aquélla, hayan acudido a las complicaciones cada vez más grandes y, por lo mismo, cada vez también más alejadas de los fines que la Educación Física persigue.

Si, como la Biología parece demostrarlo fehacientemente, la Gimnasia tiene por objeto principal la absorción del oxígeno, ¿qué sacaríamos con la presencia de este, si no contamos con la fuerza creadora que nos dan los conflictos atmosféricos, ni con la materia prima que con su auxilio debemos elaborar?

Por suerte en la Naturaleza no hay líneas absolutas de demarcación y, por tanto, ningún conflicto puede usarse con exclusión absoluta de otro, impidiendo así el fracaso inmediato; sin embargo que la inobservancia de cualquiera de ellos lleva consigo la degeneración. Es por esto que debemos saber que su empleo armónico es el único que nos da la salud y la longevidad.

. . .

Establecida la Educación Física sobre sus verdaderas bases, reducida la Gimnasia al papel que biológicamente le corresponde,

todo se simplifica de improviso; la rigidez de los métodos en uso, con sus tiránicas complicaciones, desaparece, porque los organismos, sometidos a sus medios naturales, evolucionan automáticamente, y en un ambiente óptimo de satisfacción y de placer. La serie de temores que hoy día asaltan al pedagogo de Educación Física—que hacen necesaria la presencia del médico—desaparecen, no tienen razón de ser, porque reconocen como causa la debilidad que acompaña a individuos cuyas condiciones biológicas han sido descuidadas o destruídas por su base. Más aún, el profesor de gimnasia de hoy día tiene que verse asaltado por tales temores, porque opera con niños generalmente enfermos, ya que es ley natural que todo ser que se desvía de su medio biológico, tienda a degenerar, enfermarse y morir.

En una palabra, la Educación Física, fundada en los medios que biológicamente le corresponden, queda reducida a las condiciones del animal selvático o a la de las plantas del bosque secular.

¿Quién ha dado su gracia a la gacela y su majestuosidad al roble? Preguntádselo a cualquier persona que haya estudiado algo de Biología y os dirá: ¿El sistema nervioso en la una y el protoplasma en el otro; pero ambos colocados en condiciones apropiadas de alimento, de luz, de calor, de movimiento etc.» Y yo agrego: ¡Sí, es el sistema nervioso, que jamás se equivoca en la realización de los fenómenos que corresponden al mejor desarrollo y prosperidad de la especie, siempre que su acción no se estorbe por los torpes manejos de una ciencia, más altiva cuanto más errada, y por tanto, culpable de las degeneraciones y desgracias que afligen a nuestro hermoso país».

Imitemos, pues, a la gacela. Busquemos los elementos de vida que tan pródiga nos ofrece la Naturaleza, cual cumple a nuestro actual estado evolutivo, y nuestra célula nerviosa hará de nosotros seres robustos, generaciones inteligentes, eficientes, física e intelectualmente capaces de construir las bases inamovibles para una civilización tan gloriosa como las que en casos semejantes edificaron los pueblos más destacados de las antiguas civilizaciones.

CONCLUSIONES

En vista de lo expuesto, y considerando:

- 1.º Que la Educación Física actual es incompleta, por cuanto no se refiere más que al *movimiento*, que no es más que uno de los conflictos que proporcionan la vida;
- 2.º Que la Educación Física actual, en su afán de compensar su deficiencia, se ha complicado hasta lo infinito, quedándose fuera del alcance del pueblo, y por tanto inepta para producir la regeneración que de ella se espera;
- 3.º Que siendo el rol biológico de la Educación Física proporcionar a la célula nerviosa las mejores condiciones para desempeñar todas las actividades vitales, papel que está muy lejos de llenar la Educación Física actual, y
- 4.º Que la Educación Física, fal como se enseña hoy día, contribuye a mantener la degeneración y las enfermedades de los niños y de la especie humana, porque deja al hombre fuera de sus medios biológicos, ya que es ley natural que todo ser que se desvía de su medio enferma, degenera y muere.

Propongo:

- a) Reformar los programas de Educación Física que rigen hoy día de acuerdo con las luminosas enseñanzas que nos proporciona la Ciencia de la Vida;
- b) Reformar asimismo el Instituto Superior de Educación Física, en conformidad con las tendencias científicas que hoy encauzan a la Educación Física por el sendero práctico y humanitario que nos pone a todos en condiciones de gozar de sus grandes beneficios; y
- c) Intensificar la propaganda de la Educación Física, no solamente en la escuela, la Universidad, el cuartel, sino también en el propio hogar, donde sus sencillas prácticas pueden ser perfectamente aplicadas por los padres de familia en ellos mis-

mos y en sus hijos. Así su acción se extenderá a toda la población de la República, y no tardará en hacer de este país, presa de las epidemias y de las enfermedades, un emporio de vida y de salud, y un paraíso donde, en día no lejano, se alce radiante la edad de oro para nuestra raza, por tantos motivos digna de mejor suerte.

Dos poemas

3

ORAZON solitario. Alma en desesperanza. Un cisne de nieve se ahoga en el remanso de tu alma.

Aquí estamos. Donde el sol no levanta. Desvanece la sombra tu clara presencia. Alta ciudad, vasta ciudad de la vida multánime. Largas barcas de plata duermen sobre el Sena.

La mala estación acongoja los parques. Sobre este muro en ruinas alguien escribe la palabra desamparo. Asoma la lluvia en la noche profunda. Y un pájaro de hielo desciende hasta mis manos.

La multitud enreda tu nombre. Es nuestra la calle más triste. Hotel pobre. Vida tan pobre. Delante de nosotros caen hojas amarillas.

Ah mujer de pena, dulce mujer mía. Aviones taciturnos nacen con el día. Y cada día nos trae una flor ya marchita. 7



O hice los viajes alegres y los más tristes viajes. Detrás de mis sueños está la América en flor.

Los marineros danzaban sobre el Mar Caribe. Tocador solitario era tu pena y no el viento inflando tu acordeón.

Hangar nocturno. Es entre tus paredes sombrías que mi cora-[zón despierta. Rayo, quemo las horas en la lumbre de mi cigarro.

Un vaso de vino ahoga toda explicación.

Tú mismo, el de enfonces. ahora cruzas los bulevares, y el antiguo desaliento te amarra toda acción.

De allá abajo llegan las voces. Las cartas. El periódico de las [noticias.

Pablo y Tomás robando a los nativos. Una casa en abandono. También la revolución.

Aquí los hombres tienen un semblante de tiza. El alma del invierno oculta los infantes. Automóviles en delirio empujan el crepúsculo. Y una luna cautiva blanquea las terrazas.

Es a la claridad de las lámparas que yo te amo, compañera [de esta hora.

De nosotros huye la tarde. Una palabra de pena baja de tus labios al recordar las guitarras del país de Tarzán. Esta es nuestra calle. Hotel Nantes. Aquí te amo. Eres alta. Hueles a manzanas. Hay un cigarro muerto junto a la chimenea. Encierras dentro de ti las campanas de Stuttgart.

Paris, 1925.

Camilo Lemonnier

AMILO Lemonnier nació en 1844, en una casa del barrio de Ixelles, en Bruselas, que aún existe. Su padre era un flamenco de Lovaina, abogado; su madre una brabanzona de vieja cepa.

Había, pues, en su sangre algo de las dos razas constitutivas de Bélgica. El mismo Lemonnier resolvió el problema diciendo: Ni flamenco ni walón: toda la tierra belga es mi tierra; yo me siento en mi casa tanto en las llanuras de Flandes como en las sierras del Meusa, pero como él era un verdadero temperamento de pintor, como un héroe favorito de Rubens, es a la tradición flamenca a la que más se aproxima.

Su infancia se desarrolla apaciblemente en la casa paternal. Su madre que lo inicia en las tradiciones de Brabante, hace nacer en él el gusto por la intimidad del hogar burgués. Allí paladea las golosinas nacionales; Kolkebalkhen, spekuloos, pan de almendras, que después describe maravillosamente y con deleite de gastrónomo.

Fué un mal estudiante. Uno de sus biógrafos, Jorge Rency, dice más o menos: «Yo he revisado en los libros del Ateneo de Bruselas donde inició sus estudios sin encontrar ni siquiera una distinción, ni en gimnasia».

Cuenta él mismo, por lo demás, que hizo permanentemente la cimarra para ir a leer a Lamartine y a Víctor Hugo bajo los árboles. Los estudios universitarios tampoco le interesaron. Se

presentó varias veces al Curso de Leyes, y su padre, desesperando de sacar de él un abogado, como era su sueño, decidió hacerlo empleado público y lo empleó como supernumerario en el Consejo Provincial de Bruselas. La idea no era feliz. La lectura, bajo los bosques, de Victor Hugo y Lamartine, no prepara muy bien para autómata administrativo. Lemonnier comprendió que no podía sujetar su libre naturaleza a obligaciones semejantes y presentó su dimisión. He aquí como cuenta Enrique Picart la truculenta ceremonia:

«Un día se abrieron las puertas del Gobierno Provincial para dejar pasar una soberbia victoria, magnificamente enjaezada. Fué un momento imponente. Un ujier se aproximó a la portezuela, pero una voz imperiosa gritó de adentro: «El Gobernador! Llamad al Gobernador!» Creyendo en la visita misteriosa de un gran personaje, el bedel previno a su patrón. Entonces el que estaba en la calesa se dignó descender, pasó soberbiamente al Gobernador un pliego cuidadosamente lacrado y cerrado.

-iTengo el honor, dijo, de entregaros mi dimisión!

«Luego hizo un signo al coche que desapareció, envuelto en una soberbia polvareda rojiza, mientras el Gobernador, estupefacto, daba y daba vueltas entre sus manos a la nota en que el humilde supernumerario Lemonnier presentaba su renuncia.

Alegres compañeros habían seguido de cerca los detalles de la busonada que terminó en una cantina del barrio en espumantes shops de cerveza, frente a media docena de flamencas de pechos exuberantes y dientes blancos, como espuma de leche recién ordeñada.»

Hay que agregar, para darse cuenta del valor de esta renuncia, que en esta época Bélgica no tenía escritores ni público que leyese. País de industriales y de comerciantes, no leia sino folletines o novelas de los autores franceses de segunda mano. Su majestad el cursi de Octavio Feuillet entretenía los ocios de los rojos flamencos y de los mofletudos brabanzones.

Sin embargo, Lemonnier no se subleva estúpidamente contra este medio hostil. Es preciso, dice, acostumbrarlo a leer. No dice: el hombre era bueno; la sociedad lo ha pervertido! Dice más bien: El hombre era al principio un animal de presa, cruel v sanguinario: v es la sociedad cada día mejor organizada, bajo la obra lenta de los sabios, de los poetas, de los pedagogos, quien lo ha resormado y lo ha humanizado. No te alejes so pretexto de que la sociedad no es perfecta aún. Coloca tu piedra, por pequeña que sea, al edificio de las edades. Sin duda, no serás tú el que coronará con un ramo de flores el término del edificio. (Esto del ramo de flores es en Flandes: en Chile colgamos una damajuana en señal de terminación.) Satisfácete con el rol de un humilde y laborioso obrere! Apesar de todo, Camilo Lemonnier estableció en su espíritu y en su obra una distinción radical entre el suelo del país, sus paisajes, su aspecto lísico (es decir, la naturaleza) y la sociedad hermana que vive alli, el gobierno que la dirige, la burguesía que sostiene a este gobierno. A esta sociedad, a este gobierno, a esta burguesía declaró la guerra, no por razones de orden político, sino porque le pareció que su influencia era contraria a los intereses del arte y de la vida.

A los veinticinco años precisamente, por este divorcio entre el medio y su naturaleza, arrienda en el Meusa con algunos pintores la Abadía de Burnot. Allí vive como un campesino, como un merodeador, escribiendo poco, entretenido en cazar, soñando, fumando, recorriendo incansablemente la llanura y el bosque. Esto era en 1870. Lemonnier deja el morral de cazador y visita el campo de batalla de Sedan. A su vuelta publica en un relato lo que ha visto. Así nació «Les charniers» que, según algunos, es el origen de la famosa novela de Zola «El Desastre. Sea como sea, Zola escribió a Lemonnier poco antes de aparecer su famoso libro: «Después de vuestro «Les charniers» siento verdaderamente temor de publicar mi novela».

Después de este libro, declara Lemonnier, un clamor de horrores, de cólera, de piedad me quedó en la garganta. Comprendí de improviso que el escritor tiene un deber y escribí «Sedan».

Estas palabras marcan en el joven novelista un momento cul-

minante. El escritor tiene un deber, una misión. Es una verdad que no puede demostrarse; pero que se la comprende en formas muy variadas. Para Flaubert, por ejemplo, sanático de la teoría del arte por el arte, esta misión es realizar la belleza sin pensar en sus consecuencias sociales. Lemonnier se acerca a Zola por esta concepción más filosófica del arte. Es un enemigo de la sociedad, incontestablemente. No se trata de mejorarla sino de suprimirla; pero no por medio de bombas y revoluciones, sino enseñándola a no olvidar ciertos principios primordiales. La sociedad hay que suprimirla en el cerebro, en el corazón, en las costumbres del hombre. La sociedad ha hecho de un ser sano y puro, un ser enfermo y corrompido. De un ser creado para la libre alegría de los sentidos, un autómata, esclavo de obligaciones envilecidas y que muere sin haber conocido nunca la selicidad. La misión del escritor será, entonces, mostrar a la criatura humana que ella tiene derecho a la felicidad y que ella no la encontrará sino en el seno de la naturaleza, viviendo de acuerdo con las leyes profundas del instinto.

Lemonnier permaneció fiel a esta tesis. Es la gran idea de su vida. Se ha dicho que era voluble y ondulante, que sufría todas las influencias, que cambiaba de manera y de estilo a cada libro nuevo. Esta complejidad es exacta. En uno de sus libros, Dames de volupté, lo reconoce y se vanagloría de ello: «Yo he hecho del espíritu una casa cuyas ventanas se abren a crepúsculo de púrpura y de metal, cuyas ventanas se abren también a los muelles claros de luna. Estoy en mi elemento allí donde haya un jirón de misterio. El día en que, resignado a confinarme, dueño de un rincón, no mire más hacia el horizonte, allá lejos, que se cierre la tapa de mi ataúd; los gusanos, como a un queso, habrán devorado mi cerebro.»

Es necesario obedecer a la vida, es necesario ser entre sus manos como un niño.

Me abandono, continúa, a las circunstancias, a mi vida, a mi instinto que son mis guías y los únicos a que obedezco. Yo no soy sino eso, en verdad, un inconsciente, un instintivo.

No hay ejemplo en la historia de la novela de un escritor

que haya proclamado tan ampliamente, tan francamente, este deseo de rehusar todo sometimiento a la razón, considerando al INSTINTO como una razón superior a la razón racional de los clásicos. Psicológicamente, admitimos que el instinto es una fuerza ciega, cuya libre expansión arrastraría a la humanidad a un estado caótico en que los débiles serían devorados por los fuertes implacablemente; por lo demás, el instinto está en razón inversa de los principios de la ética.

Lemonnier no acepta esta idea que es la base de nuestro orden social. Si hay algo divino en el hombre, dice en el «Vent dans les moulins», es la pureza original del impulso. Los impulsos son hermosos por sí mismos, la sociedad los ha pervertido solamente. Es la sociedad la que está enferma y debemos curarnos, volviendo a la naturaleza y a la belleza fundamental de la vida».

En el fondo él no pintará nunca sino un solo personaje, bajo aspectos y vestidos diferentes, un solo individuo, él mismo, es decir, lo que hay en él de más primitivo, de más instintivo, de más salvaje, de menos civilizado, o lo que es lo mismo, su amor por la naturaleza virgen e indomada, por el bosque y por el mar.

La obra que representa más típicamente esta doctrina es «Un Macho» que es también la más conocida de Lemonnier, escrita según él, bajo las encinas de Flandes. Su publicación produjo un escándalo en Bélgica, sobre todo por la audacia de su título. En Francia causó viva sensación en el ambiente literario. Flaubert se apoderó de ella según cuenta Picart, e iba recitando trozos por todas partes, con su gran voz cálida y tonante. Y Daudet escribió al autor; «Todos nosotros os esperamos, Flaubert, Zola, Goncourt, y yo: sois de los nuestros».

«Un Macho» es una salvaje y triste historia de amor. Un cazador furtivo, llamado Cachaprés siente un amor profundo y salvaje, por la hija de un granjero, la rica y bella Germana Hulotte.

Germana es la riqueza, el orden, las conveniencias, la sociedad organizada, en una palabra. El hombre es la libre y

72 Afenea

orgullosa pobreza, lo que está suera de la ley, el rebelde, el Cachaprés que engaña a los gendarmes; en suma, un enemigo de la sociedad. Todo los separa, todo se opone entre ellos; pero la naturaleza los une. Un poder irresistible, el calor mismo de su sangre, los arroja al uno en brazos del otro. Sus bodas, sus libres bodas carnales stienen bosque por templo. Se aman ardientemente, violentamente, y su amor, que se ríe de los prejuicios y de las conveniencias sociales, está de acuerdo con una armonía superior, con el suego oscuro y prosundo de las grandes superiors.

Pero Germana, la primera, se cansa de estas misteriosas delicias. La vida ordinaria la reconquista. Cachaprés es un amante que en ningún caso puede llegar a ser un marido.

Y como todas las mujeres, ella sueña con el matrimonio, un matrimonio honrado, ventajoso, con un hombre de su casta y de su rango.

Ella se aleja, acepta las insinuaciones de un joven granjero de la vecindad. Cachaprés descubre la intriga, medio mata a su rival y reconquista a su querida amenazándola con la muerte. Esto es precisamente lo que la mujer quiere, o mejor aún, lo que la mujer no quiere. El cazador furtivo es vencido en esta lucha desigual. Toda la policía de la región lo persigue por el bosque. Mortalmente herido, desesperado por haber perdido su amor, agoniza en un matorral, como una bestia, auxiliado por una pequeña salvaje, una muchacha libre de los bosques, que lo amaba sin que él lo sospechase.

Este macho, este varón robusto y vigoroso, todo instinto, lleno de vida como los árboles entre los cuales nació, vivió, amó y murió, es la primera exteriorización del héroe que Lemonnier llevaba en sí mismo.

Después del triunfo de ¿Un Macho» Lemonnier va a instalarse a París. Inconscientemente se olvida de sí mismo, sale de su yo original y profundo y se esfuerza por parecerse a los que son sus compañeros actuales. Escribe libros, donde su talento, su gran talento de estilista brilla aún, pero donde no está su verdadera personalidad, excepción hecha de ¿Un Muerto», agua-

suerte, sombría y trágica, verdadera obra maestra, Lemonnier despliega una extraordinaria virtuosidad de escritor, porque es en materia de estilo un virtuoso incomparable. Esta virtuosidad la había adquirido con un trabajo largo y encarnizado. Desde la escuela, si él no se aplicaba mucho a las matemáticas era porque reservaba toda su actividad para los ejercicios literarios. En la noche, cuando todos dormían en la casa, él componía variaciones múltiples con temas como estos: La luna brilla. La nieve cae. El sol se levanta. Leía asiduamente diccionarios, consultaba manuales técnicos de todos los oficios, de todas las industrias, formándose un vocabulario completo de todas las palabras exactas. Componía sus obras como un músico compone las suyas. Dice por ahí Maeterlinck: «Camilo Lemonnier es el que conoce mejor el valor y la virtud secreta de las palabras, innumerables como las olas del mar. El las posee todas, desde las que emplean en su existencia cotidiana los campesinos, los obreros, la mujer, el niño, el médico, el hombre político, hasta las que se esconden como joyas ignoradas pero necesarias, en el sondo de todas las artes, de todos los oficios, de todas las ciencias, de toda la vida, en sin. Nadie, como Lemonnier, agrega Maeterlinck, tiene en tan alto grado el don insalible y supremo de llamar las cosas por su nombre... El es en el reino del verbo el pastor que conduce el rebaño más numeroso, más diverso, el más dócil y al mismo tiempo el de mayor magnificencia.

En esta época, 1888, publica Lemonnier un libro llamado «La Bélgica», obra admirable de evocación, de donde surge la española Flandes o el germánico Brabante con todas sus bellezas naturales, sus monumentos, sus costumbres, sus tradiciones. Se rehusó a este libro (lo cito para contar la anécdota que es muy característica) un premio de literatura oficial en que un señor de Laveleye estimó que no podía dársele como premio a los niños de las escuelas públicas, porque el autor había mostrado en el un exceso de imaginación. La juventud belga festejó a Lemonnier, en desagravio, con un banquete célebre en que Rodenbach lo saludó con el título de «Mariscal de las Le-

tras Belgas» y en que Emilio Verhaeren, entonces muy joven, leyó un bello poema compuesto en su honor.

Vuelto definitivamente a su tierra comenzó el período más hermoso de su vida, en el que nacieron sus obras más importantes: «La Isla Virgen», «El Hombre de Amor», «Adán y Eva», «En el corazón fresco de la selva», «El viento en los molinos», «Las dos conciencias». «El Hombrecito de Dios», «El Derecho a la Felicidad».

. . .

Un poeta lírico que no tuviese el don del verso: eso sué Lemonnier intimamente, con algo de Bernardino Saint Pierre y de Chateaubriand, con los cuales emparenta estrechamente. Como ellos, sólo él es el personaje y la naturaleza no es sino una vasta y suntuosa decoración en el seno de la cual se desarrolla su personalidad; pero él, en cambio, tiene su filososía, muy simple, muy rudimentaria, «mientras más se parezca el hombre a los animales, a las plantas, estará más cerca de la eterna verdad. Mientras más humilde sea, más sencillo, más ignorante, tendrá mayores esperanzas de ser feliz».

Teoría que, como se ve, tiene mucho de la intuición bergsoniana que, en el fondo, no es otra cosa que la libre expansión del instinto.

Sobre estos temas, motivos líricos que se renuevan sin cesar, el artista compone verdaderos himnos sinfónicos adonde llama en su ayuda todos los recursos de la orquestación verbal. La naturaleza y la vida son cantadas en todos sus aspectos, con un lujo, con una fastuosidad no igualada, con una extraordinaria riqueza de acordes y motivos. En estas obras la fábula no es nada; no tiene más importancia que el pentagrama en música. Los personajes carecen de psicología. Son grandes niños, vueltos al balbuceo primitivo. Son todos sensación, semejantes a los faunos y a las ninfas de las mitologías. Por lo demás, el solo verdadero personaje de todos sus libros es la misma naturaleza, la madre eterna, la fuente inagotable de donde todo parte y a

donde todo vuelve, la divina naturaleza a la cual el poeta panteísta consiere todos los atributos de las divinidades antiguas.

El primero de estos libros es «La Isla Virgen», algo así como una epopeya de razas donde, según Picart, Lemonnier se ha creado una lengua épica por la que pasan frecuentemente reminiscencias de Homero. Es la historia de una familia, sobre la cual pesa el incesto de dos hermanos; el hermano mayor coge a la pequeña nacida del amor impuro, la mezcla con los suyos y abandonan la ciudad maldita para fundar en la isla virgen un nuevo pueblo. El padre de todos es el implacable juez Régulo, tipo místico de juez, en el cual revive el espíritu de los viejos inquisidores, en una ciudad que se parece de un modo extraordinario a Brujas, la mística y española Brujas de los carillones y de Rodenbach.

Rency hace notar la analogía que hay entre este poema y la tetralogía de Wagner, en que Brunilda sería la hija incestuosa, y Sigfrido, Silvano, su primo, que desconociendo su parentesco elige la isla virgen.

Silvano, o hijo de las selvas, parte de la isla virgen para librar a los hombres de la catástrofe, a la cual se precipitan; pero Lemonnier no escribió el libro en que el héroe cumple su tarea,

Adán y Eva» y «En el corazón fresco de la selva» relatan episodios donde se entrevé este edén que Lemonnier soñaba dar a los hombres. «Adán y Eva» son jóvenes en el segundo de estos libros; en el primero han constituído ya la familia. El hombre construirá la casa, labrará el campo, sembrará y cosechará el grano; la mujer cocerá el pan, la hostia sagrada que tiene la forma de la tierra y del sol.

De ellos nacerán las razas libres del yugo social, lavadas y purificadas en el baño inmenso de la naturaleza, vueltas a las fuentes de la vida.

Después de estos dos libros, frescos naturalistas, donde los personajes humanos no aparecen como tipos observados, sino como creaciones arbitrarias del artista, como entidades alegóricas, publica Lemonnier un curioso libro, de sugestivo título: «El viento

76 Afenea

en los molinos». Este es Flandes, el Flandes del lino y de los lirios blancos, el Flandes de los pobres curvados sobre el surco, extorsionados por patrones gordos y rapaces comerciantes. El paisaje es magnífico, dice Rency; está pintado con pequeños toques, a la manera impresionista, casi puntillista; pero el procedimiento es demasiado visible y a la larga, fatiga.

Para terminar, trascribiremos las palabras que Lemonnier pone en boca de uno de sus personajes, y que son a no dudarlo, un auto-retrato:

Un libro de Wildman (entiéndase Lemonnier) sobrepasaba siempre los límites que él se había propuesto. La vida de las imágenes, la abundancia de las sensaciones lo mareaban como en una mañana de la selva, como en los preparativos de un viaje a un mundo desconocido. No quería seguir ningún método: pero sucedía que al llegar a la revisión de los manuscritos, se veía obligado a sacrificar capítulos enteros, en beneficio de la unidad. Su arte de hombre del norte, gordo, espeso, se nutría de savia roja.

Luego dice:

Los grandes impulsivos ceden a la predestinación de exteriorizar las corrientes de vida que los atraviesan. Es su belleza y su miseria, puesto que así están más cerca de las fuerzas del mundo y más lejos de la simetría social.»

Su panteísmo ardiente, frenético, exuberante, tumultuoso, comenta Rémy de Gourmont, recuerda el de los grandes artistas del Renacimiento, el sátiro velludo, hecho de barro y azul, que canta Víctor Hugo y que en el Olimpo hace huir a las diosas pizpiretas y sensuales, embriagadas con su bravío olor de bosque

y de macho y que pide a Júpiter respeto para el hombre. respeto para la tierra profunda, para el árbol sagrado, para la sagrada alimaña de la selva.

Murió en 1913.

Jaime Torres Bodet (Mexicano)

Playa

Especial para ATENEA



L mar estaba llorando contra las puertas del alba por entrar a las tierras de mi alma.

Con estrellas salpicaba las ventanas de la playa, y el encaje de las olas desflecadas al tocar a unas gaviotas convertía espuma en alas...

Por entrar a mi alma gime el mar contra las rocas del alba. Aceros de inmensidad limando la sombra estaban cuando el día tocó el mar con largos dedos de plata y lo halló arrullándose en sus lágrimas.

iEl tan cerca de mi mal!
¡Del suyo, mi vida, esclava!
¡Ay,
quería romperse el mar
contra las puertas del alba
por entrar
a la fierra oscura, amarga,
por entrar
a la tierra de mi alma!...

Arboles

Para pintar en un biombo

NARANJOS



la parroquia
van los naranjos...
¿Van a tus bodas?

PALMERAS

Con plumeros de esmeralda querían limpiar de nubes el cielo de la mañana.

PINOS

Con el viento que hila el sol en el huso de los pinos se viste mi corazón.

ALAMOS

No sabía qué comprar con sus hojitas de plata el álamo en el bazar.

CIPRESES

El muerto quería ver a su novia ¡tan lejana! Por eso creció el ciprés.

ARAUCARIAS

Leímos su nombre un día, en una novela. Debe oler a melancolía.

Poemas de Jaime Torres Bodet

AY tibias noches cuya respiración parece cargada con el oloroso verdor de las arboledas, traspasado aquí y allá por el fugitivo trinar de pájaros que recitan sibilinos encantamientos para seducir la lluvia. No sacuden el aire las alas de la tormenta y sólo es profunda la silenciosa paz de las arboledas. Todo invita a aligerar el corazón de angustias para escuchar mejor un distante murmurar de aguas invisibles. Poemas de Jaime Torres Bodet es un paisaje espiritual de virtudes semejantes; deleita, nos deja una paz serena en el alma, aun cuando a cada momento atraviesan las frondas y la noche flechas luminosas que parten hacía lo alto.

Por la dulzura del trino, jilgueros son estos poemas; por su fragante brevedad, pétalos de rosa. Y tal es, en compendio, toda la estética del poeta. Es decir, son de una lírica clásica.

Y en esecto, en más de una ocasión he pensado en el Cancionero de Stúñiga y en el de Baena, por la casticidad de la lengua siempre, por la sutileza de la emoción y de la idea, a veces.

La brevedad de la canción es la nota dominante de toda esta poesía, que a veces tórnase canción pura, como en Río. Mas allí donde aparece clara toda su estética, toda su aspiración de artista es en el conjunto que el poeta llamó En Abril:

Dame, Señor, la fuerza de un pétalo de rosa capaz de sostener el perfume de un bosque.

Corta, abrevia, resume. ¡No quieras que la rosa dé más que su perfume!

Este anhelo de brevedad y de compendio ¿es flor de su instinto artístico? Quizás si sea su experiencia de poeta. La inspiración muy a menudo es sólo un fugaz relámpago y para que la obra quede iluminada con ese fulgor hácese preciso abreviarla. Derramadas sus fúlgidas aguas apenas si dejan intermitentes fosforescencias.

Era esta la experiencia de Coleridge cuando declaraba que la verdadera inspiración poética se traducía mejor en los poemas breves; de donde Poe tomó pie para exponer toda su teoría del poema corto como el único realmente posible. Es mi opinión—decía Poe—que un poema extenso no existe. Un largo poemas es simplemente una cándida contradicción de términos».

Y la poesía contemporánea parece justificar la observación de Poe: los poemas que mejor se recuerdan, que mejor han expresado sentimientos humanos no son de larga extensión.

Los de Torres Bodet pudieran escribirse en hojas de mirto o en alas de mariposa. Porque alados son, porque un despedazado arco iris brilla en ellos. Los suyos son versos hallados, descubrimientos felices, cacerías afortunadas. Tal es la impresión que su poesía produce, porque por ninguna parte se vislumbra el esfuerzo. Voces de manantial son sus versos. Lo flúido, lo cristalino, lo no aprendido, lo misterioso de la fuente, todo eso hace la esencia de esta poesía. ¿Qué alianza existe entre la poesía y las aguas, que desde la más remota antigüedad ciertas fuentes fueron sacras y revelaron a los hombres que bebieron en sus aguas una sabiduría divina? ¿Escondieron los dioses en ellas secretos maravillosos que les infiltran potencias extrañas para hacerlas medicinales o infundirles el don de exaltación, el encanto de la voz, las pulsaciones de la vida?

Pues sólo con el parlar fluyente de las aguas puedo comparar esa gracia de los poemas de Torres Bodet. Cada sensación que en su alma cae blandamente como hoja de sauce en arroyuelo, le deja un recóndito murmurar sutil que crece y se hincha hasta brotar en versos de ritmo fácil y dulce. Es este rasgo de líquida espontaneidad lo que le relaciona con los poetas de los viejos cancioneros. Es algo que me parece interesante en la sucesión de los escritores mexicanos. Entre ellos surgieron precursores del Modernismo y entre ellos amanecen estos otros artistas en quienes parecen como fundidas las sobrias adquisiciones del Modernismo con las límpidas tradiciones de los áureos días de la literatura española. No es una reacción, es una susión, es algo realmente nuevo que me parece llevar en sí un virtual florecimiento de la poesía en no distante porvenir. Lo desconocido es el campo de la ciencia. Cada descubrimiento hecho por ésta es un pequeño avance en lo infinito ignorado. Y aquí es donde la poesía realiza su misión de revelar al mundo las misteriosas relaciones de las cosas, de las ideas y de las almas. En este sentido la poesía irá adquiriendo cada vez mayor profundidad, porque el sentido musical de la palabra y la emoción del ritmo, que han sido grandes contribuciones del Modernismo, se pondrán al servicio de las trascendentes emociones del alma. de las ideales percepciones del espíritu para crear una vez más la grande, la verdadera poesía que se anuncia en el Continente.

En Torres Bodet se tiene una vislumbre de esa poesía. Una ligerísima, vaga bruma vela a veces las imágenes de las cosas evocadas por el poeta, con lo cual se realza su encanto porque se deja mayor libertad a la emoción para actuar en nuestro ánimo. Porque no se trata de oscuridad de pensamiento; antes por el contrario, su diafanidad es de mañana limpia. La impalpable bruma forma como un halo de emoción en torno de las imágenes suscitadas.

Cuando dice:

que da luz a la esmeralda, recogimiento a la fuente y hondura leve a la playa!

o cuando pinta:

amarillo de campo sin cosecha
—no de glorioso atardecer de frigos—
amarillo de adiós en las ventanas...

el elemento emotivo es superior al pensamiento con que la despierta. Y el poeta es consciente de esa forma en su arte, porque ha escrito al principio de su libro:

> Que se olviden las palabras pero que dure la voz!

Más que lo dicho, es el tono el que explica la canción.

El tono es precisamente la emoción. De él queda suspendida la sugestión como de la alta rama el nido de oropéndola. Pero ¿encontrar el tono? Allí es donde entra la sensibilidad del poeta.

Ahora bien, este arte que busca el tono es delicado, traduce los matices del sentimiento, las finas y leves coloraciones de la idea. Pero ¿es todo el arte? ¿Es toda la poesía?

Por ejemplo, en el segundo poema del conjunto que se titula En Abril, El Puente, leo:

> ¿Cómo se rompió de pronto el puente que nos unía al deseo, por un lado y por el otro a la dicha? Y ¿cómo en mitad del puente que a pedazos se caía

84 Afenea

su alma rodó al torrente y al cielo subió la mía?

Aquí hay algo más que el tono. La idea se hace simbolo por encima del tono. Es el turbio torrente de la vida para ella, para él es el cielo de la aspiración ideal y del arte.

En el poema Encuentro dice:

Estabas en mí—esperándote cuando te conocí. Estaba ansioso de mí mismo imperfecto, increado, en tí.

La brevedad es de un asorismo hermético; la psicología es honda y la explicación se lee en aquellas maravillosas páginas del Symposium de Platón cuando el interlocutor Aristófanes expone el origen del amor. Aquí también hay algo más que el tono. Toda la canción es la palabra. Dicho de otra suerte, el arte es tan amplio como la vida; como la vida en todas sus formas y en todos sus mundos. Una sórmula que abarque esa amplitud de la vida será la única que pueda incluir todas las posibilidades del arte. Así para esta inteligencia sutil que percibe leves modulaciones de las voces de los seres y discierne los matices de las cosas y las emociones, toda la estética se resume en el tono de la canción. Y su estética será insalible en él. Pero nada más que en él, o en quien poseyera su temperamento, su sensibilidad, su fantasía.

La fineza y la seguridad de sus sentidos imprimirían a su arte una coloración genuinamente realista sin el todopoderoso influjo de su amor de ideal, sin su concepción poética del mundo. Se deleita con los paisajes y cosas de la naturaleza, pero su amor de ideal ha dado a sus ojos una videncia extraña. Sus ojos proyectan la visión de las cosas presentes hacia la distancia. Lo pasado y lo lejano son su Aretusa y su Castalia. Ese es su secreto de idealización. Así una muchacha pasa vendiendo naranjas. Esta sensación la proyecta hacia el pasado y las

naranjas devienen su infancia: la muchacha no vende naranjas, anda vendiendo su infancia. No es esto un procedimiento deliberado, es la espontánea asociación de sus emociones y recuerdos. La sensación presente torna su fantasía, como chal contra el viento, hacia un pasado indefinido, hacia una indecisa distancia y aquí encuentra la inexhausta fuente de su poesía. Los países y ciudades extraños, los muebles viejos, los jardines abandonados, los versos olvidados, todo esto es de embrujado hechizo para el poeta. Por un poder de fantasía, característica del poeta, transmuta con frecuencia sus percepciones y combina para el mejor efecto de su poesía, los colores y las formas con las abstracciones. Verde, azul, amarillo son los colores predilectos de sus abstracciones:

Azul de primera farde de primavera... ¿A qué versos de ofra edad hueles? ¿A qué vivo ramo cortado, al anochecer, entre la luna del campo? (Azul),

Verde es el recogimiento de la fuente, la hondura de la playa, es amarillo el adiós en las ventanas, a la hora del crepúsculo.

No son esas reminiscencias de Rimbaud, ni de Verlaine, ni de las coloreadas sinfonías del Modernismo; es un genuino modo de sentir las cosas. Para mirarlas y comprenderlas como todo el mundo, este poeta está obligado a velar su fantasía.

Sin embargo no es una alma extravagante; animan su ser generosos sentimientos. En sus horas de reflexión sobre la vida estaría dispuesto a recoger para sí el llanto universal. Ama la soledad, el silencio, la oscuridad, no por desamor a los hombres, sino por amor de poesía, por falta de ambición de gloria. Fray Luis de León huía del ruido mundanal. Torres Bodet no quiere hacer ruido.

86 Alenea

Vivir porque la vida no puede renunciarse, pero hacer el menor ruido posible...

En el parque la pareja de novios hace abrileñas todas las cosas de la tierra, la atmósfera, las ramas del jardín, el corazón del poeta que se hincha de ternura. Esta es la bondad nativa del poeta, delicada y sin egoísmo. E igual se muestra en el bello cuadro que titula *El Puerto*, del cual estaría tentado a citar la segunda estrofa si no fuese tal manera de proceder tan contraria a todo noble concepto de la unidad de la obra artística. En su alma hay un anhelo de amar con pureza, con la sola exaltación del corazón, sin el murmurar ni los rezongos de la pasión, que se confiesa a solas.

Abril es un poema lleno de encanto, así por el sentimiento como por la pureza de las imágenes. Es la tarde un acento nada más en las flautas profundas de la encina. Los dos enamorados se olvidan de sí mismos en la contemplación de una estrella. Echaron a andar, «en la tarde religiosa, bajo el silencio negro de los nidos, hacia el río de olores de la rosa». Y caminando hacia la noche «por la margen de luz de la pradera, parece que esa tarde, lentamente» fueron «a sepultar la primavera». Aquí el tono de la canción es de dulce melancolía, la muerte de la primavera de un amor, como en Otoño, donde se oye ese mismo acento, es la muerte de la vida misma.

Mas no siempre es tan sencilla su alma. Posee las complicaciones de las almas que han viajado a través de las edades en las barcas de otros cuerpos.

En la mujer amada hay una mujer distinta que es la que busca su amor. Los mismos besos que parecen el símbolo de la unión son la separación de las bocas que se tocan porque el poeta piensa en la otra, en la mujer ideal que se ama en ésta. Apenas se tiene entrevista la ideal, la inalcanzable, la que vinimos a buscar sobre la tierra, pero su presencia espiritual dentro del alma contribuye a intensificar nuestro deleite en el amor. (Puerto) Cuando la mujer de carne acentúa su presencia con

muchas risas, muchos cantos, con excesiva animación, se abre para el poeta, entre setos de monotonía, la vereda del hastío. (Sordina) Desea entonces menos. ¿Compara quizás con la rica variedad de tonos de aquella otra mujer inasible, capaz de reproducir en sí los cambios íntimos del poeta, como cambian de color las aguas del mar en armonía con las nubes del cielo? Llega un momento en que las almas ya no se comprenden, aun cuando los cuerpos todavía se enlazan. En el recinto de la alcoba pueden girar, correr por años, en busca uno del otro, sin encontrarse nunca. (Ruptura) Es verdad que se habla de cosas sitiles tras los cristales de la ventana se ve el desfile de la vida. se tiene en la mano la muerta frialdad de otra mano: mas sube a la boca una onda de amargura: la ponzoñosa amargura de no comprenderse ya, (Hoy) cuando habría sido para ambos tanta dicha que él la hubiese adivinado y ella lo hubiese presentido. (Epilogos-2).

Es esta la complicación resultante del juego de las emociones en relación con los ideales. La observación interna es justa, exacta en México tanto como en París. Paul Geraldy en *Tú y Yo* exhibe rasgos similares. La *Invitación* de Torres Bodet me ha traído el recuerdo de escenas semejantes en Geraldy.

Torres Bodet posee un ojo pictórico, de aguda sutileza, pero se complace en una sensualidad imaginativa y fina, sin que deje aquí y allá de introducir una comparación gráfica de la vida diaria, casi banal, como cuando dice: «Con el cerebro lleno de tabaco como una sala de billar».

Un bello cuadro ha pintado en la *Invitación*. En el alma de este poeta hay rincones sombreados de helechos, regados de manantiales, jardinillos cargados de fragancias, en donde se llenan de ritmos y de aromas sus versos.

Sin embargo no es el poder de descripción, ni la fina observación de la naturaleza lo que constituye el valor de su poesía; es la posesión de un cierto sentido armónico que le abre el mundo superior de la poesía eterna, es su potencia imaginativa que da diafinidad a la imagen—como puede verse en Tu nombre—es su respeto por la emoción, por el sentimiento que

dan carácter a la poesía de todas las épocas, es la nitidez de sus imágenes realizadas por la gentileza del pensamiento como cuando en *Confianza* escribe:

> «que el silencio es, en ciertas mujeres, una fronda cargada de nidos».

La última estrofa de ese poema es una resurrección de una cámara iluminada por un sol otoñal. Y de allí al sentido ligeramente simbólico el tránsito es insensible, como se ve en Lejos, que me ha traído a la memoria el Corazón Carpintero de Heine. En este poema corren paralelamente las imágenes reales con las de orden moral, con lo cual se alcanza esa poesía de realidad idealizada que constituye la esencia de toda buena y verdadera poesía. Ni falta el indefinible acento de misterio, la vaguedad de un simbolismo lejano, como aparece en Columpio, o en esa atravente balada, germánica que el poeta llama Las tres hermanas de la reina, donde el recóndito sentido se hace furbador. Al comenzar del ser, sobre la playa de la vida, las tres hermanas cierran el anillo de oro junto al mar, y al caer la tarde, divorciados los corazones, sólo hay dispersos fragmentos del anillo; cada hermana con una voz, mas ya no existe el armonioso coro que brotaba de un mismo corazón,

Fuerza dramática hay en La flecha, suprimida la segunda estrofa, innecesaria y por lo tanto lánguida. El vuelo del pensamiento es alto. La primera, la tercera y cuarta estrofas contienen una poesía esencial, con el tinte oriental de los Rubyat. La filosofía del poeta está llena de encanto, por sus adivinaciones, por su penetración, sin arreos de filosofía, como en Impaciencia:

«Estamos, esta noche, tendidos al futuro, como dos arcos trémulos en un brazo robusto. Flechas iguales vibran en los dos arcos mudos. ¡Ay, si partieran juntas se rompería el mundo!

Si las dos almas, iguales en su origen, partiesen juntas y siempre iguales, el mundo cesaría de ser el equilibrio, la armonía del cosmos quedaría para siempre rota. Esa diversidad es tan esencial como la unidad para la existencia del *Universo*.

La misma profundidad hallo en *Desamor*, donde se adivina aquel sabio aforismo de la *tabla esmeraldina*: lo de arriba es análogo a lo de abajo para la armonía del conjunto. Por fanto hay en el corazón un cielo y una tierra y, como se enseña en los evangelios de todas las religiones, ha de morir para la tierra cuando anhela vivir en los cielos. Apagado el ardor de los sentidos, que es de la tierra, queda aún la noble atmósfera de la estima durable, del recuerdo feliz de lo que fué, y la más sutil reminiscencia de lo que pudo ser, todo lo cual pertenece al cielo del corazón. Aquí hay, pues, la sutileza de aquellos epigramas que son la deliciosa poesía de la *Antologia Griega*.

Todo está en nosotros—afirmaba la filosofía platónica; basta que nosotros recorramos las galerías de nuestra alma, para que como en los salones de vastísimo museo, encontremos el conocimiento apetecido. El poeta adivinado, dice: «Hasta qué parte de mí mismo—tendré que ir para encontrar—el secreto de tu belleza—y la verdad de tu bondad?» No intenta buscar en el alma de ella, sino en la suya propia, seguro de que allí encontrará la explicación de todo. Y en el *Don* sonríe el misticismo poetico de Gerson o de San Juan de la Cruz: «Todo cuanto poseo se encontraba—oculto en mí. Pero faltaba darlo—Era fuerza. Faltaba hacer gracia del don, para gozarlo».

La rebelión del alma entre las durezas de la vida, de la desigualdad social es asunto para la oratoria, pero Torres Bodet, en su poema En la hacienda ha logrado revelar una poesía pura, hecha de emoción, como ha de ser toda poesía, sin razonamientos ni prédicas de orden alguno. El tono de este poema

me frae a la memoria nuestros viejos buenos romances españoles. Aquellos que tratan del amor y de los placeres sencillos de la vida.

El libro de Torres Bodet posee el encanto singular de ser poesía pura, sin que turben su onda plácida las ideas doctrinarias de ninguna clase, de ningún color.

Sus descripciones de la naturaleza, breves por el carácter de sus poemas, son compendiosas, a veces limitadas al pictórico epíteto. Su sensibilidad es delicada, su emotividad intensa, sin egocentrismo fatuo. Su expresión es siempre transparente y aunque aquí y allá alzan el vuelo las alondras de robustos pensamientos, en general no puede afirmarse que se haya el poeta propuesto realizar una poesía de hondos arranques. Su obra es delicada, fina, de un refinamiento noble que deriva

de la gentileza de sus facultades poéticas, puesto que no daña, ni siquiera altera la espontaneidad de esa vena que fluye con el melodioso encanto de la voz de las Musas que inspiraron las canciones de los ruiseñores de Sicilia.

Hombres, ideas y libros

Los nuevos Programas para las Escuelas Primarias en la Rusia Soviética

Con este título ha publicado Salomón Kahan en *La Antorcha* de México el interesante estudio que a continuación re-

producimos.

La moderna y afrayente revista de Vasconcelos se preocupa, número a número, de las más recientes y más inquietadoras fórmulas en que se van condensando las actividades ideológicas y sociales del mundo. Esto, unido a su serio y profundo afán por los problemas de la nacionalidad y de la cultura universal, hacen de La Antorcha una publicación de renovado y permanente interés.

En el artículo que hoy reproducimos encontrará el lector claramente delineadas las normas generales a que obedece la última trascendental reforma de la enseñanza en Rusia.

Cualquiera que sea nuestra posición política del momento en relación con el juicio que cada uno—improvisadamente o a virtud de honrada documentación y discernimiento—se tenga formado acerca de los resultados de la revolución rusa, el interés con que mentes superiores han querido desentrañar el sentido de esta conmoción histórica nos prueba que, en muchos aspectos, las derivaciones que el pensamiento eslavo presenta como los frutos depurados de la revolución, merecen ser materia de honrada y severa medifación.



IETE años después de haber surgido el Régimen Soviético en Rusia, han sido publicados los programas definitivos

para los cuatro años del primer grado de la Escuela Unica de Trabajo, o sea para la Escuela Primaria.

...En Marzo de 1919 fué aprobada la siguiente plataforma que debe servir de base para la escuela rusa en lo sucesivo:

La escuela debe ser convertida, de instrumento para el dominio de la burguesía, en instrumento para el aniquilamiento completo de la división de la sociedad en clases. Así definida la tarea general de la escuela, lógicamente se imponen los siguientes fines inmediatos para la escuela primaria:

Esta debe sugerir en los niños un vivo interés al medio ambiente y darles aquellos conocimientos y costumbres que son indispensables para las actividades del trabajo, y para la vida cultural, dos factores básicos de la futura sociedad perfecta.

He aquí como Krupskáya (esposa de Lenin), una de las glorias de la pedagogía rusa, defermina las fareas inmediatas de la escuela primaria: Antes que nada, dice ella, la escuela debe sugerir en la mente del niño una serie de preguntas, desarrollar en éste el interés de un investigador hacia los hechos y fenómenos, lo mismo en la vida de la naturaleza que en los de la sociedad. Otra de las fareas inmediatas es enseñar al niño a buscar en el libro y en la ciencia la respuesta para todas las preguntas que surjan en su mente y ante todo, inculcarle el amor hacia el libro.

No menos importante es el tercer objetivo de la nueva escuela primaria: consiste en acostumbrar a los niños a vivir, aprender y trabajar colectivamente. Esto implica las dos reformas radicales: la autonomía de los niños en su organización y el principio de su ayuda mutua.

La tarea inmediata final consiste en dar a los niños cierta suma de conocimientos formales y de costumbres de estudio para la posibilidad de instruirse ellos mismos al terminar la escuela.

Esto no quiere decir que los niños tendrán que estudiar solos y por su propia cuenta al terminar la primaria; al contrario, la secundaria es solamente la continuación de la primaria y abierta para todos los que la terminaron, sin excepción, formando las dos juntas «la Escuela Unica de Trabajo». Pero se quiere que al terminar la primaria, los niños tengan por sí solos el espíritu investigador, para que las clases de la escuela secundaria puedan convertirse en verdaderos laboratorios y seminarios.

El último objetivo inmediato de la escuela primaria adquiere una importancia extraordinaria, cuando se recuerda que todos los niños absolutamente irán más tarde a la escuela secundaria.

...Pero ahora es ya de vital importancia para la escuela primaria el desarrollo del espíritu de estudio en sus alumnos.

Pues bien: ¿cómo logrará la escuela primaria todo esto para conducir ventajosamente a sus educandos al ideal que se trazó la revolución? Como la nueva escuela no prefende producir ni intelectuales sin relación alguna con la vida social de su ambiente, a la antigua, ni tampoco románticos de ideas vagas, llenos de sueños impotentes acerca del socialismo, sino hombres y mujeres para los cuales el trabajo debe ser algo tan natural como las alas para el ave, claro está que dos cosas se imponen: el adquirir todos los conocimientos y costumbres por medio del trabajo y lo que es aún más importante: el trabajo en sí, como la enseñanza principal; la organización científica del trabajo y el hacer racionales los essuerzos humanos. Aquí es necesaria una explicación. El ideal del trabajo de la escuela rusa no es el mismo que el de los tolstoianos, que quisieran que todo lo que el hombre necesita para sí lo hiciera él mismo. sin molestar a sus prójimos para nada, aunque tuviese que retroceder al grado primitivo de civilización, vestido de andrajos y alimentándose miserablemente. Todo lo contrario! La nueva escuela rusa pretende inculcar en sus alumnos la idea de que la vida debe ser opulenta y agradable, basada en las enormes industrias florecientes y lograda gracias al trabajo colectivo. Nada de individualismo, ni aún en el sentido del individualismo ascético de Tolstoi, sino la personalidad completamente desarrollada y expresada de un individuo, en armonía con los ideales y las fendencias del trabajo de la sociedad que le rodea.

Ahora sí comprendemos por qué los nuevos programas escolares rusos se llaman programas para la «Escuela Unica de 94. Alenea

Trabajo, pero nos falta todavía decir que bajo ningún concepto y ni por un momento, se admite que estas escuelas tiendan a convertirse en disimuladas escuelas profesionales. Todo lo que hacen los niños en la escuela primaria, en el ramo de trabajos en oficios prácticos, no es un fin en sí, para satisfacer sus necesidades de un modo primitivo e imperfecto, sino un medio para ilustrar la organización del trabajo: el cálculo de probabilidades, la división de las tareas y el resultado como síntesis.

La «escuela-taller» como fin en sí no tiene nada de común con la nueva escuela primaria rusa.

Una vez puesto el trabajo como eje central en la escuela, debemos hacer constar que como la ciudad y la aldea tienen cada una su aspecto propio en lo que se refiere a sus actividades, es evidente que eso debe también reflejarse en los programas, teniendo los de las escuelas citadinas como un punto central la industria, y los de las escuelas rurales la agricultura.

Estos últimos comprenden mucho de la ciencia agrícola. Se explica esta aparente inconsecuencia en relación a lo dicho anteriormente, por el deseo muy justificado de inyectar ciencia agronómica a los campesinos terriblemente atrasados, por medio de los niños, que han de aprender según estos programas, y por medio también de los profesores escolares, que tendrán que ensanchar por fuerza sus conocimientos un poco más que nulos en lo que es el alfa y el omega de la vida campesina: la agricultura. Es un fenómeno triste observar el distanciamiento profundo que existe entre los campesinos y los profesores de las escuelas rurales.

...Los nuevos programas para la escuela rural tratan, pues, de reconciliar a los campesinos con el profesor rural, obligando a este último a que conozca elementalmente la agricultura y que en el terreno que se donó después de la revolución a cada escuela, haga cultivos modelos. Los nuevos programas introducen así al profesor en la vida campesina y pretenden que el profesor rural se haga «de familia» entre los campesinos, dejando de suspirar por la ciudad, entregado de lleno a sus trabajos agrícolas, que seguramente tarde o temprano le cautivarán. Así

se espera que el puesto de profesor rural dejará de ser para la presente generación del magisterio un infierno (aunque sin su culpa: el Tzarismo no los preparó eficientemente). Claro que en lo sucesivo el magisterio rural ruso ya no ve a formarse en las normales citadinas, pues esta supervivencia del pasado régimen es tan ridícula como lo sería que fueran a la aldea los normalistas que estudian para profesores citadinos, con el objeto de adquirir allí sus conocimientos...

Entonces variarán también los programas de las escuelas rurales.

Ahora nos falta hablar de los demás temas centrales de los programas, de las tres columnas, que son lo más característico de estos, y del método que en ellos se sigue.

	La naturaleza y el hombre	EL TRABAJO	La sociedad
1.er año	Las esfaciones del año	La vida de tra- bajo de una fami- lia de la ciudad y la de la familia de la aldea que es del ambiente inmedia- to del niño.	La familia y la escuela
2.° айо	El aire, el agua, el suelo. Las plantas de cultivo y animales que rodean al niño. Su tratamiento.	La vida de frabajo de la aldea o del barrio de la ciudad donde vive el niño.	Las instituciones so- ciales de la aldea y de la ciudad.
3.er año	Nociones elementa- les (en forma de ob- servaciones), de física y química; la naturale- za de cada región; la vida del cuerpo hu- mano.	La vida econó- mica de cada re- gión.	Las instituciones so- ciales de cada depar- partamento, distrito gubernamental o re- gión. Cuadros del pasado de su país.
4.º año	Geografía de Rusia y otros países. La vida del cuerpo hu- mano.	La economía política de la Ru- sia Sovietista y la de otros países.	La construcción po- lítica de Rusia y de otros países. Cuadros del pasado de la hu- manidad.

96 Alenea

Al leer este esquema, lo primero que advertimos es la tendencia hacia cierta unidad entre sus partes componentes. Cualquier año de estudio que tomemos contiene obligatoriamente las mismas tres columnas fundamentales:

- 1) La naturaleza, incluyendo en ésta al hombre;
- 2) El trabajo;
- 3) La sociedad.

Examinando las tres columnas con más detenimiento llegamos a esta conclusión: como eje central de los nuevos programas se considera la columna del medio, dedicada al trabajo. Los autores de los nuevos programas consideran que solamente el trabajo (columna central) aplicado a la naturaleza (columna izquierda) sirve como origen y causa de la vida social (columna derecha).

Otro rasgo característico de estos programas es el principio de lo más inmediato a lo más lejano, promovido con una consecuencia admirable.

Así, en el primer año toda la atención del niño se concentra en la vida de trabajo que directamente le rodea, en las cuatro estaciones, en sus cambios que fácilmente pueda observar y en la sociedad ambiente que tiene a la vista, es decir, su familia y su escuela.

La ampliación de estos mismos tres grandes centros de interés en el segundo año consiste en que como eje central sirve aquí la vida de trabajo de la aldea o de aquel barrio de la ciudad en que vive el niño, dándosele a conocer a éste la sociedad trabajadora de esta aldea o barrio. Paralelamente con esto, va la enseñanza de las plantas de cultivo, accesible a la observación directa del niño, y la del aire, el agua y el suelo.

La vida económica del país o de la región es el objeto de la columna central durante el tercer año. En la columna izquierda encontramos la naturaleza de este país o región y los conocimientos elementales indispensables de física y química que sirven para el mejor conocimiento de esta naturaleza. Es lógico que encontremos en la columna derecha las instituciones sociales del país o región y relacionados con éstas, paisajes del pasado de la región o del país.

En el cuarto año se termina este lógico ciclo. Aquí ya entra la comparación de Rusia con otros países en lo que se refiere a su economía social (columna central). Esta comparación va acompañada en la columna izquierda de otra, pues se compara la Geografía de Rusia con la de otros países. Además, se considera que ya llegó el tiempo de colocar en la columna de ala naturaleza la complicada construcción del cuerpo humano. También ya llegó el tiempo de hablar claramente a los niños en la columna de ala sociedad acerca de la construcción política de Rusia, igualmente comparada con la de otros países. Con cuadros sintéticos, pintados a grandes rasgos, de cómo las masas con su trabajo cotidiano preparaban las grandes transformaciones de la humanidad y de cómo se destacaban en los grandes sucesos de la historia los individuos aislados, termina esta columna.

Demos ahora una breve ojeada para ver cómo se comprenden en los nuevos programas la enseñanza de Historia, de Geografía y de la Ciencia de la Sociedad, pues en estos tres ramos ha sido puesto el más grande empeño de innovación.

La enseñanza de Historia. La Historia, tal como se enseñaba antes de la revolución, se reducía a puro acrobatismo de la memoria, pues de verdad había que tener facultades de un acróbata para dejar pasar en su memoria el sinnúmero de reyes y batallas de todos los pueblos y todos los tiempos. Lo peor del caso es que ni aún la memoria se ejercitaba con provecho, pues es bien sabido que solamente se hace ésta sólida cuando entre las ideas que deben recordarse existe una asociación pragmática.

En los nuevos programas no hay ya lugar para anécdotas históricas, alternadas con un sinnúmero de fechas, sino que se ha destinado todo el lugar para los fenómenos sociales, su origen y evolución.

Otra idea fundamental de los nuevos programas consiste en inculcar a los educandos la idea de que la evolución y la revolución no están en tanta pugna como lo querían demostrar los pedagogos de la escuela antigua.

La revolución es solamente el momento agudo de la evolu-

ción y es de la misma manera normal, como lo es que de pronto se apague una estrella en los espacios etéreos, para usar el ejemplo clásico citado por Lunatcharski. Lo que consideramos catástrofes, son solamente conversiones de la energía latente estática, en dinámica, provocadas por causas determinadas.

Siguiendo la ley del pragmatismo, las catástrofes sociales o sean las revoluciones, son un fenómeno inevitable y lógico de la transformación humana. Claro que con este punto de vista los nuevos programas combaten el evolucionismo exclusivo de la antigua escuela, ocupando en ellos un lugar prominente las revoluciones sociales,

Referente a la tan popular tendencia de la escuela antigua rusa de fomentar, al enseñar Historia, el patriotismo falso y chauvinista, se considera en los nuevos programas que no hay necesidad especial de inculcar artificialmente lo que ellos ya llevan consigo al llegar a la escuela: el amor sano a su patria y a su idioma. Este amor es natural y persiste sin influencia de afuera.

Como punto de partida de la Historia se considera la antigua y continua lucha por la existencia del hombre contra la naturaleza. Pero se admite que habiendo una vez logrado asegurar los hombres su vida elemental, empieza una lucha entre ellos mismos por la demasía de bienes que la humanidad ha arrancado a la naturaleza después de lo elemental indispensable. Surge la lucha de clases que sirve de base para el estudio de la sociedad en cualquier época. Se considera como verdad que en estas luchas vence aquella clase que con el transcurso del tiempo crea una forma de economía social más productiva y eficaz. De esta manera se explica históricamente la victoria del capitalismo naciente sobre el feudalismo, y la inminente victoria del socialismo sobre el capitalismo.

En resumen, la enseñanza de Historia se reduce a la exposición, en forma accesible a la mentalidad de los niños, de la Historia condensada del trabajo humano, origen de las grandes transformaciones sociales.

La enseñanza de la Geografia. Al dar conocimientos acerca

de un país o de una región no se trata en la primaria ni de poner de relieve los monumentos de la antigüedad, ni los diferentes estilos de las construcciones, ni aún el folklore, sino de la actividad de trabajo de sus habitantes y de la organización que sirve de base a éste. Solamente el trabajo debe ser el punto central de la Geografía regional y ni aún la flora y fauna deben ser consideradas en sí por mera curiosidad científica, sino que las dos deben ser consideradas desde el punto de vista de su relación con la educación.

En las diferentes regiones deben especialmente ser subrayadas las respectivas subdivisiones de la descripción geográfica que más encierran a éstas. Así, por ejemplo, en una región carbonífera el carbón debe ser tratado de preferencia, y en un lugar cercano a un río o mar se hablará mucho de navegación.

Al tratarse de los principales ramos de la producción regional o del país, es indispensable que el profesor tenga él mismo un concepto claro acerca de cómo el hombre en la región o país en cuestión venció a la naturaleza, los obstáculos que tuvo que vencer, y la ayuda que le prestó la ciencia. Otra condición indispensable es que el profesor también tenga un claro concepto acerca de las grandiosas perspectivas que aún esperan al hombre al apoderarse éste cada vez más del capital muerto que yace en el suelo y en el subsuelo. Solamente con una visión clara de la situación actual, y ferviente fe en el futuro de la humanidad, podrá el profesor contagiar de entusiasmo a sus alumnos.

La enseñanza social. En lo que se refiere a la parte social de los programas se impone, para que ésta pueda ser estudiada con éxito, cierta individualización según las diferentes regiones. Así, la historia de las relaciones agrarias de diferentes partes de Rusia, aunque en sus lineamientos generales es la misma, debe no obstante ser enseñada a los alumnos de manera que estos últimos sepan lo más característico y sobresaliente de esta historia en su respectiva región. Por ejemplo, los levantamientos de campesinos.

Las huelgas generales habidas en una región, las causas lo-

100 Alenea

cales (además de las generales) de los disturbios obreros, la historia local del movimiento revolucionario; semejantes temas deben subrayarse. La vida económica detallada de la respectiva región: he aquí la base de la enseñanza de las relaciones sociales en ésta. Así estudiadas las materias sociales, por sí solas se impondrán al espíritu investigador de los alumnos. El camino indicado es el único para hacer la ciencia de la sociedad concreta y llena de vida.

Haciendo un resumen de los tres ramos que acabamos de analizar, podemos decir:

La vida económica engendra la social y como su consecuencia la política y junto con las dos últimas se convierte en la cultura humana; este es el evangelio para el profesor que quiera enseñar según los nuevos programas.

Para que el profesor pueda corresponder al concepto que acabamos de expresar, los nuevos programas le imponen ante todo el conocimiento profundo y más aún, la comprensión clara de la Historia, pues solamente esto le explicará el secreto de las relaciones mutuas de los diferentes factores sociales contemporáneos y le dará una visión de la dirección que estas relaciones toman para el futuro.

Pero no solamente la Historia. Para poder enseñar a base de los nuevos programas, los profesores deben prestar una atención muy grande a las siguientes materias que hasta ahora descuidaban: la Historia comparada de los diversos aspectos del trabajo, la Economía Política, la Geografía Económica, la organización científica del trabajo, los experimentos científicos y los experimentos sociales.

En Rusia el Consejo Científico del Estado, con el objeto de facilitar a los profesores la tarea de enseñar según los nuevos programas, elaboró unas listas bibliográficas pormenorizadas acerca de cada uno de los problemas y de sus subdivisiones, relacionadas con las materias abarcadas por los programas. En segundo lugar, organizó este Consejo una serie de exposiciones ambulantes para las aldeas y algunos «frenes-exposiciones» para las ciudades; en estas exposiciones se exhibieron los

libros modelos lo mismo que mapas, diagramas, cuadros gráficos y cuadros artísticos. En estas mismas exposiciones se dieron a los profesores que las visitaban indicaciones metodológicas.

El método. Es evidente que siendo los nuevos programas construídos a base de las características tres columnas, siendo la del medio el eje central y las otras dos objeto de estudio simultáneo con el estudio de ésta, hay que reconocer como el único método lógico y racional que debe adoptarse para la enseñanza, el de correlaciones. Este método consiste en que después de una serie de observaciones sistemáticas y del conocimiento adquirido acerca de cierto número de hechos, se hace un resumen sintético que debe dar a la imaginación de los niños un cuadro bien acabado, aunque simple, acerca del tema que se había propuesto el profesor.

Este método es todo lo contrario de la antigua práctica de la enseñanza que se seguía a base de un sinnúmero de materias aisladas. Mientras que antiguamente se llegaba a veces hasta el absurdo de enseñar, por ejemplo, la construcción de una rosa en el mes de Enero (cuando las ventanas en Rusia están cubiertas de hielo) solamente porque en el libro de texto le tocaba el turno a la pobre rosa, el método de correlaciones no teme dejar por semanas enteras una que otra materia, si el tema central que se está estudiando no necesita de su valiosa ayuda. Y efectivamente, ¿para qué mezclar la ciencia natural al desarrollar durante algunos días «centro de interés» como «La participación de la escuela en la vida social del ambiente»? Claro que no por eso se dejarán de hacer las observaciones elementales diarias, como por ejemplo, la observación del tiempo o del calendario.

En los nuevos programas no se trata de conservar la unidad de la enseñanza de una materia aislada en el tiempo, sino de conservar vivo, atrayente y oportuno cada tema central escogido por el profesor. Las materias escolásticas por su falta de interés y por su sequedad al estudiarse aisladas, quedan sustituídas por los verdaderos centro de interés.

Lo anterior impone como condición elemental, que la vida escolar y todo lo que se hace en la escuela estén en contacto con la vida de afuera. Para lograr mejor este propósito sirven de mucho las exposiciones escolares trimestrales, las de fin de año y las que se organizan al terminar los alumnos la primaria.

El camino que indica el método de correlaciones o de grandes «centros de interés» es el de investigación inductiva. Esta puede tener dos aspectos: el de investigación por medio de trabajo y el de excursiones. Las dos formas se practican actualmente con mucho éxito. Pero es más popular aún el llamado método de proyectos (una forma del método de correlaciones) en que un alumno o un grupo de alumnos toma cierta tarea, como por ejemplo, la de investigar detalladamente los campos cerca nos. Este grupo hace él mismo su plan, prepara los instrumentos necesarios formando un círculo, que bajo la dirección esectiva y directa del profesor, pero también con mucha independencia, realiza su propósito dando a conocer después en la clase todo el procedimiento empleado, los resultados de la investigación y los nuevos planes que éstos pueden sugerir.

Hemos esbozado a grandes rasgos lo característico de los nuevos programas. Ya no entraremos en más detalles, pues éstos serían interesantes solamente para especialistas. Pero, para concluir, nos parece interesante presentar a los lectores el minimum de conocimientos y costumbres del trabajo que deben tener los que terminan la nueva escuela, ya que es ésta el alfa

v el omega de los nuevos programas.

SALOMÓN KAHAN

Por los Estados Unidos

Prólogo del libro que con este mismo título acaba de publicar el ingeniero don Santiago Marín Vicuña.

ACE ya la respetable cifra de veinte años, al regresar de los Estados Unidos después de una permanencia de veintiún meses largos de talle, fuí solicitado por el Ateneo de Santiago para plasmar, en una conferencia, algunas impresiones de aquel gran país.

En ella dí salida, con la sinceridad y el entusiasmo de las emociones frescas, a fuer de recién vividas, a la fuerte impresión que en mí causaron, como en todo observador desapasionado y libre de prejuicios, las excepcionales y admirables condiciones de aquel pueblo, su progreso extraordinario en todos los órdenes de la cultura material y moral, su espíritu abierto y libre, ecuánime y tolerante, su actividad febril, su capacidad organizadora, sus maravillosos sistemas educativos, su concepto profundo, exacto y práctico de la democracia, hecho carne en todas las manifestaciones de la vida nacional, y, más que todo, su admirable organización social, que ha llegado a suprimir casi por completo el proletariado y la indigencia.

No suí creído. O, por lo menos, mis observaciones sueron recibidas con suerte benesicio de inventario. Y, a cambio de uno que otro espíritu abierto y altruísta que trató de aprovechar, en bien de nuestro país, la experiencia de quien había convivido con el ambiente norteamericano, intimamente, durante cerca de dos años, hubo hasta quien se burló por la prensa de mis afirma-

ciones. En aquel tiempo, por causas que no es del caso recordar, estaba de moda entre nosotros, y especialmente en nuestra juventud, el antiyanquismo.

Hoy, después de cuatro lustros, he tenido la satisfacción de ver confirmadas mis impresiones por el espíritu cultivado en el hábito de la observación exacta y constructiva de tres viajeros chilenos que fueron llamados a aquel país precisamente por sus antecedentes de hombres de progreso y estudio para imponerse personalmente, por lección objetiva, de uno de los aspectos más salientes del avance norteamericano en los últimos años, de uno que es modelo especial y utilísimo para nosotros, puesto que responde a condiciones análogas y a idénticas necesidades: el problema de los caminos.

Es sabido que en Europa este problema está resuelto desde siglos. Ya los romanos, hace dos mil años, trazaron sus grandes vías militares, que eran en realidad las arterias maestras de la intercomunicación europea. La densidad de la población en las principales naciones de Europa, el área relativamente escasa de esos países, la cortedad de las distancias que separan uno de otros sus grandes centros poblados, son factores que han influído para que los pueblos europeos posean y mantengan en perfectas condiciones, desde tiempo inmemorial, redes de caminos admirables, que son como las calles de una gran ciudad.

El caso de América—de toda América—es esencialmente diverso. En los Estados Unidos cabe casi toda la Europa continental. En el Brasil, otra vez toda la Europa, sin casi. La República Argentina podría contener en su área cuatro o cinco de las grandes potencias del viejo continente. Chile, con ser uno de los más pequeños países de América, es más vasto que Francia, Suiza, Holanda y Bélgica juntos y más largo que la distancia de Madrid a Moscou. Pues bien, en esta inmensa tierra americana la población es tan escasa y tan diseminada, que sólo cuenta el continente con cinco habitantes por kilómetros cuadrado. por término medio, cuando en Europa hay cuarenta en cada kilómetro. Además en nuestra América que sólo

cuenta dos o tres siglos de civilización, muy incompletamente esparcida, todo ha tenido que improvisarse a la ligera, venciendo imponderables dificultades naturales. De ahí que la intercomunicación ferroviaria haya en cierto modo precedido, en toda América, a la intercomunicación caminera: y de ahí que en los Estados Unidos, como en todo el resto del hemisferio occidental, sólo en los últimos años, y principalmente a consecuencia del desarrollo extraordinariamente rápido del automovilismo, se haya dado a la cuestión caminera su verdadera importancia.

El problema es, pues, fundamentalmente uno mismo allá y aquí: tender, en poco tiempo, vastas y costosísimas redes de caminos, sólidos y suaves, como lo requiere el tránsito automovilístico moderno, cruzando inmensas extensiones escasamente pobladas y luchando con la doble dificultad del financiamiento y de los obstáculos naturales.

Para vencer estas dos dificultades se necesita de un lado la formación de buenos técnicos y el perfeccionamiento de los medios mecánicos de construcción, y del otro la educación del ambiente en las ventajas de todo orden que para la vida moderna ofrecen los buenos caminos.

Desarrollo del comercio, abaratamiento de los consumos, sustitución del estrecho espíritu regional por un amplio espíritu cooperativo nacional e internacional, fomento del excursionismo, con todas sus ventajas de higiene moral y física, reemplazo cada vez mayor de la vida artificial de los grandes centros congestionados, por la vida natural de los campos: he ahí algunas de esas ventajas.

En su conocimiento, en su amplia aplicación, y en la consiguiente iniciación y mantenimiento de una sabia política caminera han dado en los últimos años gigantescos pasos los Estados Unidos. Y como en esta materia el bien entendido interés comercial se une al sentimiento altruísta—ya que los Estados Unidos son grandes productores de automóviles y de máquinas constructoras de caminos—de ahí que su política caminera no se encierre dentro del marco estrecho de las propias fronteras,

sino que las rebalse hacia todos los ámbitos de nuestro continente.

Ya en la Conferencia Pan-Americana de Santiago de Chile, a principios del año último, la delegación norte-americana propuso la celebración de un Congreso Pan-Americano de Caminos, que debería celebrarse en Buenos Aires a los comienzos de 1925. Aceptada esta proposición, la Unión Pan-Americana tuvo la feliz inspiración de organizar, siguiendo los principios que antes he esbozado, una gran jira educativa, para mostrar a técnicos destacados, de los diversos países del Continente, lo que han hecho los Estados principales de la Unión Americana en esta materia, los progresos alcanzados, los sistemas de propaganda, los métodos de organización y de financiamiento, los maravillosos resultados que los buenos caminos han producido ya, en todos los órdenes de la economía comercial, industrial y social.

Para aprovechar esa admirable lección objetiva y hacer partícipe de ella a nuestro país, fueron designados el secretario de la Asociación Automovilística de Valparaíso don Héctor Vigil y los ingenieros don Fermín León y don Santiago Marín Vicuña.

Todos ellos han transmitido ya sus impresiones al público chileno: el señor Marín Vicuña en una conferencia con que honró el salón de lectura de nuestra Biblioteca Nacional, y los señores León y Vigil en otra conjunta que dieron en la Universidad del Estado. Además de la materia propia de esas conferencias, los tres conferencistas han esbozado sus impresiones generales sobre aquel país; y los tres han coincidido exactamente con las apreciaciones del que estas líneas escribe, tan escépticamente recibidas hace veinte años.

He ahí el motivo de la satisfacción que yo expresaba al comenzar este mal hilvanado prólogo. Admiración por el estupendo avance material, moral y social de los Estados Unidos de Norte-América en todas las vías del progreso y de la civilización, gratitud por las atenciones recibidas y reconocimiento amplio de los sentimientos fraternales que hacia nosotros, sus alejados coterráneos del Sur, abrigan y manifiestan elocuentemente los ciudadanos de aquel gran país, deseo de que nosotros

entremos decididamente por las mismas vías que a ellos los han conducido a un standard más elevado de bienestar y de felicidad individual y colectiva: he ahí lo que respiran esas tres conferencias.

He ahi también la filosofia que se deduce del libro que hoy aparece a la luz pública y al que tengo el agrado de poner proemio. Santiago Marín Vicuña hizo la gira de 15 mil kilómetros a través de la región del Norte y del Nor-Este de la Unión, una gran parte de ellos en automóvil; cruzó catorce Estados; visitó cuarenta ciudades e innumerables fábricas, plantas eléctricas, mineras e industriales, clubs, universidades e instituciones sociales y educativas de toda especie; trató gobernantes, políticos, educadores, financistas, magnates de la banca y de la industria, profesionales, benefactores públicos y apóstoles del progreso y del bien social—la gente que va a la cabeza de la febril actividad de aquel gran país-; y en páginas que se leen lácilmente. llenas de sencillez y sinceridad, nos cuenta espontá* neamente sus impresiones, podría decirse que al correr de la pluma y al correr de los trenes y de los autos. Lo que no quita que de su libro puedan deducirse innumerables y utilísimas lecciones.

El nervio de este libro, el hilo de Ariadna que conducirá al lector fácil, suave e insensiblemente a través de sus páginas, hasta llegar a la última sin haber sentido la fatiga de la lectura, y experimentado por el contrario, la nostalgia de tener que abandonarla, es el itinerario de la excursión realizada por el autor en tan prestigiosa y útil compañía como la constituída por los que formaban el party y por las distinguidísimas comitivas que en cada uno de los Estados recorridos los recibían, los asistían y los acompañaban—comitivas encabezadas generalmente por el Gobernador del Estado, algunos de sus Ministros, miembros de la Legislatura local, directores y jefes de los trabajos y de la campaña pro-caminos.

Para formarse concepto de lo que esa asistencia significa, es necesario conocer la importancia que en los Estados Unidos tienen los Gobiernos particulares de los Estados, en cuyas manos

está casi toda la masa de los negocios y de los intereses públicos, pues al Gobierno Federal (el de Washington) le están reservadas solamente muy contadas materias. Hay Estados que tienen con mucho mayores entradas, mayor presupuesto y más numeroso tren de empleados que todo Chile junto. Cada uno de ellos puede perfectamente compararse con un país de los nuestros. El estudio, la observación y la experiencia recogidos por la comitiva—y en consecuencia por el autor de este libro—en uno solo de esos Estados, serían ya de la más alta importancia para nosotros. ¡Cuánto más los de una gira completa a través de catorce de ellos!

No hay, pues, cómo agradecer la iniciativa de esta bellisima idea a sus autores, especialmente al que de ella sué generador alma y resorte. el eminente hombre público e invariable amigo de la América Latina, Mr. Leo S. Rowe, actual Director General de la Unión Pan-Americana.

Veintidós años hace que conozco a este excelente amigo de Chile, y en tan largo espacio de tiempo jamás lo he visto desmayar en la persecución de su altísimo ideal de paz, de fraternidad, de interdependencia material y de comunión espiritual entre los diversos miembros que forman la familia americana. Fueron curiosas y excepcionales las circunstancias en que tuve la suerte de trabar esta ya larga y no interrumpida relación con el más latino de los norte-americanos; y, aun a riesgo de inflar desmesuradamente las proporciones de este prefacio, no resisto a la tentación de narrarlas brevemente.

Me hallaba, a mediados de 1902 en Nueva York, y había tenido ocasión de frecuentar la atareadísima oficina de Miss Mac-Dermott—una inteligente woman of bussiness e intelectual, que ocupaba el alto puesto de Jefe de la Sección «Educación» en la gran casa editorial de «Silver, Burdett & C.», cuando cierto día esta buena amiga de nuestro país (había regentado clases, y aún la Dirección, en el Santiago College de nuestra capital), me habló de un profesor de Derecho Internacional Americano de la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia, que deseaba proporcionar a sus alumnos alguna oportunidad de

conocer, por conversación directa, el punto de vista chileno en las cuestiones emergentes de la Guerra del Pacífico. Los alumnos de Mr. Rowe habían conversado con algunos jóvenes peruanos que seguían cursos en la misma Universidad; pero no habían podido hallar en Filadelfia un chileno que les suministrara el counter-balance.

A invitación de Mr. Rowe, transmitida por Miss Mac-Dermott. hube, pues, de trasladarme a Filadelfia, donde tuve el honor de ser huésped de la célebre Universidad, y de recorrerla, conociendo, con tan excelente guía, sus variadas, numerosas y admirables actividades, y asistiendo a la clase de Derecho Internacional Americano, donde, alrededor de un mapa de Sud-América, sostuve con los alumnos una animada y provechosa conversación. Excusado es decir que los profesores de las universidades norte-americanas no imponen sus opiniones a los alumnos ni les dan la materia hecha, sino que los guían, para que ellos, por investigación propia y trabajo personal, encuentren los elementos de juicio.

* * *

Y pidiendo excusas por la digresión, no quiero dilatar más la justa impaciencia del lector, llamado a acompañar en su provechosa excursión a través de los Estados Unidos a Santiago Marín Vicuña, que con aquella gira hizo, y con este libro completa, un positivo servicio a nuestro país y a la causa panamericana.

Invitado por el Embajador en nuestro país, Mr. William Miller Collier, a nombre de la Unión Pan-Americana y de la Hihgway Educational Board, institución semi oficial del Gobierno de los Estados Unidos, a la «gira educacional de caminos», por parte de Chile, único representante de nuestro país en el Comité Permanente del Ferrocarril Pan-Americano, Comité en que tienen asiento solamente un chileno, un brasilero, un argentíno, un mejicano y tres norte-americanos, el autor de este libro ostenta antecedentes bastantes para semejante distinción: en primer lugar,

su obra Los Ferrocarriles de Chile, de la cual se han hecho ya cuatro ediciones: luego, cuarenta libros y folletos más sobre diversos temas; y en seguida, sus trabajos profesionales de ingeniería y la representación que ha tenido de su país en varios congresos científicos internacionales y, como Delegado Técnico en la Quinta Conferencia Pan-Americana.

Que su nuevo libro contribuya a desvanecer prejuicios internacionales, que sólo a nosotros perjudican; que sea un lazo más para estrechar vínculos provechosos y sinceros entre el extremo Norte y el extremo Sur de este gran Continente—la tierra del futuro—; y que traiga un nuevo estímulo para que Chile entre alguna vez con paso firme y decidido en la gran política caminera, que es progreso material y moral, salud, prosperidad y bienestar.

CARLOS SILVA CRUZ.

Una novela de Mauriac

NTRE los escritores franceses de reciente data, François Mauriac ocupa un lugar de preferencia. La crítica le ha dedicado sus mejores epítetos, y entre ellos destaca siempre—por lo frecuente, por lo significativo—el de continuador de las más bellas tradiciones de la novela francesa. En el fondo, estos epítetos parecen tener plena justificación. No conocemos la totalidad de la obra de Mauriac; pero ¿El desierto del amor, cuya reciente traducción castellana hemos leído, *, nos ha dado una impresión de solidez, de equilibrio, de dominio certero de los recursos novelescos. Tentemos reducir a sus lineas principales el argumento de esta obra.

La acción tiene lugar en Burdeos. Un doctor, M. Courrèges, padre de familia y hombre de más de cincuenta años, tiene una cliente, María Cross, mujer joven y bella que a los ojos de los bordeleses es una perdida. Hija de una familia humilde, casó con un hombre de quien tuvo un hijo. Muerto su marido. obligada por la miseria, entra Maria a trabajar a las órdenes de Larouselle, vividor inescrupuloso que le dispensa todas las pequeñas sallas que provoca la pereza en esta mujer soñadora. La voz pública dice pronto que María Cross y Larouselle se entienden. Pero Larouselle es hombre de muchos recursos. Encarga a María de la guarda de una casa campestre que posee cerca de Burdeos. María siente por Larouselle y los amigos que allí lleva éste para entregarse a la orgía, un profundo asco. Cuando por pena, por indolencia, por capricho por inconsciencia o por lo que fuese, María cae en los brazos del dominador, uno de sus essuerzos más denodados es

conseguir que Larouselle normalice sus costumbres y guarde, al menos en su presencia, la corrección debida.

Entre fanto el niño de María cae gravemente enfermo. El doctor Courrèges lo atiende; a pesar de los cuidados, el niño muere, dejando a su madre en la más grande desesperación. Mientras tanto el doctor ha contraído la costumbre de acompañar a María Cross tarde a tarde, haciéndose el confidente de sus penas y de sus esperanzas. María no sabe que en el corazón de ese hombre ha crecido una pasión de la que ella es objeto, y su amistad para con él es la que podría sentir por un consejero respetado pero no amado.

Un día Raimundo Courrèges, el hijo del doctor, muchacho de diecisiete años, encuentra en el tranvía a una mujer de ojos dulces que fija en su rostro una mirada clara y penetrante. Una vez y otra se repite la misma escena y al fin la decisión que ambos se han hecho de vencer la distancia que los separa, los hace hablarse y crea entre ellos la amistad. La «mujer del tranvía» es María Cross.

Raimundo vive una vida enteramente aislada. En su familia no hay comunidad de sentimientos. Cada uno de los miembros de ella existe solo, sin tener de común con los otros más que el apellido y el techo que los cobija. Entre las almas no hay lazos ni puentes.

La amistad con María Cross se le antoja la primera pasión de su alma a este adolescente en quien obran de consuno el hombre que siente nacer tras su adolescencia y el triste aislamiento familiar. Pero María no ve en él sino a su hijo muerto, que habría podido llegar a ser lo que este joven amable. Y un día que la pasión desborda en el corazón de Raimundo y sus manos quieren torpemente doblegar a María sin que las palabras hayan dicho aún nada de sus ensueños, aquella amistad queda rota.

La soledad en que se encuentra María después de esta triste escena le parece infinita: ha muerto su hijo, su amante está lejos, el doctor Courrèges no pesa en su vida y Raimundo ha perdido ante sus ojos la virginidad de alma que María quiso su-

ponerle. Llevada de la desesperación, intenta quitarse la vida pero consigue sólo herirse.

El doctor Courrèges acude a curar sus heridas, sin saber por qué causa precisa esa mujer ha buscado la muerte.

Pasan diecisiete años; la escena cambia a París; los personajes siguen siendo los mismos. María Cross, convertida ahora en Madame Larouselle, soporta aún la vida escandalosa de su marido; Raimundo, hecho ya un hombre, es adorado por las mujeres y juega con el corazón semenino, como en desquite de la torpeza empleada con María, y su padre, el doctor Courrèges, ha sentido que los años pasan sin que borren su amor, que pesa en su existencia como una herida, como una maldición.

En la puerta de un cabaret nocturno Raimundo ve aparecer a la misma mujer que hace diecisiete años dejara temerosa e indignada en su casita de Burdeos. Está siempre bella, interesante, sugestiva. Junto a ella, como siempre, el vicioso Larouselle, apoplético.

Durante algunos minutos Raimundo puede dedicarse a la contemplación de María y a remontar el tiempo pasado, y de ese trabajo se forma la novela que resumimos. Mientras tanto, hacia el alma de Raimundo tienden sus garras los viejos tormentos. El debió poseer esa mujer, la primera pasión de su vida. Después los triunfos han sido fáciles. Mujeres hay que enloquecieron de pasión en sus brazos: otras llegaron hasta destruir por él las vidas incipientes que su amor había forjado en su seno.

Larouselle reconoce a Raimundo y se le acerca, meloso, insinuante; y luego el joven no puede menos de aceptar el convite que le hace a su mesa y tiene que cruzar nuevamente un saludo con María. Es la misma mujer serena que conoció cuando niño; es la misma a quien difamara toda una ciudad. Y es también la que siente una pasión extraña por Bertrand, el hijo de la muerta mujer de su marido, joven monástico y estudiosísimo que ejerce en la vida de su padre y de su madrastra una decisiva influencia.

En el cabaret el viejo Larouselle, que luego galantea con algunas mujeres en otra mesa, cae pesadamente al suelo, vencido por un ataque. María y Raimundo le llevan a su casa y el segundo llama a su padre que está de paso en París. Despachados ya los primeros auxilios, unas palabras dichas al retirarse el doctor, por él y por Raimundo, revelan a María el amor de ese hombre en quien no vió nunca sino un director espiritual a quien podía confiar penas y esperanzas. Aquella revelación no la conmueve, ni siquiera la interesa. Y luego la cuenta, riendo, a su marido.

Pero antes de que la venza el sueño, entra al cuarto que ocupa, durante sus estancias en la casa, el joven Bertrand, y al encontrar allí el olor a humo de cigarro, «olor a hombre», dejado por Raimundo, se le escapa una expresión de odio contra éste.

El doctor Courrèges se aleja con su hijo, a quien siente ahora un poco más próximo que antes, más suyo, vecino de su alma como jamás lo estuviera. Y entonces con él se confiesa, a él le dice el tormento que ha soportado durante tantos años: ese amor sin esperanza que no ha merecido, al ser conocido por María, sino una sonrisa de conmiseración y una frase burlona. Y esas dos pasiones, la del padre, fracasada por no haber sido confesada, y la del hijo, rota por el turbio estallido pasional que no aceptó aquella mujer pura, sirven para juntar las almas de esos dos hombres que jamás se habían sentido ligados íntimamente.

La novela termina sin tragedia, sin nada que rompa su armonía y el discreto tono menor en que nos parece estar escrita.

Mauriac nos deja angustiados con su obra, por más que ésta sea tan apacible. La íntima tragedia y el dolor contenido son tan poderosos, tan vehementes, que no necesitan romperse en gritos para herirnos vivamente. Esa irreductibilidad de las almas, ese aislamiento de todos los seres, aun de los que tienen deseos y esperanzas convergentes, es sobremanera interesante. Hay en esa novela un padre que no sabe nada de su hijo; un hijo que llega a odiar a su padre; una familia burguesa en la cual Rai-

mundo y hasta su padre se encuentran como de tránsito; una mujer que no puede tener amistad con mujer alguna, en cuya virtud íntima nadie cree y que confia las angustias de su alma al hombre que la ama sin ella saberlo, y un ser misterioso, en fin, ese Bertrand Larouselle que a pesar de su juventud imprime rumbos a la vida de su padre y de María.

Todos estos personajes se mueven en un plano como subrepticio, cel desierto del amoro, buscándose sin hallarse, más lejos mientras más cerca creen haber llegado. A impulso de los recuerdos que agitan a Raimundo, los hombres y los hechos parecen tener sólo una segunda existencia, apagada, falta de la luz que tienen otras novelas escritas por otros hombres. Este puede ser el máximo valor de Mauriac, al menos en esta novela que nos trae al cestellano, por primera vez, a uno de los más elogiados representantes de la moderna literatura francesa.

Y este hombre merece, ciertamente, el dictado de continuador de esas bellas tradiciones que llevaron la novela en Francia a altura tan egregia en otro siglo que nos parece tan distante.

RAUL SILVA CASTRO.

Ex Libris

A TRAVÉS DE LIBROS Y DE AUTORES, por *Luisa Luisi*. Ediciones de Nuestra América. Buenos Aires, 1925.

Entre las múltiples labores de Luisa Luisi, la de crítico no es por supuesto la menor. Bien lo prueba este magnifico libro, que completa el triángulo de la poetisa y la educadora.

Nos dice Luisa Luisi, en el proemio de este volumen, que ha huído expresamente de calificar sus estudios con el «presuntuoso nombre de críticas, por cuanto el significado que generalmente se asigna a tal palabra está lejos de traducir su estado de alma». Sólo ha tratado, según advierte más adelante, de expresar, «por hondo placer estético, acaso tan hondo como el de escribir versos», sus «propios sentimientos frente a libros que le han interesado vivamente». Y termina declarando que «cada obra de arte, así la literaria como la musical y la plástica, es sólo el pretexto sobre el cual borda el intérprete, el contemplador o el crítico, los arabescos de su propia sensibilidad».

Pues bien, sí; en ese lapsus sufrido por la escritora al incluir el término «crítico» en su aserto, eslá la demostración. Luisa Luisi hace crítica, la honrada, la única posible, la que por repugnancia a esa labor negativa de los Zoilos, ha venido a tomar el valor de creación reconocido el ensayo. De esta suerte se aporta a la literatura razón y sensibilidad, análisis y arte; y como significación, estos libros son fecundos en enseñanzas para el lector que se orienta.

Y es que Luisa Luisi posee una sensibilidad finísima y un

Ex Libris 117

cerebro suerte, percibe los más leves matices y desentraña las intenciones más sutiles que el artista conduce bajo las sormas del arte puro, que no explican ni divagan, que no pueden ni deben explicar o divagar.

No sabriamos establecer preferencias en este conjunto de .A través de libros y de autores. Cada estudio mantiene una virtud predominante y el total de ellos componen un raro equilibrio de excelencias, desde la de una buena visión hasta la de un estilo ágil y sereno.

Nos da este libro además, a los chilenos, una lección de nacionalismo. Nuestros críticos se entregan, con una fruición un tanto rastacuera, a criticar in extenso las grandes figuras intelectuales europeas, y olvidan las nuestras. Y luego nos quejamos todos, y ellos principalmente, del desconocimiento en que vegeta nuestra literatura. ¿Podría alguno de nuestros críticos exhibir, no ya un libro como el que nos ocupa, sino tan sólo una frase como ésta, que escribe Luisa Luisi en el primer acápite de su ensayo «Tres aspectos de la poesía uruguaya»: «Sin alicientes, sin estímulos, sin ventajas de ninguna clase, y aun con sacrificios cruentos muchas veces, la juventud poética de nuestra tierra puede presentar a los ojos atónitos de las demás naciones, el grupo más compacto, más armonioso y de más positivo valer de toda América»? Hemos oído a varios de nuestros críticos decir otro tanto al pasar revista a nuestros escritores. Sólo que no les hemos visto escribirlo.

Así se explica, por lo demás, que hace unos meses el Presidente de la República, para satisfacer una petición de la Academia de Letras del Brasil, hiciera buscar un estudio sobre nuestros prosistas y no se hallara uno solo.

Pero no insistiremos en este punto por hoy. Queríamos únicamente recomendar el libro de la poetisa uruguaya, como digno de imitarse y como lectura de placer y substancia.

HIGIENE BIOLÓGICA, por Demetrio F. Salas M. Editorial Nascimento, Santiago, 1925.

He aquí un libro que sale a cumplir una misión. Buena teoría y manifiesta utilidad, vulgarización científica y directivas claras para aplicar el conocimiento a la vida. Don Demetrio Salas tiene sin duda una larga experiencia; pero, sobre todo, la sagacidad del psicólogo capaz de trasmitir al lector las normas de vida que le ofrece.

En síntesis limpísima, con llana frase, explica primero las bases biológicas de la higiene, yendo del estudio de la célula al de los agentes físicos y sus conflictos biológicos dentro de nuestro organismo; y luego, tras de esclarecer los agentes del medio interno y del ambiente exterior, tras de haber demostrado la calidad nutritiva de los alimentos y el equilibrio con que han de dosificarse, deduce sus reglas y sus consejos.

Todo ello está expuesto sin prurito de tecnicismos, con la sola divisa de llegar a la comprensión. De aquí que al terminar la lectura, no sólo estemos convencidos, sino incitados a seguir el plan de vida que se nos trazó. Sabemos, después de este aprendizaje, qué alimentos, qué ejercicios y qué abstinencias convienen a nuestro caso personal; descubrimos fácilmente las fallas peculiares de nuestro organismo, y, gracias a cierto fervor que se advierte, aunque muy escondido, bajo cada frase, hasta un gérmen de apostolado prende en nuestro corazón.

Se trata, sin disputa, de la obra de un hombre sabio y bueno; de una dádiva que se agradece y que traza la imágen de quien nos la da. LAS RAZAS Y LA HISTORIA, por Eugenio Pittard. Editorial Cervantes, Barcelona, 1925.

Es este el tomo V de la Biblioteca de Síntesis Histórica titulada «La Evolución de la Humanidad», de cuyos anteriores volúmenes ya hemos dado cuenta en nuestras crónicas.

Estas vastas síntesis son en todos los países un termómetro de la actividad estudiosa de sus hombres y de la curiosidad pública. Habla por esto bien de nuestra raza la publicación, en español, de una biblioteca que tanto ha 'de influir en nuestros pueblos. El volumen que hoy glosamos está firmado por el profesor de antropología de la Universidad de Ginebra, Eugenio Pittard, y se plantea en él el problema de las razas y la influencia de ellas en la acción civilizadora.

La mayor parte del libro se ha consagrado a la revisión de los grupos humanos que han representado un papel en pleno apogeo histórico. El profesor Pittard los analiza, examinando las aventuras etnológicas que han vivido. Se obtienen así enseñanzas bien luminosas del pasado oscuro de la especie humana. Partiendo del Occidente, el autor nos lleva a través de todos los continentes y, después de muy acertadas consideraciones acerca de las razas primitivas, nos presenta las de Europa, Asia, Africa, América y Oceanía.

La quinta parte de la obra está dedicada a las razas de América. Es, naturalmente, la que más nos interesa, sobre todo por su contribución al conocimiento de los aborígenes, problema que tanto ha preocupado y sigue preocupando.

Nos limitamos a exponer el contenido de la obra; pero deseamos dejar constancia de que esta colección se va desarrollando en forma muy valiosa.

La traducción es labor de dos conocidos sabios españoles, los doctores Telésforo de Aranzadi y A. del Castillo. 120

LA EMOCIÓN DEL CAMINO, por M. de las Cuevas. Editorial Cervantes, Barcelona, 1925.

Sin esos lirismos trasnochados con que nos fatigan generalmente los viajeros al enviarnos sus emociones de Italia, M. de las Cuevas nos habla en este libro de Florencia, Venecia, Milán, Roma, Nápoles. Nos habla sencilla y correctamente, con elocuencia tranquila, más bien con poder comunicativo llano y liso. Hay que agradecérselo. Estamos hartos de esos escritores que toman demasiado en serio la regla de mostrar las cosas a través de un temperamento, y pujan, se retuercen y nos dan al cabo sólo visiones deformadas, complicadas artificiosamente hasta caer en la tonta mentira.

Leemos aquí la Italia tal como la observa un hombre. Sólo que se trata de un hombre sensible y fino de verdad. Y habrá que añadir que hay también cultura en el espíritu que contempla, sutileza en su observación y colorido en su estilo.

Termina el volumen con unas páginas muy vigorosas sobre el Louvre y el Escorial, y con un relato del Yucatán, realmente hermoso.

B. arvos

GLOSARIO DE REVISTAS

Demagogia y Finanzas.

En la Chronique parisienne de la Revue Hebdomadaire acaba de publicar Louis Latzarus un corto y denso artículo que titula Les embarras de M. Caillaux.

M. Latzarus sigue periódicamente en sus crónicas del semanario parisiense las incidencias de la alta política de Francia. Recientemente ha publicado un volumen que provoca agitación en el mundo político e intelectual de su patria: La France veut-elle un Roi? En este pequeño libro Louis Latzarus prueba su propósito de no avasallar su manera personalísima de juzgar los hechos políticos, a ninguna imposición de partido o de grupo.

La negación con que absuelve su propia pregunta le expone a los reproches de traición por parte de aquellos que esperaban de su obra un aporte a las aspiraciones monárquicas; de otro lado, el pesimismo, desesperación casi—a pesar de la forma irónica, regocijada en que envuelve su análisis deso-

lador,—con que mira desenvolverse el ciego rumbo de los fenómenos sociales y de gobierno, le señala a los republicanos apasionados como un afiliado al grupo de L'Action française.

En pocas líneas, precisa ahora con lucidez matemática la posición de M. Caillaux con relación a las fuerzas políticas que lo llevaron al poder y la actuación y deberes del discutido Ministro de Hacienda.

Caillaux fué reclamado por la Cámara jóven, que deseaba imprimir al Ministerio de Hacienda una política de izquierda. Fué resistido tenazmente por la Cámara alta. Hoy los diputados ansian el derrumbamiento del ministro, que se sostiene en las simpatías del Senado. ¿Por qué este trastorno de posiciones? El ministro Caillaux no ha cumplido, no ha podido cumplir los propósitos de sus amigos de ayer, que eran los propósitos de M. Caillaux, político.

El administrador de la hacienda pública francesa no piensa ya, por lo menos públicamente, como el jefe de las

izquierdas. Caillaux sabe que en punto a recursos pecuniarios, la verdad es una sola; que la ley de los números no pertenece a las izquierdas ni a las derechas.

El pecado del político radical no está en su conducta de hoy, sino en su pasada demagogia, que hoy le hace víctima suya. No impunemente se juega con las pasiones populares; a Demos no se le halaga sin peligro.

La democracia, el hombre de la calle, cuyos derechos ciudanos fueron base de la situación política de Caillaux, pensaba que el padre del impuesto a la renta sería también el padre del impuesto sobre el capital.

Pero Joseph Caillaux, en ésta y ofras muchas cosas, sabe algo más que el hombre de la calle; sabe que no bastaría depojar a unos centenares de ricos para producir el equilibrio financiero, y que el impuesto sobre el capital, en Francia, afectaría a multitud de gente modesta y acarrearía inevitablemente la muerte política del ministro que lo propiciara.

He aquí, pues, el origen de las tribulaciones de M. Caillaux. La democracia no perdona, porque no comprende que es necesario que a veces se deje engañar: la verdad no es fruto para todas las bocas.

La permanencia de Caillaux frente a la hacienda francesa: tal es el punto que atrae todas las miradas; nada puede restarle importancia, siquiera sea el viaje de M. Briand a Ginebra, donde se han de discutir con Inglaterra las bases de la seguridad futura de Francia.

Mientras tanto, el franco baja, se eleva el precio de los consumos, los comunistas amenazan lanzarse contra una sociedad empobrecida, nerviosa, desorganizada. Es el camino al abismo, que M, León Bourgeois previera ya en 1921.

¡Orden! ¡Seguridad! ¡Precauciones contra la revolución!, si no quiere verse la Francia arrasada por una ola de sangre, termina M. Latzarus.—A. V.

Una carta inédita de Anatole France.

L'Eclair publica un articulo de Louis Barthou, en el cual se incluye una carta inédita de Anatole France a propósito de La légende de sainte Radegonde, librito que M. Bergeret publicara a los quice años de edad, en 1859.

Los ejemplares escasísimos de este pequeño libro,—se contaban cinco o seis,—eran subidamente apreciados en 1918, cuando el maestro escribía *Petit Pierre*. M. Barthou, bibliófilo apasionado y amigo del maestro, confesó a éste, durante una comida, su propósito de adquirir un ejemplar de la *Légende*, cuya venta pública se anunciaba esos días.

France, que naturalmente no

logró convencerlo de la vanidad de sus propósitos, consolándose de la irreparable firmeza de su amigo, le ofreció en esa oportunidad escribir algo para el ejemplar de M. Barthou.

Tal es el origen de la carta que nos es grato traducir hoy porque contiene una aclaración interesante de los procedimientos literarios de France y sobre la vida de uno de los más curiosos personajes de su obra autobiográfica, casualmente relacionado, como se verá, con un incidente familiar de la Légende.

He aquí la carta: «Mi querido Louis Barthou, « ¿cómo es posible que un es- píritu como el vuestro, capaz · de dominar las grandes cosas, « pueda complacerse en estas « pequeñeces? Pero va que así · lo deseáis, os relataré la ver-« dadera historia de una farea · de colegial. Esta, no sé por « qué razón, sué premiada por « la academia Stanislas, forma-· da por los mejores alumnos « de retórica y filosofía. Este · honor halagó el corazón de « mi madre, que en muy pocas · ocasiones podía enorgullecer-« se de mí, pues jamás brillé « por mi comportamiento en el

colegio.
Esta Légende de sainte Radegonde acusaba la lectura
de Agustín Thierry, pero no
atestiguaba gran inteligencia
en un muchacho de quince
años. Sea como fuere, a mi

« querida madre le pareció « muy hermosa. Fué leida en « familia: el abuelo Dufour, que · asistió a la lectura, se sintió emocionado y lloró. Este abuelo Dufour, segundo ma-« rido de mi abuela materna. « no estaba relacionado en ver-« dad con nosotros, pues mi « madre era del primer matri-« monio. Jacinto Dusour, sar-« gento en 1814, se cubrió de « gloria en Montmirail, en pre-« sencia del Emperador. Fué · para su desgracia y la de · los suyos. Habiendo gastado « aquel día en el campo de ba-« talla toda su virtud, no con-« servó nada para el resto de « sus días, que se prolongaron · bastante bajo el Segundo Im-« perio. Fué el tormento de mi pobre abuela, que lo adoró hasta su muerte.

«Lo he pintado sobre la realidad en el relato todavía inédito de Petit Pierre. Sólo me
he tomado la licencia de hacerlo tío, en razón de que,
no siendo su nieto por la
sangre, el haberme presentado como su nieto por afinidad me obligaba a excesivas
explicaciones.
Jacinto, cuando le conocí,

ojos azules, muy afrayenfes,
iluminaban su rosfro rosado.
Hablaba con suavidad, y su
voz era muy agradable. Su
porfe, sus ademanes, sus palabras, respiraban bondad.

soportaba muy bien el peso
de su edad avanzada. Sus

« virtud y honor. En realidad, · borracho y desordenado, · arrastró a su mujer a la mi-« seria, cometió infinitas bella-« querías, ejerció toda clase de · oficios, sin ganar jamás la « más pequeña consideración. « Se le conoció sucesivamente « como profesor de caligrafía y « contabilidad, agente de segu-« ros, comerciante en vinos, « inspector de Mercados en · París, copista de teatros, se-« cretario de M. Etienne-de « M. Etienne, «menos ilustre, « decía, cuando se incorporó « al Instituto por sus méritos, « que al ser excluído de esta « corporación por un rey» —, « asociado a un mercader de « hombres de la calle de San « Honorato y pregonando el « precio de los enganches en la « taberna de los Dos Grana-« deros.

«Mi padre se negaba a reci-· birlo. Mi madre, con la espe-« ranza de que se enmendara « en los días de la vejez, le « abrió nuevamente la casa. · Creía aún que, arrepentido de sus errores, viviría en paz con su anciana mujer en un « pequeño departamento de la « calle Dragón. Así lo asegu-« raba el pérsido, celebrando « las alegrías de la vida sami-« liar. Pero, de la mañana a la · tarde, v frecuentemente por · las noches, establecido en un case de la calle Rambuteau. abria alli su oficina de hom-· bre de negocios y de escrifor

· público, consejero de los pe-« queños negociantes fallidos y « de las sirvientas enamoradas. « Poseía lo que en aquella épo-« ca se llamaba una hermosa « mano, es decir, buena letra. Esta hermosa mano comen-· zaba va a femblar. Sin em-· bargo, aun conservaba algu-« na maestría, sobresaliendo en « la bastardilla. Juró a mi ma-« dre que se consideraría feliz « v orgulloso en su indigente « vejez, al inmortalizar por la « caligrafía la obra de este niño « estudioso destinado a mejor · fortuna.

←iQue pueda Anatole, exclamó, seguir las huellas de M. Etienne!

Sin duda estos elogios hubieron de provocar en mí un
movimiento de orgullo. Pero
mis padres conocían demasiado a Jacinto para creer
que su admiración fuera sincera y su entusiasmo gratuito.
Sin embargo, los aceptaron
reconocidos.

Fué en el cafe de la calle Rambuteau, ante un litro de vino y una bolsa de castañas asadas, tarareando un estribillo de Boulanger, cuando el abuelo Jacinto Dufour caligrafió en papel autográfico La Légende de sainte Radegonde, en Noviembre de 1859.

«Mi querido Barthou, me ha « sido preciso, para complace-« ros, detener mi recuerdo en « esta tarea de escolar. En ella se halla la prueba de que fui un muchacho poco desarrollado para mi edad. Por el empeño que habéis puesto, muchos de los que lo hubieran ignorado lo sabrán ahora. No llega mi torpeza hasta ofenderme por esto.

«Una palabra final, para sastisfacción del bibliófilo. El « ejemplar que poseéis es el que « perteneció a mi padre. El « agregó un retrato de Radegunda, lo hizo cubrir, bas-· tante mal, por un pequeño « encuadernador de la calle « Mazarino cuyo nombre he « olvidado: de su mano escri-« bió debajo del título, con « lápiz azul, la fecha de No-« viembre de 1859. Recorda-« mos algunas pequeñas cosas, « mientras olvidamos las gran-« des. Os puedo decir que mi ¿padre compró el retrato de « Radegunda por la suma de « diez céntimos, a su vecina. « la señora Rosselin, sucesora « de Delpech, en el muelle « Voltaire.

Creed mi querido Louis
Barthou, en mi cordial amistad.

Anatole France.»

Gobiernos fuertes y gobiernos inteligentes.

Con este título publica Luis de Zulueta, sobre un problema político-social de actualidad rigurosa en las naciones de Europa y América, un estudio que el Repertorio Americano, con el acertadísimo criterio que dirige la selección de sus páginas, reproduce en uno de sus últimos números.

El eminente profesor y hombre de letras precisa sus miradas hacia dos países europeos que se han avocado de muy diversa manera la solución que las democracias occidentales se hallan en la exigencia de encontrar frente al problema que crea la influencia del bolchevismo ruso en el aspecto actual de las cuestiones sociales. Son dos pueblos eslavos cuva agitada vida interna ha sido ocasión de inquietudes en Europa los que fijan la atención de Zulueta: Bulgaria y Checoeslovaquia.

Comentando una opinión del ruso Berdyayev, político radical adverso a la actual revolución, Luis de Zulueta trae una definición del sovietismo que creemos no deber llar. Dice Berdyayev: «A pesar de cuanto ha trastornado y destruído, hay que reconocer que ésta es nuestra revolución nacional». Y el cronista español agrega: Contiene una mezcla de idealismo oriental. despotismo asiático y sociología germana, que la hacen casi inocua para el resistente organismo de las democracias occidentales.

No sabemos que se haya dicho nada tan exacto sobre la significación de la revolución rusa y su valor como elemento de renovación o trastorno, de que tanto mérito verbal se ha hecho en la vida política y antipolítica, en la evolución de las democracias industriales de Occidente.

Pero concedamos que el bolchevismo llegara a ser una amenaza. Previa esta hipólesis, ¿cuál habría de ser la política destinada a evitar los peligros revolucionarios? Tal es la cuestión que Luis de Zulueta resuelve con el ejemplo que han dado los hombres de gobierno en Bulgaria y Checoeslovaquia, y con los resultados obtenidos en ambas naciones.

Bulgaria está regida hoy por un gobierno de los que se ha dado en llamar gobiernos suertes. Llegó al poder por un golpe de fuerza: se dió a sí mismo el carácter de gobierno de reacción y de dictadura, y vino a reemplazar al partido agrario, que se distinguió por su política liberal y democrática. ¿Qué ha ocurrido bajo este régimen de energía y dureza? Los propios campesinos, que en la misma Rusia han sido elemento opuesto a la revolución, se han alzado ahora en Bulgaria en la sorma violenta y trágica que ha conmovido la conciencia mundial.

Se han levantado, obedeciendo las sugestiones de la Internacional de Moscú, contra el Gobierno de hoy y contra los gobernantes caídos.

La violencia gubernativa y

reaccionaria, la violencia negra, ha provocado, por natural reacción, la violencia roja. Reacción y revolución suelen engendrarse reciprocamente. No se ha producido, de cierto, bajo un gobierno liberal el inicuo atentado de la catedral de Solía, entre cuyos escombros quedaron tendidos ciento cincuenta cadáveres.»

Un gobierno exclusivamente fuerte puede, sin duda, reprimir y castigar; pero no puede prever; no puede gobernar en el sentido supremo de esta idea; no puede regir con acierto, ni puede proveer al logro de un propósito general y permanente.

Checoeslovaquia, en cambio, está regida por un gobierno de inteligencia. El Presidente de la República, Massaryk, es un hombre de alta e intensa cultura, un filósofo, un espíritu avizor, abierto, demócrata de verdad, conocedor de la realidad social del pueblo que gobierna.

Y no llegue a pensarse que la tarea de los gobernantes checoeslovacos estuviera allanada por favorables condiciones de la situación y tendencias de su pueblo. Nación nueva, sin tradiciones históricas, ni clara posición internacional, ni unidad étnica y lingüística: no podía ofrecer una norma de gobierno precisada por el equilibrio natural de las fuerzas de opinión largamente encauzadas.

En los días que siguieron al

término de la guerra, la revolución social estuvo a punto de estallar en la nueva república. La agitación aparecía públicamente en las calles de Praga. Pero Checoeslovaquia es un pueblo de cultura política superior; supo corregir oportunamente los peligros que amenazaban su vida en el momento mismo en que nacía como nación, exaltando un gobierno de inteligencia.

La Constitución que se ha dado es, acaso, la más liberal de todas las de Europa; las reformas legales con que dió término a su problema económico, financiero, industrial y social, le han procurado el máximo de tranquilidad y bienestar compatibles con la crisis actual de los países de Europa.

El solo estudio de las leyes agrarias, de subdivisión de la propiedad territorial y distribución a los pequeños cultitivadores, y el resultado real de tales reformas revelan que este gobierno no improvisó ni inventó una legislación abstracta o teórica, sino que descubrió las necesidades positivas de su pueblo y sus capacidades de organización, sancionándolas e imprimiéndoles la coordinación de un sistema legal.

El pueblo, sin duda, no pedía lo que ha obtenido; pero al pueblo no hay que darle lo que pide, sino lo que necesita. Tal es el sentido honrado del gobierno democrático: lo demás es anarquía y desorientación demagógica.

Conclusiones y enseñanzas de gran valor derivan del estudio de Luis de Zulueta, político, no en el sentido vulgar del término, sí en el más elevado que don Miguel de Unamuno le concede en alguno de sus ensayos.

Si tiene este artículo de Zulueta un valor de actualidad harto apreciable, no carece de uno más universal y permanente, como paráfrasis de estas palabras, muy dignas de honrada meditación, de Máximo Lerov:

Abundan los buenos ciudadanos que piden un robustecimiento de la autoridad, un Gobierno fuerte... La fórmula habitual no es, jay!, la de un Gobierno inteligente.»—A. V.

El problema de la cultura en México.

Es bastante conocido el esfuerzo sostenido y múltiple que los hombres de los últimos Gobiernos mexicanos han dedicado a la solución del problema educacional de su pueblo.

La obra eminente de Vasconcelos es un ejemplo y un hecho que ya se ha ofrecido a numerosos y serios estudios.

Puede señalarse como aspecto principal de esta obra la tendencia nacional o de raza. No, ciertamente, nacionalismo de reacción, imperialismo de bandería política. El verdadero espíritu impreso en tales nuevas tendencias educacionales, es un afán consciente para determinar los caracteres distintivos del pueblo mexicano, sus posibilidades de cultura y los medios como ha de lograr el desenvolvimiento y perfección de su propio carácter.

El problema racial en México no es el mismo de las demás naciones indo-españolas. Ni el elemento indígena es el mismo, ni lo fué su cultura, ni tampoco lo es su tradición como pueblo, ni el significado de su historia en la vida de América. En un estudio de Humberto Tejera, que comentábamos en estas mismas páginas, se precisaban puntualmente !as líneas generales de la formación histórica de México.

Tal es es el postulado de que han partido los innovadores.

Lo que la gente de moderno espíritu discute hoy en México. no es tal base de juicio, ni tales propósitos educacionales, Todos están acordes en que se descuidaron casi absolutamente. para mal del progreso mexicano. los elementos indígenas pre-hispánicos que en la cultura material y espiritual habían cobrado notable desarrollo, en natural conformidad con la constitución psicológica de aquellos hombres. Hay que corregir, pues. tales desviaciones; hay que precisar la materia viviente de tales elementos tradicionales, para

refundirla en los moldes de la civilización occidental moderna. Porque ésta es la segunda verdad fundamental: México, como todas las nacionalidades americanas, está incorporado al rumbo general de la cultura europea.

Respeto y formación del carácter particular de su pueblo, en concordancia con las orientaciones esenciales de la civilización occidental: he aquí el plan en que todos los esfuer-

zos coinciden.

Ahora bien, ¿cuáles son los métodos; qué reformas, cuáles procedimientos técnicos, de detalle, guiarán más propiamente a los fines señalados?

Estamos ahora frente a un problema cuya solución presenta la misma dificultad general de todo fin consciente de la educación. ¿Cómo asir las mil proyecciones en que se dispersa todo propósito que mire a prender la realidad viva de un pueblo? Orientación superior de la enseñanza pública, educación artística, económica, moral; sistema de escuelas, colegios, bibliotecas; selección de los libros que deben difundirse ampliamente entre las clases populares: todo constituye ya materia opinable v divide en cien criterios diversos una misma inspiración primaria.

Respondiendo a una encuesta sobre «los buenos libros», y acerca de este último punto, el doctor Manuel Gamio publica en la revista de la Secretaría de Educación Pública de su país, *El Libro y el Pueblo* (IV, números 1-3, 1925), un estudio titulado *Los libros úti-*

les para México.

Criticando la labor realizada hasta aquí, censura el criterio con que se la ha dirigido. Prueba con la fracasada edición oficial de clásicos universales, que no es posible desentenderse del estado actual de la cultura media, al ofrecer al pueblo lectura que le sea de positivo provecho. Cientos de miles de volúmenes pretendieron vulgarizar el conocimiento de Homero, Esquilo, Platón, Plutarco, Plotino, Dante, etc. Esfuerzo y tiempo perdidos. Se requiere una larga y seria preparación previa para alcanzar a comprender las obras superiores del pensamiento. De otra suerte, esta pretensión se convierte en vana pedantería.

Hay que darse a la evidencia; es preciso comenzar por los elementos, piensa el doctor Gamio. Hay, pues, que editar principalmente libros de vulgarización para las masas lectoras, comenzando por substituir con lenguaje sencillo, ideología sintética e ilustraciones objetivas, los tecnicismos alambicados, la sintaxis de giros forzados y la cansada aridez de las ediciones pretéritas.

En primer término, es preciso redactar una antropogeogralia mexicana, que contenga

descripciones amplias de los elementos geográficos, especificación de los recursos naturales explotados y vírgenes, minerales, flora y sauna. Se armonizará la descripción territorial con la clasificación y distribución de los grupos sociales y de raza,—indígenas, mestizos, blancos, - se completarán con el análisis positivo de las tendencias y hábitos, capacidad o deficiencia de aptitudes para la explotación de la zona que cada grupo habita y posibilidad de perseccionamiento de la vida industrial. «Un libro así abrirá los ojos a todo mexicano y le hará conocer, amar y enriquecer a su patria, más que todos los discursos cívicos que se han lanzado desde Hidalgo hasta estos días».

Falta también un libro de verdadera historia nacional. No de esos que comienzan con el principio del mundo y en un prodigioso salto, se trasladan a los primeros pobladores de América; libros de que el lector sólo conserva el fatigoso recuerdo de algunos nombres de reyes indígenas y una larga y fastidiosa crónica de virreyes coloniales y gobernantes republicanos.

La historia que se reclama es una historia de las experiencias del pasado, de los caracteres capitales de la civilización pretérita, aprovechable como sugestión y ejemplo, por el enlace con que la tradición viva la incorpora a la historia de hoy. Una obra que, a la par con la labor realizada para libertar al elemento indígena de la esclavitud economica—que con mayor o menor intensidad cumplieron los últimos gobiernos revolucionarios — traslade al medio educacional el propósito de levantar a la raza de su postración, del desconocimiento de su propia potencia. Cuando esté terminada esta obra de redención económica y moral del indio. llegará éste a perdonar los errores históricos de que sué víctima.

Para la educación técnica del pueblo hace falta también una obra inspirada en un propósito de inteligente nacionalismo. La riqueza del suelo mexicano es tan grande como pequeño ha sido el esfuerzo realizado para explotarla. Sin embargo, a los pobladores del país, particularmente a los indígenas, se les reconocen aptitudes técnicas excepcionales para los menesteres de la in-

dustria.

Libros «de primera necesidad» son, pues, las metodologías industriales. Sencillos procedimientos, que puedan alcanzar profusa difusión, para la elaboración industrial de las variadísimas especies de materia prima que el suelo ofrece y que hoy están abandonadas o sólo son aprovechadas rudimentariamente, y elaboradas

con instrumentos y métodos arcaicos.

El doctor Gamio trae en su estudio una serie de ejemplos y detalles que ilustran la viabilidad del sistema propuesto y la práctica ejecución de sus métodos.

Hemos creído oportuno hacer un pequeño resumen de sus ideas, porque en ellas van comprendidos problemas de gran entidad y orientaciones generales de solución que no hieren sólo la vida de un pueblo ni son aprovechables exclusivamente por los mexicanos.—A. V.

Significación de Jean Cocteau.

En la revista Social de La Habana hemos leido recientemente un interesante artículo firmado por Alejo Carpentier y titulado Jean Cocteau y la estética del ambiente. Creemos útil darlo a conocer, al menos en sus partes fundamentales, porque ofrece algunos puntos de vista nuevos sobre el importante escritor francés.

Carpentier describe a Cocteau en sus medios samiliares y en la intimidad de los corrillos, diciendo: Cocteau deja hablar y sonrie. Su perfil anguloso, cazado múltiples veces por el trazo cáustico de Picasso, y su silueta revestida de sobria elegancia—ni melena ni tornasoles—, aparecen esporádicamente entre las humaradas de pipas de la Rotonda; en la calle

Ravignan, donde moran Reverdy y Ulrillo; en music-halls o en conciertos de vanguardia, que exponen bocetos sonoros de Milhaud o caricaturas rítmicas de Wiener, sin suscribirse a ninguna capilla y despistando irónicamente a los continuadores, Jean Cocteau no ha llevado jamás la etiqueta modal de una escuela.»

Hecho este breve esbozo de Cocleau que basta en realidad para describírnoslo en algunos de sus aspectos más importantes como artista, Carpentier nos dice algo más profundo y sustantivo: «Espíritu extraordinariamente ágil y equilibrado, se pasea en medio del torbellino de la vida actual con un franco sentido del análisis. análogo al del Ingenuo creado por el viejo ironista de Ferney. Cuanto nos rodea es, a su juicio, un espectáculo curioso. lleno de sensaciones que debemos saber aprovechar v, a la postre, nuestra época es tan interesante como cualquier ofra.

Luego Carpentier nos dirá qué piensa Cocteau sobre el modo actual de hacer poesía y sobre el ideal moderno del escritor. Oigámosle: «El Modernismo en sí no existe; hay solamente en cada momento un caudal de emociones vírgenes que es necesario hacer perceptibles; un flúido únicamente utilizable para el verdadero poeta, y que debe originar un

arte de acuerdo con nuestra sensibilidad, es decir, directo, rápido y sintéfico, cuyo ideal sea concentrar en un solo verso lo que antaño «se diluía en cuatro estrofas» ya que «las buenas lágrimas no son arrancadas por una página triste, sino por el milagro de una palabra bien emplazada».

Existe, por lo tanto, para Cocteau lo que podría llamarse la «poesía ambiente» que el poeta tiene la misión de representar en sus versos y hacerla comunicable a aquellos que no tienen, como él, la sacultad de advertirla y apreciarla. Pero hay algo más: para Cocteau la forma no depende en absoluto de la interpretación de esa poesía que hemos llamado ambiente. Para hacer más comprensible el pensamiento de Cocteau, empleemos una frase de él mismo, citada por Carpentier en su estudio. Se trata -dice-de mostrar las cosas sobre las cuales el corazón, la mirada, corren cada día bajo un ángulo y a fal velocidad, que al reparar en ellas creemos verlas y conmovernos por primera vez.»

Luego dice Carpentier:
Hasta los lugares comunes—
eternas obras maestras.—
tienen cierta frescura que es
génesis de poesía, del mismo
modo que una parada de feria
o la cara de un burgués que
sale de la montaña rusa encierra
una estética arbitraria de las

cosas absolutamente banales o ridículas. El verdadero poeta debe vivir al acecho de ese flúido continuo y maravilloso. Fuera de eso «sólo hay literatura» ...

El carácter fundamental de los libros de Cocteau, según su comentador, es el de una reacción contra el malestar de la época actual. Está armado con una cultura sólida que sirve de admirable auxilio a una sensibilidad artística compleja v completa. Por ello no siente admiraciones infantiles por las cosas externas y menos representativas de nuestros días. Por ello no ha escrito cantos a los rascacielos ni celebrado el dinamo ni caído en ninguna de las exageraciones un poquito morbosas que distinguen a ciertos poetas de hoy. Hace su obra en forma bien independiente, señera e inconfundible. y ese es su mejor título.

Pero hay algo más todavía: Su amor por la claridad y la concisión le aparta del terrible peligro de la forma nueva que anuló el admirable yacimiento poético de Apollinaire. Es partidario del orden en el arte, de la armonía, y en esto, por lo tanto, este escritor modernísimo sigue rigurosamente las huellas de una tradición literaria que en Francia tiene siglos de edad.

Ahora bien, según Carpentier, la *Poesía* de Cocteau, a pesar de apoyarse en razonamientos llenos de solidez. constituye la parte más débil de su obra. Su amor por la claridad y la armonía, que ya hemos referido, no le impide ser a veces tachado con justicia de obscuro y hasta incoherente en sus versos.

Cocteau—dice luego Carpentier—, cuyas páginas de crítica musical son un modelo de agilidad y comprensión, estaba unido a Erik Satie por sólidos vínculos de amistad.» De allí nació la colaboración entre ambos para llevar al teatro un poema coreográfico super realista, Parade, que ha obtenido un éxito ruidosísimo y que se encuentra en el cartel desde su estreno, en 1917, triunfando aún.

Qué hizo, o por lo menos qué trató de hacer Cocteau al escribir para el teatro, nos lo dirá Carpentier en las líneas siguientes: Perseguir el realismo absoluto en las tablas es absurdo. Todo se opone a él, v por esto nuestro teatro carece terriblemente del elemento plástico. Cocteau al realizar su obra no tuvo otra preocupación que la de amoldar la acción y la mise en scène a una perfecta exteriorización de su pensamiento, tratando de llevar a la escena, bajo luces nuevas, la poesía profunda del lugar común humano y verbal».

He allí, pues, en breves palabras, expuesto el sentido íntimo de la obra teatral de Cocleau, fan significativa aun cuando fan aplaudida....

Hay, finalmente, otro aspecto en la obra de Cocteau que merece examen. Es su labor de novelista. En la novela—dice Carpentier—Cocteau obtiene efectos realmente nuevos. Sus personajes, como los tipos de una vasta farándula, desfilan gallardamente entre frescas hojarascas de imágenes y observaciones de una agilidad y precisión sorprendentes.

Las novelas de Cocteau dejan una impresión dolorosa porque «los caracteres que nos presentan destilan una verdad que molesta» y porque «son de una inmoralidad profunda». Lo malo, lo artificial, lo mezquino, lo indigno, lo condenable vencen siempre en ellas a la virtud, a la sinceridad y a la nobleza. Es cierto que para Cocteau, que considera al medio más fuerte que el individuo, la victoria de éste sobre aquél le parece el verdadero triunfo. En esta forma se llega a una conclusión sorprendente: «la sensibilidad es un apéndice molesto y superfluo en la vida moderna» ...

También merece algunas líneas de Carpentier el aspecto de crítica de la obra de Cocteau, manifestado en unos cuantos ensayos valiosos y dignos de mención.

El artículo que nos ocupa, que encierra un análisis bastante profundo de la importante obra de Cocteau, termina con las siguientes frases en que Carpentier resume su modo de pensar sobre el autor de Le grand écart: «Todo esto nos revela a Cocteau como una de las personalidades más interesantes del momento, como uno de los mejores intérpretes de la época. Ningún problema estético le es ajeno. Y, en plena juventud, ha esquivado cuidadosamente el estéril honor de ser jese de escuela...-S.